

DIARIO DE VIAJE A CHILE DE
JUAN M. MASTAI FERRETTI (PIO IX)

Traducido y anotado por
Fr. Carlos Oviedo Cavada, I.C.D., S.T.L.
mercedario

INTRODUCCION

De Pío IX se conocen hasta ahora los siguientes escritos relativos a Chile y contemporáneos a su viaje en la Misión Muzi¹:

- 1) Carta al Canónigo Simonetti. *Santiago de Chile*, 12 de abril de 1824²;
- 2) Carta al Card. Carlos Odescalchi, Arzobispo de Ferrara. *Santiago de Chile*, 27 de abril de 1824³;
- 3) Carta al sacerdote José Graziosi. *Santiago de Chile*, 1º de mayo de 1824⁴;
- 4) Carta a su madre condesa Catalina Mastai. *Santiago de Chile*, 1º de mayo de 1824⁵;
- 5) Carta al Canónigo Felipe Orengo. *Santiago de Chile*, 6 de junio de 1824⁶;
- 6) Carta a su madre condesa Catalina Mastai. *Santiago de Chile*, 15 de junio de 1824⁷;
- 7) Carta al Card. Julio María della Somaglia, Secretario de Estado. *Santiago de Chile*, 3 de julio de 1824⁸;
- 8) Carta a Mons. Luis Lambruschini, Arzobispo de Génova. *Santiago de Chile*, 13 de septiembre de 1824⁹;
- 9) Respuesta a los ataques del periódico santiaguino EL L'BERAL. *Valparaíso*, 30 de octubre de 1824¹⁰; y
- 10) Apuntes de una carta a su hermano Gabriel Mastai, comenzados a escribir el 16 de noviembre de 1824 durante la navegación a Montevideo, cerca de Tierra del Fuego, noviembre de 1824¹¹.

¹Decimos relativos a Chile y no americanos, pues éstos son muchos más.

²Serafini, Alberto. *Pío Nono*. Vol. I. Tipografía Poliglotta Vaticana, 1958. pp. 291-304.

³Serafini. *o.c.* pp. 306-309. Leturia S.I., Pedro de. *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*. Vol. III. Romae-Caracas, 1960. pp. 351-356.

⁴Serafini. *o.c.* pp. 309-313; Leturia. *o.c.* III, pp. 357-362.

⁵Serafini. *o.c.* pp. 313-315.

⁶Serafini. *o.c.* pp. 316-317.

⁷Serafini. *o.c.* pp. 266-290.

⁸Serafini. *o.c.* pp. 327-333; Leturia. *o.c.* III, pp. 362-370.

⁹Serafini. *o.c.* pp. 336-338; Leturia. *o.c.* III, pp. 372-374.

¹⁰Serafini. *o.c.* pp. 346-351.

¹¹Serafini. *o.c.* 353-364.

Y de un tiempo inmediatamente posterior a la Misión Apostólica en Chile:

- 11) Carta a don Pedro de Reyes. Roma, 22 de mayo de 1827^{11 bis}; y
12) Anotaciones sobre la Memoria de Cienfuegos de 15 de junio de 1828. Roma (?), 1828¹².

A todos estos escritos de Pío IX debemos añadir el presente Diario comenzado a escribir en Florencia el 8 de julio de 1823, cuya traducción completa ofrecemos en seguida por primera vez. El texto se encuentra en copia manuscrita en la Biblioteca Apostólica Vaticana signado como Código Latino 10.190. Por primera vez fue publicado, y casi íntegramente, por Serafini en su obra Pío Nono¹³. Nuestra versión está hecha directamente del manuscrito de la Biblioteca Apostólica Vaticana. Su título original es Breve relación del viaje a Chile del Canónigo Juan María Mastai Ferretti de Sinigaglia; pero, su carácter de diario es innegable y está patente en su redacción, conservando hasta la fecha del día en muchísimos pasajes, como podrá apreciar el lector¹⁴.

Para mejor inteligencia y más fácil consulta hemos introducido en el texto la división de partes y de números marginales colocándoles sus respectivos títulos, pues el Diario carece de toda división después del título de Breve relación. Mas, para conservar con la mayor fidelidad el texto del manuscrito hemos mantenido la numeración de sus páginas, que indicamos entre corchetes o paréntesis cuadrado. Igualmente hemos retenido el uso de los números del autor, es decir a veces en cifras y otras veces en palabras.

El texto del Diario lo hemos ilustrado con muy pocas y breves notas, relativas particularmente a la estada en Santiago de Pío IX. A veces hemos intercalado entre paréntesis y con cursiva alguna palabra que faltaba para el mejor sentido de la traducción. Y esta misma traducción ha sido lo más fiel posible al texto del manuscrito, incluso acomodando en algunos casos la construcción de la frase a la misma división de las páginas del Diario.

El Diario en determinados aspectos tiene un valor menor que algunas de las cartas de Pío IX, pero en su conjunto es el documento más importante de todos los conocidos hasta ahora, porque ofrece una visión panorámica bastante integral de la Misión Muzi, en cuanto es descrita por Mastai. Sin

^{11bis} En el Apéndice reproducimos su texto, conservando intacta la ortografía del original.

¹² Serafini. o.c. pp. 394-397.

A todos estos escritos agrega tanto Serafini como Leturia-Batllori una postdata de Mastai en una carta de Mns. Muzi al Arzobispo Lambruschini. Santiago de Chile, 15 de julio de 1824. Serafini. o.c. p. 334; Leturia. o.c. III, p. 332.

¹³ El texto del *Diario* se encuentra fragmentariamente entre las pp. 247-389.

Leturia-Batllori reproduce, también en italiano, algunos *Trozos tocantes a la vocación y vida interior del canónigo Mastai en el Diario de su viaje a Chile* (1823-1825). Leturia. o.c. III, pp. 344-351.

¹⁴ cfr. Serafini. o.c. p. 247; Leturia. o.c. p. 325 ss.

duda que los otros escritos complementan, enriquecen e ilustran diversos pasajes del Diario, y por este motivo son para el historiador una documentación auxiliar imprescindible para reconstruir el pensamiento de Pío IX en esta materia.

En sí mismo el Diario tiene un valor múltiple, por todos los aspectos que toca. Significado, incidencias, intimidad y crítica de la Misión Muzi; estado político y religioso de Chile, Perú, Argentina y Uruguay; algunas costumbres de estos mismos pueblos y valoración de sus hombres; personajes importantes de la historia americana; elevaciones espirituales del Siervo de Dios Pío IX; y, finalmente, el relato de un largo viaje de Europa a Chile con todas las dificultades de la época y con sus coloridas características. Todo esto representa una calidad documental muy apreciable y reconstruye en forma directa y sincera la crónica de una época, de la que los historiadores pueden deducir valiosas consecuencias en todos los aspectos que detallamos más arriba.

Este Diario viene a sumarse a otros escritos semejantes de entonces, como los de Mary Graham¹⁵ y Eduard Poepigg¹⁶, y en forma muy particular a la obra del otro componente de la Misión Muzi el abate José Sallusti¹⁷.

La comparación entre el Diario de Pío IX y la Historia de Sallusti es interesante e inevitable. Por cierto que la obra de éste es superior en muchos aspectos como testimonio documental; en primer lugar por su extensión y haber sido escrita para publicarse, y luego que Sallusti dejó escrito un quinto libro de su Historia, que no pudo, sin embargo, superar la censura eclesiástica¹⁸. Sallusti en su crónica no renunció a su apasionamiento para juzgar precisamente a sus compañeros de la Misión Apostólica y tal defecto es lo que resta seriedad histórica y objetividad a ese aspecto decisivo y el más importante de su obra. Si bien Pío IX es a veces duro y descarnado en juzgar situaciones y personas, su Diario aventaja precisamente en estas consideraciones a la obra de Sallusti, ya que sus descripciones —precisamente por el carácter de Breve relación— son menos extensas y profundas.

Mastai nació el 13 de mayo de 1792 y, por consiguiente, al emprender su viaje a Chile tenía 31 años y dos meses cumplidos; era sacerdote desde hacía cuatro años y tres meses. El viaje comenzó en Roma el 3 de julio de 1823 y concluyó en Génova el 5 de junio de 1825.

¹⁵Diario de mi residencia en Chile en 1822. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 2.ª ed. 1956.

¹⁶Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829). Zig-Zag. Santiago de Chile, 1960.

¹⁷Storia delle Missioni del Chile o Storia delle Missioni Apostoliche dello Stato del Chile. 4 vol. Roma, 1827. Esta obra fue traducida por Francisco Javier Ruiz Tagle, Historia de las Misiones Apostólicas de Monseñor Juan Muzi en el Estado de Chile. Santiago, 1906.

¹⁸Leturia. o.c. III, pp. 323-325; 380-384. Serafini. o.c. pp. 393-394.

BREVE RELACION DEL VIAJE A CHILE DEL CANÓNIGO
JUAN MARIA MASTAI FERRETTI DE SINIGAGLIA¹⁹

I PARTE

EL VIAJE A CHILE

3 de julio de 1823 — 28 de febrero de 1824.

1. Se prepara la Misión Apostólica a Chile.— 2. Partida de Roma y viaje a Génova.— 3. En Génova.— 4. Breve viaje a Turín.— 5. Regreso a Génova.— 6. Muerte de Pío VII.— 7. Dificultades e incidentes antes de hacerse a la vela.— 8. Elección de León XII.— 9. Partida de Génova.— 10. La navegación.— 11. Detenidos en Palma de Mallorca.— 12. En libertad.— 13. Prosigue la navegación.— 14. En Gibraltar.— 15. Dificultades internas de la Misión y continuación del viaje.— 16. En el Atlántico.— 17. Benévola apreciación de los demás viajeros.— 18. Encuentro con un corsario colombiano.— 19. Navegación por la zona tórrida.— 20. Encuentro con un navío brasileño.— 21. Hacia Montevideo.— 22. Incomodidad del servicio de a bordo.— 23. Más detalles de la navegación y de sus dificultades.— 24. Cae un hombre al agua.— 25. Navidad en el mar.— 26. Se divisa tierra.— 27. Nuevas peripecias.— 28. En la nave se lee a Voltaire.— 29. En Montevideo.— 30. Saludo de las autoridades.— 31. Problemas eclesiásticos de Montevideo.— 32. Rápidas impresiones de la ciudad.— 33. En viaje a Buenos Aires.— 34. En Buenos Aires.— 35. El Gobernador del Obispado y enfermedad del Vicario Apostólico.— 36. Visita de San Martín.— 37. Mns. Muzi devuelve las visitas y pasa a saludar a Rivadavia.— 38. Dificultades con el Gobernador del Obispado.— 39. Impresiones de Buenos Aires.— 40. Llegan noticias de Roma.— 41. Últimas dificultades en Buenos Aires.— 42. Partida de Buenos Aires. Morón.— 43. Luján.— 44. Cañada Honda.— 45. San Pedro y Hermanas.— 46. San Nicolás.— 47. Rosario.— 48. Guardia de la Esquina.— 49. Saladillo.— 50. Fraile muerto.— 51. Esquina de Medrón y Arroyo de San José.— 52. Dificultades con Cien-

¹⁹En nota dice: *Relación que comenzó a ser escrita en Florencia el día 8 de julio de 1823 por el Canónigo Mastai.*

fuegos.— 53. Descripción del lugar.— 54. Descripción de las Postas.— 55. Canal de Barranca y Tambo.— 56. Noticias de Chile.— 57. Portezuelo y Moro.— 58. San Luis.— 59. Consideraciones generales de Argentina.— 60. Camino a Mendoza.— 61. Mendoza.— 62. En la cordillera.— 63. Malestar del viaje.

1.— [23] Yo estaba ocupado con algún empeño en Roma en la educación de la juventud, y particularmente de los pobres huérfanos que están en el Hospicio llamado *Tata Giovanni*, donde yo viví desde el 1º de febrero de 1818 hasta el 2 de julio de 1823 inclusive, cuando plugo a la Divina Providencia trasladarme a otra parte. Era la Cuaresma del año 1823, cuando supe que un eclesiástico romano²⁰ había sido invitado por el señor Cardenal Consalvi para ir a Chile a tratar asuntos importantes [24] de la Religión, correspondiendo a las instancias de dicha nación, que había enviado a Su Santidad un Representante²¹ para pedirle un Vicario Apostólico. Esta noticia, que supe por mi confesor, me conmovió y me animó inmediatamente a hablar con él para saber qué pensaría de mí para tal objeto, contestándome que aquel eclesiástico (con quien nos conocíamos mutuamente muy bien) tal vez se sentiría complacido de mi compañía²². [25] Esto bastó para hacerme buscar la ocasión oportuna de mostrarle mis deseos. La que no tardó en presentarse. Efectivamente, el día en que la Estación (*cuaresmal*) tenía lugar en Santa Anastasia²³, me encontré en esa iglesia con dicho eclesiástico, quien al salir me refirió que estaba tratando del gran viaje con el Cardenal Consalvi, pero que aún no se llegaba a una perfecta conclusión. Era muy natural la respuesta que recibí de mí, es decir: "Feliz Usted, ¡con qué gusto le haría compañía!". Y él tomando mis palabras, tales como las proferí, mostró una grande alegría y no le bastó eso sino que quiso hacerlas saber también al Eminentísimo señor Cardenal della Genga después de haber [26] hablado de esto en la Secretaría de Estado.

Encontrándose una tarde después en casa de dicho Purpurado, él mismo quiso preguntarme si verdaderamente yo había manifestado el deseo de ir a América, y respondiéndole que sí, le conté lo que yo había dicho y que me habían tomado la palabra.

El eclesiástico, por varios motivos, no se decidió a partir²⁴ y de allí que pensando en otro sujeto se dirigieron al señor abate don Juan Muzi, Auditor de la Nunciatura de Viena, hombre de experimentada piedad y doctrina.

Habiendo venido éste a Roma, y encontrándome nuevamente una

²⁰Pedro Ostini, que más tarde fue Nuncio en Brasil y luego Cardenal.

²¹El Deán de la Catedral de Santiago don José Ignacio Cienfuegos.

²²Dice en *nota*: "Agrego que la idea que me había formado de esta Misión era que sería como la de San Francisco Javier".

²³Martes de la primera semana de Cuaresma.

²⁴cfr. Sallusti. *Historia de las Misiones Apostólicas*. p. 8.

tarde en la casa del mencionado Eminentísimo (*della Genga*), él me preguntó [27] si había presentado alguna instancia para ser admitido en el número de los viajeros americanos, y habiéndole dicho que no (ya que conociendo mi total insuficiencia, no me había atrevido a hacer tal petición), me pidió permiso para proponerme como compañero del señor abate Muzi (ahora Monseñor Muzi, Arzobispo de Filipos); y tratando luego el asunto con Monseñor Caprano, hizo escribir a la Secretaría de Estado. Mientras tanto, yo no cesaba de orar por esto y de celebrar y hacer celebrar Sacrificios in-cruentos al Señor, para que se dignase manifestarme su voluntad. Tampoco descuidé interpelar a mis padres, firme en la resolución [28] de no partir si no tenía la aprobación de ellos. Obtenida ésta, después de mucha vacilación y oposición²⁵, y guiado por el consejo de sabios eclesiásticos, dispuesto Monseñor Muzi a aceptarme en su compañía, y sobre todo aconsejado al gran paso por el Sumo Pontífice Pío VII, al que me remitía en todo, tanto en lo que tenía que hacer por el Canonico²⁶ cuanto por varias dificultades surgidas de parte de algunos parientes, decidí finalmente partir, persuadido que después de haber obrado con prudencia, Dios bendito me habría dado aquellas luces de que yo sabía que carecía absolutamente, y que sin embargo eran necesarias para el desempeño del oficio que me [29] echaba encima.

2.— Estando así las cosas, el día 3 de julio partí de Roma con Monseñor Arzobispo de Filipos y Vicario Apostólico de Chile, junto con el señor abate don José Sallusti, de San Vito de Palestrina, no sin alguna emoción por dejar tantos jóvenes que estaban confiados a mi asistencia y tantos amigos que me habían distinguido con los más bellos signos de afecto. Se tomó la vía de Florencia, donde experimenté gran consuelo visitando los cuerpos de Santa María Magdalena de Pazzi y de la Beata María Bagnesi. Desde Florencia se desvió a Boloña, donde nos esperaba el señor abate Molina, ex jesuita chileno y autor de la Historia natural y política [30] de aquel Reino²⁷, quien estaba allí con otros dos chilenos, y todos ellos nos dieron consoladoras noticias de sus compatriotas y de la tierra patria.

3.— Finalmente se llegó a Génova el día 17 de dicho mes, donde encontramos al señor Arcediano Cienfuegos, mandado por su Gobierno para el objeto indicado al principio, quien nos había preparado una cómoda habitación en la Posada de Santa Marta. El mismo, apenas llegamos, nos hizo saber la infausta noticia de que el Santo Padre Pío VII había sufrido una caída fracturándose peligrosamente una pierna. Por esta noticia, nuestra llegada se vio profundamente amargada y perdimos inmediatamente el placer

²⁵cfr. Leturia. *o.c.* III, pp. 342-344; Serafini. *o.c.* pp. 250-251.

²⁶Juan María Mastai era canónigo de la Basílica Santa María *in via Lata* de Roma.

²⁷Molina, Juan Ignacio. *Saggio sulla storia naturale del Chile*. Bologna. 1782. *Saggio sulla Historia civile del Chile*. Bologna, 1787. vid. *Bibliografía eclesiástica chilena*. Editorial Universidad Católica. Santiago, 1959. pp. 204-205.

que se sentía por la felicidad del viaje. Las noticias posteriores [31] si no nos quitaron completamente el temor de perderlo, nos dieron sin embargo la ilusión de que se prolongaría su preciosa existencia. Mientras tanto el señor Arcediano nos advirtió que por algunas circunstancias se había diferido el embarque; y nosotros confiados en que nos haríamos a la vela a fines de julio, escuchábamos ahora que no saldríamos sino después de la mitad de agosto.

4.— Este retardo permitió a Monseñor Vicario Apostólico dirigirse a Turín en mi compañía para quedarse allí algunos días con el Encargado de Su Santidad ante aquella Real Corte, el señor Abogado don Antonio Tosti, nuestro común amigo, quien agradeció la visita demostrándolo con miles de sinceras atenciones.

5.— [32] No fue la desgraciada caída del Santo Padre la sola mala noticia que oímos en Génova, pues todavía se le agregaron otras; es decir, el incendio de la antiquísima Basilica de San Pablo y la casi total destrucción de aquella selva de preciosas columnas que la adornaban internamente. Tal desventura fue atribuída a la incuria de un estañador que al arreglar unos canales dejó la olla del fuego sobre la bóveda de la iglesia, motivo por el cual se encendieron las inmensas vigas que la sostenían. Otros decían que el incendio había sido provocado, pero hasta ahora no se han tenido pruebas seguras.

La larga permanencia que nos tocó en Génova nos dio lugar para [33] conocer sus establecimientos, sus edificios y la índole de sus habitantes, en general bien devotos y bien provistos de clero, de tal manera que después de Roma no creo que haya en Italia una ciudad más abundante de clero tanto regular como secular. La mayoría de los genoveses se dedican a los negocios y por consiguiente abundan en mercancías. El señor Juan Pisoni, Cónsul pontificio, y toda su familia se prestó con toda dedicación a servir a Monseñor Vicario y a sus acompañantes. También un cierto señor Penes, comerciante, se ocupó con mucho empeño en efectuar algunos encargos que le fueron encomendados.

En Génova no sólo nos ocupábamos de aquellas cosas que allí merecen observarse [34] sino también de aprender la lengua española o algún otro estudio sagrado, bajo la dirección de Monseñor Vicario, que nos tenían ocupados con mayor fruto; y sobre todo teníamos mucho interés en leer noticias de Roma, las que después de la desgracia acaecida al Santo Padre esperábamos con ansiedad en cada correo y comenzábamos a leerlas siempre con algún temor.

6.— No pasó mucho tiempo para que los temores se verificaran, ya que nos llegaron unas cartas de Roma, con fecha 16 de agosto de 1823, en las que nos anunciaban el empeoramiento del mal, y el señor abate Capaccini, escribiendo desde la Secretaría de Estado, le decía a Monseñor que ya no había remedio dada la extrema debilidad en que [35] se encontraba Su San-

tividad y además por la náusea que sentía por la comida. Al día siguiente, 23 de agosto, pasó un correo extraordinario que expedía a su Corte en Turín el Conde Barbaroux, Ministro de S.M. Sarda junto a la Santa Sede, y éste portaba la triste noticia de la muerte del Papa. Por el correo siguiente se supo que Su Santidad había fallecido en la noche del martes 20 de agosto de 1823; y dos o tres correos después, Monseñor Mazio, Secretario del Consistorio, escribió a Monseñor Muzi participándole la dolorosa noticia y asegurándole que los Eminentísimos Jefes de Orden confirmaban su Misión. Para mí quedó desvanecida toda sombra de que por la muerte del Pontífice pudiese paralizarse [36] esta Obra tan santa. Y precisamente por ser esta Obra tan santa disgustaba al demonio verla llevada a término, y no habiendo podido impedirle se esforzaba con todo empeño en retrasarla.

7.— El patrón de la nave con quien el señor Cienfuegos había contratado verbalmente el viaje, había sufrido un contratiempo en sus negocios y no teniendo dinero no podía partir de Génova sin grave lesión de sus intereses; y como por otra parte estaba obligado a partir, diariamente prometía hacerlo al señor Arcediano Cienfuegos, quien, tal vez por los mismos motivos que pesaban sobre el dicho patrón don Pedro Plomen para quedarse, exigía [37] con la mayor solícitud que se desplegasen las velas. Para obtener más fácilmente su intento, dejó la Posada el día 16 de septiembre y subió a bordo para alojar y comer allí hasta que se iniciase el viaje, invitándome también a mí a hacer otro tanto, o, por decir mejor, obligándome a hacerlo, porque habiendo pagado al posadero, había cancelado la casa y la comida para en adelante.

Encontrándonos en esta situación, fuimos a visitar a Monseñor Luis Lambruschini, Arzobispo de Génova, quien nos invitó cortésmente a su casa, donde nos quería como huéspedes hasta que no hubiéramos partido, no permitiendo que (por [38] un extravagante procedimiento) se tuvieran que sentir anticipadamente las incomodidades inevitables de una navegación en el mismo puerto y con la nave anclada allí todavía. Cienfuegos, después de haber estado nueve días a bordo y de haber recibido reiteradas promesas de la partida y viéndose descaradamente engañado, volvió a tierra, donde fue inmediatamente rodeado por todos aquéllos que tenían interés en no perder un pasajero que debía gastar mucho; y tardaron poco en apaciguarlo. Esta actitud, sin embargo, que caracterizaba al Arcediano como un hombre de buena fe, disgustaba a Monseñor Vicario Apostólico, quien reconocía que estaba apoyado en un hombre demasiado débil, al verle tratado aun con poco respeto y con las repetidas [39] promesas de partir de día en día sin verse nunca los efectos.

Se agregaba a todo esto un peligro que podía perjudicar el viaje; pues en esos días, por orden de la Regencia se había quitado su administración al Cónsul español constitucional y así había cesado en su cargo. De ésta manera la bandera sarda, con la que se debía navegar, no sería respe-

tada por los corsarios constitucionales del Mediterráneo. Después de haber explicado todo esto a los americanos, pusimos el resultado en las manos de Dios, a quien ofrecimos oraciones a fin de que se dignara iluminarnos y asistirnos. [40] Monseñor Arzobispo de Génova quiso interpelar al señor Gobernador de dicha ciudad, y él le aseguró, con diversas razones, que no había nada que temer por la bandera; de manera que nos encontramos perfectamente tranquilos por la partida. Pero, no podíamos estarlo así por la excesiva dilación de ella. El día 27 de septiembre Plomen prometió por vigésima vez que partiríamos al día siguiente, a la diez de la mañana. El crédulo señor Arcediano se fue a bordo, pero a la mañana siguiente nos llegó un aviso de que la partida se suspendía, y después de almuerzo vino el P. Ramón Arce, dominico (quien por asuntos de su Religión había ido [41] de Chile a Roma, y partiendo de esta ciudad con nosotros regresaba a su patria) con una equívoca tarjeta de Plomen, respuesta a una suya, en que decía que el Capitán de la nave tenía las instrucciones oportunas para desplegar las velas. Persuadidos nosotros de que no se partiría, y por otra parte no habiendo tenido ningún aviso claro, no pareció conveniente exponer a un Vicario Apostólico a una burla, como la recibida por Cienfuegos. Efectivamente, las velas fueron desplegadas, se dieron unos cuantos pasos en el puerto y luego la nave fue nuevamente anclada.

El patrón tuvo el descaro de culpar el retardo de Monseñor Vicario Apostólico por no haber venido a bordo después [42] de almuerzo y, en consecuencia, por no haberse podido hacer el examen de los extranjeros por la Guardia de Sanidad. El crédulo Cienfuegos, quien en todas las cosas que ha podido ha culpado, envilecido y maltratado al Vicario Apostólico, mandó al dominico, a eso de las ocho de la noche, a decirnos que nosotros éramos la causa del atraso; pero tuvo la respuesta que se merecía. Para persuadirnos de la mala fe de Plomen se agregó que en la mañana del 29 vino el señor Tullot, banquero de Génova, acreedor del mencionado Plomen, quien no permitía que éste partiese sin haberse antes asegurado (*del pago de las deudas*) y nos dijo que ahora finalmente nosotros podíamos creer a Plomen, ya que en ese día y en el siguiente habría [43] arreglado sus cuentas con él, aprovechando de una carga que le había llegado y que lo habilitaba para quedarse finalmente tranquilo.

Desde hacía varios días se había hablado delicadamente con Cienfuegos en el sentido de la conveniencia de tomar otra nave, por lo cual él, en el día 20, me mandó al mencionado dominico para ver si era posible realizar esta idea.

Se daba la casualidad que yo conocía a un comerciante genovés, antiguo compañero mío de Colegio, que tenía muchas naves a disposición y entre ellas una libre, la que —después de haberse hablado— nos arrendaba a nuestra entera disposición [44] y con un gasto mucho menor (4.600 escudos, mientras Cienfuegos debía gastar 8.000). Conté todo esto a Cienfue-

gos, pero rodeándose nuevamente de aquellos mismos que lo asediaban en favor de sus propios intereses, se persuadió de que no era un proyecto realizable y que en el escaso tiempo en que se deseaba partir no se habría podido preparar este otro nuevo navío. Hay que decir que él había anticipado ya 2 mil escudos a Plomen. En tal estado de cosas, pensamos que Cienfuegos se encontraba en angustias de dinero, y que el no aceptar el proyecto del nuevo navío (que exigía gastos anticipados), el vivir a bordo y el no [45] preocuparse más de nosotros en cuanto a alojamiento y bienestar, fueran el fruto de esa falta de dinero, en contraste con algunas quejas hechas 3 meses antes a la Secretaría de Estado. Pensando en todo esto Monseñor Vicario escribió a Monseñor Mazio, Secretario del Sagrado Colegio, y le expuso lo que él pensaba de Cienfuegos, diciendo que tal vez se habrían terminado sus fondos en los bancos de Génova. Y ésta era la verdad, pues él había escrito a su corresponsal de Gibraltar que no le hicieran nuevos envíos, creyendo encontrarse allá en el mes de agosto. En respuesta a esta carta, Monseñor Tesorero y Monseñor Mazio, por encargo de los Eminentísimos Jefes de Orden escribieron [46] a Monseñor para participarle que el Sagrado Colegio ponía a su disposición 1.500 escudos. Su amor propio, sin embargo, no le permitió aceptar ninguna suma, por lo que respondió que les agradecía, demostrando al mismo tiempo una particular gratitud por tal delicadeza.

8.— Superados todos los obstáculos por parte del patrón de la nave, surgió otro originado por el mal tiempo, pues llovía torrencialmente y soplaban vientos desde el sur, impidiendo absolutamente el viaje. Esta situación nos tenía un tanto preocupados, pues nos veíamos lejos del fin a que estábamos destinados y prolongábamos demasiado las molestias a Monseñor Arzobispo de [47] Génova. No obstante, quiso Dios darnos un consuelo en medio de aquella angustia, o sea la noticia de que el sucesor de Pío VII era el señor Cardenal Della Genga, después de un breve cónclave de 26 días, si no me equivoco.

Un correo extraordinario expedido por el Conde Barbaroux a la Corte llevaba también una carta del mismo Ministro a Monseñor Lambruschini, llegando el día 1º de octubre con la feliz nueva, y agregando que el Eminentísimo della Somaglia era el Cardenal Secretario de Estado, y Datario el Eminentísimo Severoli, y que la elección había tenido lugar en la mañana del 28 de septiembre de 1823, con 34 votos entre 49 (*Cardenales*) que estaban en el cónclave y que el nombre que se había puesto el Papa era León XII.

El interés que de [48] Cardenal había demostrado por esta Misión y la distinción que entonces había tenido por mí, me daba la seguridad de que no nos faltaría su Bendición y que se recordaría de nosotros a los pies de Jesucristo.

9.— Finalmente el día 5 de octubre a las once de la mañana nos hicimos a la vela. Hubiéramos deseado un día de retardo, porque esperábamos

que en el próximo correo, que venía el día 12, el Eminentísimo della Soma-
glia habría escrito a Monseñor Vicario Apostólico confirmandole las facul-
tades; pero, lo sucedido anteriormente no nos permitía proponer esta solu-
ción, que sin embargo nos habría satisfecho grandemente, pero no quisi-
mos [49] poner de nuestra parte ni un mínimo obstáculo para la partida.

10.— Las primeras horas de navegación no me dieron la menor inco-
modidad, y comí a las 4 con mucho apetito. Al terminar el almuerzo sentí
necesidad de subir a la cubierta, donde me quedé hasta la noche, sintiendo
una leve molestia. La noche me sirvió de dulcísimo reposo, pero en la ma-
ñana, después de haber dicho el Oficio y asistido a la Misa de Monseñor
Vicario, tuve necesidad de subir, y finalmente vomité: acostumbrado tribu-
to que hay que pagar al mar. Al almuerzo no pude comer y pasé el resto
del día no muy tranquilo. En la mañana del 7 me encontré muy bien y
miraba de lejos a Francia, que la teníamos [50] al frente. El día 8, habiendo
soplado poco viento en la tarde y en la noche precedentes, nos encontrába-
mos aún ante el golfo de León. El mar no me molestaba mínimamente y
tuve el consuelo de poder comulgar el día 8 y 9, después de la Misa de
Monseñor Vicario, y esto para no cansar a todos nuestros compañeros de a
bordo, que después de escuchar una Misa, de malas ganas hubieran escu-
chado las otras. No obstante esto, el día 9 dije Misa, *petita venia* (*pidiéndoles
perdón*).

El viento fue favorable y estábamos delante de España. Pero aun
cuando fuera favorable era muy fuerte, y por esto daba algún fastidio;
pensé que el mejor remedio en el mar es hacer descansar cómodamente el
cuerpo. En la mañana del 10 [51] estuvimos entre las Baleares y Catalu-
ña y habiendo disminuido el viento pude decir Misa y aplicarla por León
XII y por el mayor progreso de la Iglesia. La compañía de los jóvenes me
agradó más y me parecieron buenos en su estado y libertad y situación.

El día que nos hicimos a la vela hubo un mal entendido por parte
mía, creyendo que el transporte de las cosas fuera por nuestra cuenta y no
del Representante de Chile. La noche del 10 se pasó más bien incómoda-
mente; yo no tuve miedo, pero sí mucha molestia. El día 11 y la noche fue
lo mismo que el día siguiente. La noche del 12 al 13 fue mala y borrascosa.
[52] También sufrí mucho al día siguiente, y en la noche nos encomenda-
mos a Dios y nos confesamos mutuamente. Hacía tres días que los vientos
eran contrarios y nos íbamos ya hacia Cataluña ya hacia las Baleares. Se
resolvió, por fin, tomar puerto en Mallorca, pero encontrándose en cuarente-
na no se pudo ver la ciudad de Palma sino con el catalejo.

11.— Aquí, por medio del Capitán, hice entrega a otro capitán geno-
vés que estaba descargando trigo un grueso pliego que contenía cartas para
Monseñor Arzobispo de Génova a fin de que se lo entregara a él. Nosotros
habíamos llegado a esta isla constitucional el día 13 de octubre y en la ma-
ñana [53] del 17 las autoridades hicieron saber al Capitán que querían ha-

blar con Monseñor Arzobispo; pero, por las dificultades del desembarco, atendida la violencia del mar, aceptaron que fuera yo en lugar suyo. Me preguntaron qué misión tenía Monseñor Vicario Apostólico y respondí que no tenía otra que tratar de cosas relativas a la Religión, como era verdad; me preguntaron además dónde yo era canónigo y qué edad tenía y si los pueblos en Italia estaban contentos de sus soberanos: a todo respondí categóricamente. Después de las cinco de la tarde mandaron llamar al Capitán para intimarle que Monseñor bajara a tierra. Monseñor se negó, haciéndose esperar [54] para el día siguiente. La petición, entonces, fue repetida con mayor vehemencia a fin de que bajara, amenazando en el caso contrario a todos los del navío, y él para no comprometer a nadie obedeció y bajó en mi 'compañía. Puesto el pie en tierra le fue ordenado entrar en el Lazareto, pero él se negó haciendo ver la injuria que se hacía a Su Santidad y a la bandera sarda, a su dignidad, a la buena fe, al derecho de gentes; pero nada valió. Finalmente, protestando yo con él que sin la viva fuerza no iríamos jamás allí, los tres empleados que nos hablaban nos mostraron cuatro fuertes y que estaban prontos [55] para arrestarnos. Esto bastó para que, obedientes, dirigiéramos los pasos a nuestra cárcel, adorando los juicios de Dios y agradeciéndole al mismo tiempo, ya que nos hacía dignos de sufrir algo por El²⁸. Hasta entonces yo había sufrido alguna otra aflicción de espíritu, además de los temores e incomodidades del viaje, pero aunque era miserable no había sufrido todo ello con la resignación que debía, y nunca he sufrido en proporción a los pecados cometidos. Poco después vinieron el abate Sallusti, el camarero²⁹ y algunos marineros de a bordo que traían nuestros colchones. Después de habernos hecho esperar más de una hora a [56] cielo descubierto, nos llevaron a una pieza como una buhardilla, que no difería en nada de una cárcel y que no tenía otra cosa buena que un pequeño prado adelante, donde se podía pasear, y una buena vista del mar frente a la ciudad de Palma.

Dejado todo temor y confiados en la justicia de nuestra causa, escribimos inmediatamente dos cartas, una en italiano a la Primera Autoridad de la isla y otra en latín al Obispo. En la primera reclamábamos los derechos de libertad, y en la segunda, después de narrar lo sucedido, pedíamos a Monseñor Obispo que intercediera por nosotros.

En la mañana siguiente, 17 de octubre, vinieron otra vez los mismos tres [57] de la tarde (*anterior*) a renovar su examen, que hicieron separadamente a Monseñor y a Sallusti, excluyéndome a mí, que ya lo había pasado. Más aún se convencieron que la Misión no tenía otro objeto que el interés de la Religión, pero quisieron ver el Breve de Su Santidad para Monseñor Vicario, y por esto me permitieron ir a bordo a buscarlo, agregándome que llamara al señor Cienfuegos y al P. Arce, pero les respondí

²⁸Alude a *Hechos de los Ap.* 5,41.

²⁹Lorenzo Cuneo. Sallusti. *Historia de las Misiones Apostólicas*. p. 90.

con delicadeza que esto correspondía hacerlo a uno de los guardias. No pude encontrar el Breve y volví a tierra con algunas cosas necesarias. Los mencionados Cienfuegos, etc., no quisieron bajar después [58] de lo que había sucedido a nosotros; tal vez por esto fue dada la orden que se impidiera toda comunicación entre nosotros y los del navío y fuimos vigilados continuamente. El conde de Almodovar, General de la isla, respondió a nuestra carta diciendo que la Nación española no reconocía a Chile sino a la misma Nación española, y que por esto suponía que esta Misión había sido pedida por algunos rebeldes. Se le respondió que el Papa no pretendía dañar a ningún Gobierno mandando a aquella región un Vicario y que únicamente manifestaba el cuidado por aquella Iglesia: se insistió entonces en la injuria hecha a la bandera sarda.

[59] Monseñor Obispo mandó una respuesta ambigua y vino en la mañana del 18 diciendo que haría todo cuanto podía y que ya había hablado con el Jefe político (o) primera Autoridad.

El 19 el General escribió dos cartas en las cuales nos cumplimentaba y decía que el derecho de gentes no había sido violado y que para Monseñor existían las mejores comodidades en las (*presentes*) circunstancias y que él respetaba a Su Santidad y sus disposiciones y que obraba así únicamente porque Monseñor no tenía autorización de España. Sin embargo, él estaba efectivamente encarcelado conmigo y Sallusti.

12.— En la isla se dieron cuenta [60] del paso en falso, y el día 19 vinieron los tres de costumbre a decirnos que ya estaríamos a bordo si hubiéramos mandado el Breve que se nos pedía. Respondí a este insulto que como encarcelados y privados de toda comunicación con los demás no podíamos mostrar el Breve ni nada. Entonces me dieron licencia para ir a buscarlo, pero con el expreso acuerdo que no lo habrían tenido en la mano. Se los copié, y teniendo yo el original bien firme lo confrontaron (*con la copia*) y se dieron por satisfechos. En la mañana del 20 de octubre, a las 7,30 (*hora*) de Francia, mientras recitábamos Tercia, vinieron otros dos a decirnos que estábamos en libertad. El día 21 se supo que el Jefe Político o sea primera Autoridad [61] había renunciado y que la primera persona de la isla era ahora aquel General que nos había escrito antes. A las dos y media de la tarde de ese mismo día, 21 de octubre, partimos con un buen viento de la rada de Palma. El cónsul sardo y el del Imperio, a quien Monseñor había escrito, nos dijeron antes de partir que para este objeto se había reunido especialmente un Consejo compuesto de seis personas, entre las cuales estaba el Obispo, y se había propuesto si se podía y si convenía arrestar al Vicario Apostólico y a sus acompañantes. Todos convinieron (*afirmativamente*) en la primera parte, y ya pensaban enviarnos a Ceuta, en Africa, para que se remitiera el asunto a las Cortes³⁰ en Cádiz [62] y en Ceuta tendríamos

³⁰En castellano en el original.

una respuesta más rápida. Pero cuando se trató si convenía hubo mucha discrepancia y ésta nos valió la libertad. Nosotros habíamos celebrado la Misa en la cárcel por esta intención. Quiso Dios escuchar nuestros votos y así la Misión de Chile superó también esta fuerte oposición y el demonio no pudo vencerla.

13.— El viento fue propicio durante 24 horas y llegamos así hacia el final de las costas de Valencia. Pero comenzó el ábrego que nos impidió avanzar, o que apenas nos permitía hacerlo. Yo tuve un pequeño malestar de estómago, con los habituales efectos. Una hora después del mediodía [63] del 23 de octubre aún no llegábamos frente a Alicante. El 24 de octubre hubo calma y avanzamos sólo pocas millas, o sea pasamos el Cabo de Palos y a las seis de la tarde estábamos frente a Cartagena en el Reino de Murcia. Durante la noche siguió la escasez del viento y continuó igual en la mañana del 25. El mar no ocasionaba ninguna molestia y gracias a esto, con gran placer, se pudo decir Misa cómodamente.

14.— En la tarde el viento aumentó, siguiendo favorablemente toda la noche y también en la mañana del 26. Por esto se esperaba en la noche [64] la entrada a Gibraltar, a donde se llegó realmente a las 2,30 de la mañana del 27 de octubre, vigilia de los Santos Apóstoles Simón y Judas. Esta ciudad se encuentra en una gran ensenada del mar sobre el declive de un escollo altísimo enteramente fortificado.

Antes existía, en esa misma parte de levante, a la distancia de una milla, una gran fortaleza de los españoles, que fue derribada más tarde por los ingleses. Frente a Gibraltar, en la misma ensenada, está Algeciras, ciudad española, y al lado está San Roque, un pequeño poblado también español.

Partimos de Gibraltar a la una y media de la tarde del 28. También ahí [65] hubo dificultades y pequeños disgustos. El cónsul pontificio señor Boschetti, por el contrario, nos colmó de atenciones y no quiso recibir la más mínima cantidad de dinero por el valor de los encargos que le había hecho Monseñor Vicario Apostólico.

15.— Esta Misión hasta ahora no presenta nada más que aspectos de incertidumbre y de futuros sufrimientos. El carácter de ciertas personas³¹, la incertidumbre de tantas otras cosas me hacían vivir una profunda pena si no sintiera un valor interno que no puede venir sino de Dios. Sea mil veces bendito: ciertamente que soy el peor culpable y tal vez el [66] motivo de las incomodidades sufridas hasta ahora y de las que tendremos que soportar después.

En la tarde, el Africa se veía muy próxima, y hasta se distinguían algunas fogatas. Aquella visión me hizo adorar los juicios de Dios al con-

³¹La alusión ciertamente es para Cienfuegos y dudosamente para Sallusti por lo que dice más adelante en el n. 17.

siderar las tinieblas que oscurecían esa parte del mundo donde antes florecía la santidad y la doctrina de las luminarias de la Iglesia.

16.— Entramos en el Océano, y en los días 29 y 30 sufrimos alguna pequeña incomodidad por el mar, porque los vientos no eran muy favorables. No obstante, siempre se pudo decir Misa; también el día 31 que fue mejor que los otros.

Después del mediodía comenzó un mar [67] muy fuerte, que nos impidió (*celebrar*) la misa al día siguiente dedicado a Todos los Santos, y el día 2 (*que era*) domingo. El mar estuvo muy incómodo en la noche, por el extraordinario movimiento. Hubo la gran ventaja que el viento soplando de popa nos dio esperanzas de que el día 3 llegaríamos a las Canarias. Efectivamente, en la tarde de ese día se vieron las islas, pero disminuyendo el viento y soplando en contra durante la noche, nos encontramos de mañana cerca sí, pero siempre delante de las mismas islas, especialmente de aquel lugar conocido como Pico de Tenerife, una montaña que se creía la más alta del mundo. De hecho es altísima [68] y está siempre cubierta de nieve. En la mañana del 4 estábamos siempre en la misma posición por la calma que había

Un ligerísimo viento que soplaba y un hermoso día, como se puede tener en la tranquilidad, nos quitaban el fastidio. La noche siguió en calma, pero a las dos de la mañana se levantó un viento contrario tan furioso como imprevisto: no obstante el cielo estrellado se corría peligro, y el día 5, prosiguiendo el mismo viento, nos separamos de tierra, pero sin avanzar nada en el camino. De este modo en 6 días hicimos 720 millas desde Gibraltar hasta las Canarias, y aquí fue necesario [69] esperar.

17.— Debo alabar siempre más el carácter de los jóvenes. No digo nada de Monseñor Vicario a quien veo siempre más lleno de sólida virtud. También don José Sallusti es muy digno de toda alabanza: repito que yo soy la rueda que chirria en el carro.

18.— En la noche nos encontramos en la misma posición, pero una circunstancia particular nos puso en gran peligro. Cerca de las 11 un corsario de la República de Colombia se aproximó casualmente a nuestro navío, reconociéndolo quizás por las luces de las ventanas de popa. Con la corneta marina nos preguntó la proveniencia, la dirección y nuestra bandera: y no sintiéndose satisfecho [70] con las respuestas dijo al Comandante que amainaran las velas porque enviaría (*gente*) a bordo. Efectivamente a los pocos minutos subió un oficial con un acompañante. No se sabía qué fin tendría esta visita y mucho temíamos que terminara muy mal. La nave corsaria era de tres mástiles, estaba bien armada y a poca distancia había otra nave más pequeña que le pertenecía, venía de lejos y podía, al menos, tener necesidad de víveres. Estas ideas eran entristecedoras, pero no obstante todo esto, después de haber visto todos los papeles de nuestro Capitán nos deseó buen viaje. El perseguía a los españoles y nos contó que había que-

mado [71] varias naves de las Canarias pertenecientes a aquéllos. Preguntó por la situación de Cádiz y de las otras plazas, si en Gibraltar había naves francesas; y después de habernos dicho que eran de Colombia y dádonos las buenas noches nos abandonó su peligrosa presencia. Aun esto quiso el Señor agregar a tantos otros beneficios suyos: hacernos escapar ilesos de sus manos.

19.— El día 6 continuó el viento contrario y fue necesario ir bordeando siempre de una a otra isla, sin avanzar nada en el camino. En estos días sentí muchísimo apetito, pero si hubiera querido satisfacerlo me hubiera perjudicado la salud [72] totalmente. El día 7 hubo calma y vientos contrarios. En la tarde era un hermoso espectáculo ver el cielo claro y estrellado y me excitaba a devoción el rezar el rosario a los marineros ante aquella vista. Todo el día continuó el mismo viento y en la noche se hizo más fuerte, acompañándonos siempre todo el día 9, por lo que en la tarde del 8 llegamos felizmente al Trópico de Cáncer. El día 10 fue igualmente bueno e hicimos mucho camino sin sentir aún [73] las incomodidades de la zona tórrida. El día 11 prosiguió con igual felicidad y se veían algunos peces que vuelan, muy comunes en aquella zona. Su dimensión es como la de un pequeño salmón y mientras tienen húmedas las alas se mantienen en el aire, después se sumergen otra vez para tomar nuevo vigor y así se defienden cuanto les es posible de los peces más grandes que se los comen.

Siendo el viento siempre propicio esperábamos ver o pasar no muy lejos de las islas de Cabo Verde al día siguiente 12 de noviembre. De hecho hacia mediodía de ese día se vio una de ellas o sea la isla Sal, [74] de la que pasamos a 7 millas de distancia, quedándonos de la parte de levante. A las 11 de la noche se pasó cerca de la de Buenavista, que dista casi un grado de aquélla. El viento que soplaba no hacía incómodos los días, y las noches eran muy agradables. En la mañana del 13 el viento era siempre propicio, pero había disminuido un poco: en los días anteriores se hacía 6 y 7 millas por hora y poco menos de 8 en la noche, pero ese día en la mañana se hizo poco más de 5. Hacia mediodía casi cesó el viento y se temió la calma; sin embargo se hacían cerca de 3 millas y nos encontramos de frente a la isla de Mayo y hacia la tarde ante la de Santiago [75] capital de las islas de Cabo Verde, situadas a 14 grados. El calor se hizo sentir un poco y el viento fue siempre ligero hasta la mañana del 14 de noviembre en que hacia las 10 se comenzaron a hacer 5 millas. En estos días pude celebrar siempre la Santa Misa. El día 15 se anduvo con buen viento, aunque muy escaso, y fue peor el día 16, en el que sentí ese calor que suele hacer en Roma durante el mes de julio; estábamos a 11 grados, es decir 660 millas de la Línea. El día 17 hizo menos calor y fue muy propicio para la navegación, pues en ciertas horas hicimos casi 10 millas. El espectáculo [76] que presentaba el horizonte en ciertos días, especialmente en la mañana temprano, era sorprendente; de verdad se podía decir *Coeli enarrant gloriam*

Dei, etc.³². El día 18 también fue bueno para la navegación. No así los días 19 y 20 en los cuales hubo calma y vientos contrarios y no se avanzó casi nada. Hubo continuas borrascas y lluvias que nos obligaron a estar bajo cubierta. El calor era soportable, aunque se estaba a menos de 6 grados de distancia del Ecuador. Sin embargo había otras molestias: hediondez, especialmente en la cama, multiplicación de insectos en el mismo lugar, ratones, etc. Repito, [77] sin embargo, que hasta entonces, éstas y otras incomodidades no me eran muy pesadas y mal correspondería a la bondad de Jesús —que me daba las fuerzas— si dijera lo contrario. En este día dije la Misa con el mayor consuelo (*Kempis*, lib. 4 a § 2) que me haya quedado impreso. El día 21 se adelantó poquísimo y el día 22 fue lo mismo; pero no sentía malestar por el calor. El día 20 había tenido mucha alegría al ver un buen número de grandes peces que tenían la forma de un cerdo, pero eran grandes como un buey. El día 23 hubo viento contrario, que siguió todavía el 24. El 25 continuó un fuerte viento, que [78] viniendo del sur nos impedía el viaje y sólo nos permitía ir un poco hacia el Brasil. En estos días, continuas lluvias intermitentes, con truenos y nieblas muy espesas, nos hacían muy insoportable la zona tórrida; la noche era muy calurosa durmiendo en lechos demasiados angostos; pero confieso que yo sufría poco. El trabajo, la reflexión y sobre todo la ayuda del Señor, que en estos días se multiplicaba sobre mí, me hacían superior a todos los inconvenientes y más bien experimentaba un interno consuelo. ¡Cuán bueno es Jesús! El día 26 siguió viento contrario, pero no tanto para impedirnos ir un poco hacia [79] la Línea, después de haber estado en su proximidad 9 días. El día 28 se avanzó suficientemente, y todo el día se sintió un fresco primaveral. El día 29 se avanzó hasta 3 grados hacia el Sur y estábamos a una distancia de 450 millas de la costa del Brasil. Los días 30 de noviembre, 1º y 2 de diciembre no dejaban nada que desear: estábamos frente a Pernambuco; el día 1º el cielo era sereno, el mar tranquilo y el viento propicio y fresco, y ya nos encontrábamos a cerca de 10 grados pasado el Ecuador hacia el sur. El día 3 siguió el viaje con igual felicidad; estábamos a una distancia de casi 60 leguas de tierra, a mediodía [80] nos hallábamos a 11,11 grados y se esperaba estar al día siguiente frente a la Bahía de Todos los Santos, a distancia de casi 50 leguas, como efectivamente lo estuvimos. El día 5 estábamos en la misma latitud de Santa Elena, pero a 1.400 millas de distancia. El viento era muy bueno y en la noche estuvimos frente a los bancos de Antrójo situados a 17 grados, y a una distancia de casi 40 leguas. El día 6 siguió el buen tiempo. El 7 hubo una borrasca, pero no peligrosa, y el viento era siempre favorable. A mediodía la latitud era casi de 21 grados, por lo que esperábamos que al día siguiente estaríamos fuera del Trópico y de la zona tórrida.

³²“Los cielos dan cuenta de la gloria de Dios...” Salmo 18,2.

20.— En este día nos acompañó [81] un navío a 3 millas de distancia: no habíamos visto ninguno desde las islas de Cabo Verde. La lluvia era continua y se sentía un fresco que llegaba casi a ser frío. El tiempo borrascoso duró hasta después de medianoche. Las olas se levantaban con extraordinaria altura. En el día, después del 8 de diciembre, el viento se calmó, pero no tan perfectamente como el mar. El navío del día anterior estaba muy próximo a nosotros y por eso se alzó bandera y él respondió, y se supo así que pertenecía al Emperador del Brasil. Nuestro Piloto fue a bordo para preguntar algunas noticias y saber la posición. Venía de la Bahía de Todos los Santos y nos dijo que esa [82] posición era de 21 grados y algo más de latitud y que estábamos a solas 45 millas de la costa, mientras creíamos estar a más de 200. En este día hubo diversión por la pesca, habiendo pescado tres peces canes con el anzuelo, el más grande de los cuales tenía diez palmos de largo. Agregó que el Capitán de dicho navío dijo que Montevideo aún pertenecía a Portugal, pero que muy pronto, según su opinión, se uniría al Brasil. Tenía a bordo muchos esclavos negros e iba a Río de Janeiro.

21.— El día 9 se avanzó hacia el sur, pero nos separamos un poco más de tierra, porque así nos llevaba el viento. En la mañana [83] encontramos otro navío con bandera sarda, que iba hacia la *Línea*; el fuerte viento no permitía acercársele. Hacia las 5 de la tarde se salió de la zona tórrida, donde permanecimos un mes justo, del 9 de noviembre al 9 de diciembre. En los días 10 y 11 hubo tiempo tranquilo y fresco, y en la mañana temprano y en la tarde era más bien frío; pero se hizo poquísimo camino y estábamos a 600 millas de distancia del Río de la Plata, sin contar la longitud que se duplicaba. Por esto, algunos deseábamos ardientemente unos cinco o seis días de viento fuerte y bueno. El día 12 fue hermoso y sin calor, pero todavía sin viento; [84] después de las 4 se comenzó a hacer 4 millas, y 5 en la noche. En el día se avanzó con la misma progresión y apliqué la Misa en honor de Santa Lucía para tenerla propicia para mis ojos un poco debilitados. El día 14 hubo un tiempo hermosísimo y fresco, pero (*el viento fue*) más escaso que de costumbre: hacia las 5 de la tarde se vió un navío delante de nosotros, que iba en nuestra misma dirección. El día 15 fue como el anterior, un poco mejor por el calor y llegamos a 30 grados de latitud. Me sucedió un caso en que conocí mejor la sencillez de mi compañero, valoré siempre más su virtud, pero me ingenié en sacar el mayor provecho [85] para él, para mí, para todos. La mañana y la tarde estuvieron casi en calma. Pero la mañana del 16, antes de las nueve, aumentó (*el viento*) aunque nos empujaba hacia tierra antes de tiempo. Se vieron muchos delfines y gran número de peces como el día 22 de noviembre, y pasamos un poco de frío. El mismo frío hizo el día 17, en el que se avanzó un poco. El día 18 fue muy propicio, mientras a mediodía estábamos a 32 grados, y con aquellos habituales cálculos, hechos a base del deseo y generalmente anulados

por la experiencia, contábamos estar en tierra el próximo domingo 20 de diciembre.

22.— Nos dimos cuenta con los hechos, que a pesar de que el señor Cienfuegos [86] había pagado 8 mil escudos, fue —como todos los demás— servido malamente, aunque no faltaba lo necesario.

23.— El día 19 a mediodía nos encontrábamos a 33 grados 35 minutos, habiendo avanzado también en la longitud, pero en todo caso se esperaba ver tierra al día siguiente: se vio un gran número de aquellos peces en forma de cerdo. En la tarde sopló viento de popa y hubo señales terribles en el cielo y mucha furia en las olas, con un viento muy frío: se dejó ver la tempestad que, sin peligro, duró hasta [87] la mañana. La única molestia era en la noche (y era la segunda consecutiva) en que por el gran balanceo del cuerpo no se podía dormir. El día 20 llegamos al paralelo de Montevideo, pero después de almuerzo vino una grande calma y, por lo tanto, no se pudo avanzar en la longitud. El 21 fue un día hermosísimo y cada uno fingía o le parecía ver la tierra: el Capitán aseguraba que faltaban casi 100 leguas, algunos otros prácticos decían que se habría visto al día siguiente; lo malo era que el viento era muy escaso. En estos días yo pasaba algunas pruebas internas de tedio, dudas, tinieblas, etc., y, sin embargo, los consuelos [88] se redoblaban. *Quam bonus Deus*³³.

Se veían algunos grandes pájaros que indicaban la proximidad de la tierra. El día 22 hubo viento propicio pero fuerte y con cielo nublado; después de almuerzo el viento aumentó y el mar se puso muy irritado, y en la suposición que la tierra no estuviera lejos se determinó no avanzar sino esperar allí, poniéndose —como dicen— al abrigo para evitar los peligros de los bancos y escollos en que se podía chocar en el Río de la Plata.

24.— Mientras tanto se ordenó que se tomara la medida del agua, y al hacer esta observación el primer marinero que tiró el plomo cayó al agua, temiéndose perderlo seguramente [89] por la fuerza de las altas y borrascosas olas. Yo estaba en la habitación y al escuchar los gritos que se daban en cubierta creía que fueran indicios de tierra próxima y por ella peligrase el navío; me asomé a la ventana y vi que arrojaban al mar vigas y trozos de madera, por lo que inmediatamente me di cuenta que alguien se había caído. Encomendé al Señor, a María Santísima y a San Nicolás al que había caído, del cual, sin saber quién era, sentía los gritos que daba pidiendo auxilio. El se tomó de las cosas que le arrojaba, pero no eran capaces de sostenerlo; tuvo el ánimo de desnudarse y no obstante las olas que de [90] tanto en tanto lo sepultaban, se dirigió hacia el navío, pero hubiera perecido si no le sale al encuentro una lancha, donde se habían embarcado, no sin peligro, tres valerosos marineros que lo recibieron y salvaron con la alegría de todos.

25.— En la noche siguió la tempestad, y en la mañana del 23 cam-

³³“Oh, cuán bueno es Dios...” Salmo 72,1.

bió el viento y se puso enteramente contrario. Estos vientos los llaman Pamperos porque tienen origen en las pampas, unas llanuras inmensas cerca de Buenos Aires. El navío quedó con dos velas solas, y éstas disminuidas; pero, no obstante, la fuerza del viento era tal y las olas tan grandes que sufrimos la tempestad más fuerte desde la salida [91] del puerto de Génova. En el día 24 siguió el mismo estado, quizás un poco menos. Fue necesario meditar el dulce misterio de la Encarnación en medio de estos horrores. Hacia la tarde el viento se calmó bastante, pero las olas siguieron si no tan altas, al menos cuanto bastaba para dar mucho movimiento al navío. En la feroz tempestad no experimenté temor, pareciéndome estar en las manos de Dios, no porque dejara de reconocer en mí tantos defectos que debía atemorizarme, sino por considerar los motivos y el modo prudente con que me había resuelto a esta navegación, que me persuadían deber estar en las manos de Dios y [92] consideraba como movimientos suyos aquéllos de las olas y del viento, y me tranquilizaba. La tempestad tenía algo que la hacía menos terrible, y era la limpieza del cielo, que nos daba algún aliento en medio de tanta furia del mar, aunque poco podía contemplarse, porque las olas eran más altas que el navío y lo inundaban de popa a proa.

Los españoles llaman *pájaros carneros*³⁴ a ciertas aves blancas y negras del Río de la Plata. Son anchísimos, de dos canas³⁵ cuando tienen las alas desplegadas, y en esos días se presentó uno cerca de la nave. En la noche Monseñor Vicario [93] dijo la Santa Misa y yo lo asistí con el señor abate Sallusti, y tres personas de a bordo la escucharon. En la mañana de Navidad yo también pude decir Misa, pero con mucha dificultad, porque el Pampero aumentó, y así se pasó la Navidad entre terribles balanceos, pero por mi parte muy favorecido por abundantes gracias del Niño Jesús. El día 26 el mar se había calmado, pero el poco viento que soplaba no nos favorecía. Con los brazos tomaron uno de aquellos pájaros de color oscuro, de que he hablado: del pico a la cola tenía cerca de tres palmos de largo, cada una de las alas cerca de 4 palmos, el pico en forma redonda y recta sólo al final [94] con una excrescencia que le llegaba hasta la mitad: medía 6 dedos, era un poco encorvado en la parte superior, los pies tales como los del ganso: se sostienen poco sobre las patas, acostumbran a dormir sobre las olas y a volar prolongadamente en el aire; es bastante doméstico, pero un poco pestilente. Hacia las 5 de la tarde vino un viento un poco más propicio, pero escaso: después de las 6 se midió el fondo y se encontró que eran 47 brazos ingleses. Es difícil describir el placer que me ocasionó esta sola señal de la tierra próxima. En la medianoche fue medido de nuevo el fondo (lo que llaman sondear) y se encontraron 35 brazos; a las cuatro eran 33.

26.— Cerca de las 8,30 [95] del 27, dedicado a San Juan, día domin-

³⁴En castellano en el original.

³⁵Cana: antigua medida de dos varas.

go, decía la Misa el P. dominico nuestro compañero de viaje, el mar era plácido, el viento propicio, cuando se oyó un grito universal de alegría de todos los que estaban en cubierta, pues un marinero había gritado *tierra*. Yo estaba escuchando la Misa y reconociendo el grito de alegría participé plenamente en ella. Sin embargo de esto, se estuvo en la duda hasta después del mediodía. A la una y media yo también la vi claramente, e íbamos navegando con el viento en popa por el gran Río sin poder ver la otra orilla que dista en su desembocadura [96] 40 leguas, o sea del Cabo Santa María al Cabo San Antonio. Se vieron muchos lobos marinos que viven en un islote en el lado norte del río, llamado por esto Isla de los Lobos, a la que se llegó hacia las 7. El color del agua era un verde sucio, el sabor salado. Sentimos una humedad extraordinaria aún con el sol limpio. Del Cabo Santa María a la Isla de los Lobos hay 40 millas: a casi 12 millas de la isla se encuentra el puerto de Maldonado, y de esa isla a Montevideo hay casi 80 millas, y 120 de Montevideo a Buenos Aires. De esa isla al banco inglés 50 millas, que está casi en línea recta más al sur. [97] De Montevideo al banco Ortiz casi 35 millas. Este banco se divide en otros tres casi en medio del río. Antes de llegar a Montevideo, a la distancia de 15 millas se encuentra la isla de Flores, muy pequeña, donde no hay otra cosa que algunas cabañas, en las cuales se refugian los pescadores cuando van a pesca desde Montevideo.

27.— El día 28 fue casi de calma; en la tarde comenzó un poco de viento, pero a las 9 se echó el ancla para esperar el día y evitar los bancos. Habiendo zarpado a las 3,30 del día 29, comenzó un poco de viento contrario y a fuerza de costear se pudo llegar a la isla de Flores, [98] detrás de la cual, amainadas las velas y puesta la proa al viento, se detuvo la nave, esperando —si fuera posible— un viento que nos empujara para recorrer el breve trayecto de las 15 millas hasta Montevideo.

La desgracia quiso que el Capitán echase el ancla en un fondo de arena incapaz de retenerla, y esto lo hizo inconsultamente, pues en el sondeo no había encontrado la arena que se necesitaba. El hecho fue que poco a poco la nave retrocedía, por lo que se echó otra ancla, que resultó igualmente inútil. Se pensó entonces llevarla y confiarse a las velas, pero no fue posible conseguir el primer intento. Mientras tanto para evitar el [99] próximo peligro de que las aguas entraran por la proa y hundieran la nave, o de chocar con la costa, fueron cortadas las cuerdas y perdidas las anclas. Se desplegaron las velas y se retrocedió. En la mañana del 30 nos encontramos a 100 millas de distancia de la posición del día anterior, habiendo transcurrido la noche en continuos temores de chocar en los bancos y hundirnos. El viento fue poco favorable, pero siendo escaso y el mar tranquilo se pudo avanzar un poco. El día 31 el viento fue más fuerte, pero menos favorable para nuestra ruta que el día anterior. Ciertamente que después de haber pasado el trópico para entrar en la tempestad meridional, la navegación

[100] fue mucho más desgraciada y el demonio ha hecho todos los esfuerzos para arruinarla; pero, la Providencia, que vela incansablemente en nuestra defensa, permitía quizás estos obstáculos para probar a sus siervos y yo, por mi parte, puedo confesar que fui particularmente favorecido por la Divina Bondad con internos consuelos y con inspiraciones de confianza y de fe en aquel Señor amable que librándonos de tantos otros peligros mayores parecía que me hubiera elegido claramente como miembro de esta Misión.

28.— No puedo silenciar el enorme disgusto que me ocasionaba el que un joven americano leyera descaradamente a Voltaire³⁶, quien, sin [101] experiencia, había permanecido solamente por casi tres meses en la Babilonia de Europa (París) y había extraído de allí —creo yo— el pérfido veneno, habiendo llevado consigo mucha disposición para recibirlo. De verdad que me venía el ímpetu de arrojar al mar cada tomo que se me presentaba, ante un tan impío y necio autor. Pero, después me dominaba encomendándolo al Señor, ofreciéndole mi disgusto, tanto más grande, cuanto que sabía que había muchos otros de estos libros a bordo.

29.— El día 31 presentó un aspecto poco favorable, pero hacia la tarde se puso medianamente a nuestro favor. En la noche mejoró, y en la mañana del primero de enero de 1824 se llegó a las 9 a Montevideo.

Aquí sin [102] la incomodidad de la cuarentena se encontró a la ciudad libre del sitio, que se temía, habiéndose entregado en manos del Emperador del Brasil, cuando antes era de Portugal.

30.— Inmediatamente vino el Comandante del puerto con algunos otros que deseaban que Monseñor bajara a tierra para administrar la Confirmación. Algunos de a bordo bajaron a tierra y estábamos a la expectativa de partir en la misma tarde, o a más tardar en la mañana para Buenos Aires.

31.— El Delegado eclesiástico con tres sacerdotes y el Secretario del General vinieron a visitar a Monseñor Vicario. Allí no hay Capítulo. Todos instaron para que (*Monseñor*) se quedase ahí algunos días. El clero expuso la necesidad en que se encontraba, y especialmente [103] el Párroco que es Vicario foráneo manifestó su situación y sus dudas acerca de la legitimidad de su cargo, que le había sido conferido por seglares. Imponiéndose Monseñor que (*Montevideo*) pertenecía a la diócesis de Buenos Aires le dijo que en Chile esperaba cartas suyas, para darle las respuestas convenientes. Después, de palabra, tranquilizó su conciencia.

32.— La ciudad pertenecía al Emperador del Brasil, a quien había sido entregada por los portugueses algunos días antes. Las tropas del Emperador, en número de 6.000 hombres, estaban fuera de la ciudad. Aquéllos

³⁶Este joven parece haber sido Pedro Palazuelos, de quien Pío IX escribía en los apuntes de una carta para su hermano Gabriel, el 16 de noviembre de 1824: "...su secretario (*de Cienfuegos*) D. Pedro Palazuelos durante el viaje ocupaba el tiempo en leer a Rousseau y Voltaire bajo los ojos de Cienfuegos.", Serafini. o.c. p. 363.

que bajaron a tierra nos describieron el lujo extraordinario de las mujeres, y entendí también que eran poco recatadas [104]. Dos dominicos nos pintaron un pesimista cuadro de Buenos Aires.

33.— A las 7 de la tarde partimos con un piloto práctico, con un buen viento que cesó a la medianoche, y en la mañana del 2 se fue costeando lo mejor que se pudo, teniendo la compañía de dos navíos. Tenían bandera americana, e iban siempre tras de nosotros por no ser prácticos y aún más, nos deben a nosotros su salvación por la señal que les hicimos después de mediodía para que abandonaran la costa a donde se habían acercado demasiado, y siguieran más directamente detrás de nosotros. Un espectáculo deplorable se nos presentó a la vista, es decir, los restos de una nave sueca que [105] había encallado en uno de los muchos bancos del Río. En la tarde se tocó fondo y cerca de nosotros se colocaron los otros dos navíos, cuyos capitanes vinieron a hablar con el nuestro para conocer exactamente la posición. El día 3 al alba nos hicimos a la vela con un buen viento, que cesó bien pronto. Los mosquitos eran en tanta cantidad que resultaban un verdadero martirio.

34.— Después de almuerzo se vio Buenos Aires, o sea la Ciudad de la Santísima Trinidad, y, según la costumbre entonces vigente, se echó el ancla a 7 millas. El capitán quiso hacer un saludo de siete tiros a la ciudad, a la que nosotros no pudimos bajar sino al día siguiente, previa la visita [106] sanitaria y de la policía.

Así se cumplieron seis meses desde la partida de Roma y 91 días desde que embarcamos en Génova.

El día 3 celebré la Santa Misa en acción de gracias por los beneficios recibidos y el día 4 por que el Señor derrame su misericordia sobre la ciudad de Buenos Aires, de la que teníamos las más tristes referencias. El señor Cienfuegos bajó a tierra hacia las 3, y encontró una gran multitud de pueblo en espera del Vicario Apostólico, quien sin embargo bajó en la noche, y esto me disgustó mucho, ya que en la soledad de un noviciado no podía sino aborrecer la publicidad y los tumultos y aunque nada significaba esto para mí, sin embargo, como formaba parte [107] de la Misión, miraba como algo que interesaba también a mí todo lo que tocaba a Monseñor Vicario Apostólico. A pesar de que bajamos de noche, había mucha gente, y algunos muchachos llevando antorchas nos acompañaron a la Posada. Al ver cómo los niños corrían delante de nosotros, me acordé cuanto habían ayudado éstos a San Francisco Javier en algunas de sus misiones. Quien se ocupa de los niños y los educa en la religión se ocupa también del Estado y hace florecer la religión, única felicidad de los imperios y reinos aún en la tierra.

35.— En la mañana del 3 vinieron algunos sacerdotes a visitar a Monseñor Vicario Apostólico, entre los cuales estaba el así llamado Gober-

nador del Obispado, es decir aquél que se [108] estima como Obispo en la Catedral vacante.

Monseñor Vicario, que se sentía mal por una obstinación de vientre que se resistía a los purgantes y lavativas (y yo que recordaba bien la enfermedad de Monseñor Paulino Mastai, quien murió precisamente por la imposibilidad de obrar, estaba con suma aprehensión), no pudo recibirlo; por lo que yo le presenté las excusas y me entretuve a hablar con él y los demás canónigos, llegando poco después el señor Cienfuegos. Hablaron mucho de Fernando VII, con aquella vehemencia que cada uno puede imaginarse; pidieron luego otras noticias de Europa y preguntaron si subsistía la voz de que el pequeño Napoleón sería coronado Rey [109] de Roma, como aquí se tenía casi por cierto.

Vinieron (*también*) otras visitas, pero muchas más todavía el 6, día de la Epifanía, con gran multitud de pueblo a pedir (*a Monseñor*) la Bendición y a besar (*le*) la mano. Monseñor Vicario Apostólico pudo satisfacer a todos, ya que para mi gran consuelo, se sentía suficientemente restablecido.

36.— Vino también el General San Martín en *bourgeois*³⁷, pero no pasó a la habitación. Al día siguiente vinieron algunos jueces de los tribunales y muchas personas de categoría, algunas de las cuales ofrecieron su casa para residencia de Monseñor.

El mencionado General volvió haciendo mucha exhibición.

37.— En la tarde del 8 fue [110] Monseñor a devolver la visita al Gobernador del Obispado; pasó también donde el Gobernador de la ciudad, quien estaba en el campo, a donde se había retirado suponiendo que el Vicario Apostólico venía a deshacer todo lo que el Gobierno había establecido en materia de religión sin ponerse de acuerdo con él, como la supresión de los conventos y usurpación de sus bienes, el cambio de nombre al Capítulo y nombramiento de nuevos canónigos, y llamar Presidente a la primera dignidad y *Senado eclesiástico* a todo el Cabildo. Después fue donde el secretario del Ministro de Estado, quien no lo recibió, porque quería realizar este acto en el palacio municipal con toda la [111] mayor pompa. Efectivamente, en la mañana del 9 le hizo saber que lo esperaba y lo recibió con 10 ó 12 oficiales que estaban en la antesala. La fisonomía de éste (Ribadavia) era israelítica. Lo recibió con una desagradable y soberana prosopeya. Habló de la necesidad de la religión para civilizar a los pueblos y de la necesidad de que los pueblos vivieran unidos con el Jefe de la Iglesia, dando a la religión esa vía intermedia (que a la verdad debe tener), pero que según él, si no me equivoqué al escuchar, coincidía con la tan trillada y desfigurada sentencia *Quod est Caesaris*, etc.³⁸. Habló de la necesidad de Roma de tener a [112] Consalvi en su Corte como Secretario de Estado.

³⁷En francés en el original.

³⁸Lc. 20,25. *Dad al César lo que es del César...*

38.— Pero, dejemos a los gobernantes y vengamos al pueblo, el cual es bueno y lleno de fe.

En la mañana del 9 Monseñor fue a decir Misa a las Capuchinas, uno de los dos Monasterios que existen aquí, con número limitado (*de religiosas*), donde al llegar encontró una gran multitud, que fue mucho mayor al volver y que rodeaba su carroza por todas partes, haciendo muy difícil el regreso. Devuelta la visita a San Martín volvió a casa, donde en la tarde administró a algunos la Confirmación.

En la mañana del 10 llegó una carta del Gobernador del Obispado, en la que prohibía a [113] Monseñor el conferir la Confirmación sin expresa licencia del Gobierno. Yo fui personalmente a contestarle, y me dijo que así eran las leyes del país y que quizás el Gobierno quería ver sus Breves antes de concederle esta licencia. Le respondí como convenía, especialmente respecto a la necia dificultad de los Breves; dije que bastaba leer el pasaporte para verificar el carácter de Monseñor Arzobispo. A pesar de esto, para corresponder a las piadosas instancias del pueblo, Monseñor confería privadamente a algunos la Confirmación en su residencia. No hay que omitir que Monseñor, al devolver la visita al Gobernador del Obispado, le había dicho si tenía dificultad en que él [114] administrara la Confirmación, y aquél le contestó que era dueño de hacerlo. En esa mañana (*Monseñor*) celebró la Misa en la iglesia de las Dominicas, donde no encontró ningún sacerdote con sobrepelliz que lo recibiera en la puerta del templo, como había ocurrido el día anterior, porque el Gobernador del Obispado (miserable ejecutor de las órdenes políticas) lo había prohibido.

Mientras tanto el Gobierno hizo saber al señor Cienfuegos que se le prohibía hacer el viaje por tierra, correspondiendo esta medida a las voces que corrían de que este Gobierno había enviado cartas oficiales al de Chile para preguntarle si debía dejar pasar al Vicario Apostólico. Y esto no nos [115] maravillaba, ya que en el mes de julio de 1823 muchos diputados en Chile habían sido contrarios a esta Misión y, a pesar de que Cienfuegos había sido enviado a Roma con todas las credenciales, pensaban escribirle para suspenderlo y desautorizarlo en sus tratados.

Mientras tanto Monseñor había recaído en el mismo malestar, o mejor dicho, se le había manifestado con peor aspecto, por lo que fue llamado un holandés católico que era el mejor médico de la ciudad, el cual le ordenó varios purgantes. En la noche del 12 mejoró. En la mañana del mismo día 12 tres personas diversas me entregaron tres limosnas de un total de 60 escudos [116] para aplicar la Santa Misa. Pero como el interés era un lazo que nunca en la vida me había amarrado y que el demonio no se había atrevido siquiera a presentármelo antes de partir para el país donde están las minas preciosas, las rechacé todas persuadido de que necesitaba toda la delicadeza posible en esta Misión.

39.— A propósito de riqueza no me pareció que hubiera mucha en

Buenos Aires, donde encontramos el papel moneda y nos dijeron que la moneda de Roma que allí se veía había sido introducida hacía poco tiempo.

Todo el vino viene del extranjero, como también gran parte de la harina, por lo que con un [117] escudo se compran solamente 32 panes pequeños. Hay carne en abundancia y de buena calidad, y uno de los objetos del comercio son los cueros de buey.

En cuanto a la ciudad, ella tiene una forma regular. Las calles de-rechas y muy largas. Las iglesias son suficientemente buenas, los altares todos de madera, con dorados, cornizas, etc.

El puerto no es más que una miserable rada, sin tener siquiera la comodidad de un muelle para desembarcar, por lo que las carretas se internan en el río y toman a las personas y bagajes de las naves para llevarlas a tierra.

El carácter de los habitantes, como he dicho, es religioso y es tanto más [118] recomendable cuanto que por habitar en una ciudad de comercio no falta allí la semilla de miles de vicios. Muchos ofrecieron a Monseñor sumas de dinero y algunas otras cosas de que necesitara: él naturalmente las agradeció a todos.

40.— En el día 8 se tuvo el consuelo de recibir cartas de Roma, por medio de un navío que había partido de Génova poco después de nosotros. Su Santidad León XII, con un nuevo Breve, confirmaba todas las facultades a Monseñor Vicario Apostólico y enviaba una carta al nuevo Director de Chile, el General Freire³⁹, recomendándole a Monseñor, el éxito de su Misión y a sus acompañantes, y hablándole de mí se dignaba expresarse así: [119] *Nobis apprime carus et nostro consilio*, etc.⁴⁰.

41.— Parecía que el viaje por tierra ya no nos estaba prohibido, pues la policía nos había concedido los pasaportes y el diario de los correos. A pesar de esto el Gobierno se mostraba muy contrario, y en la tarde del 13 llegó una carta del Provisor del Obispado para el Vicario Apostólico, en que se lamentaba que hubiera venido a turbar la paz de la Iglesia, porque administraba privadamente la Confirmación en la Posada, y le prohibía absolutamente todo ejercicio de la potestad episcopal. Esto se originó porque en la tarde anterior habiéndose establecido que 6 ó 7 niños recibirían la Confirmación, a la hora fijada vino tal multitud de [120] gente que una puerta fue abierta por la fuerza y llenaron la estrecha habitación de Monseñor, causándole no pequeñas incomodidades, mientras todos se precipitaban a pedir Bendiciones y la Confirmación. Esto fue referido por la policía al dicho Gobernador del Obispado *sede vacante*, llamado don Mariano Zavaleta, quien escribió la terminante carta.

Cienfuegos tenía miedo de recibir alguna molestia del Gobierno al

³⁹En el original dice *Freilas*.

⁴⁰"... Nos es muy amado, y fue elegido por nuestro parecer para este destino".

ver la afluencia de pueblo que acudía donde Monseñor y se enojaba con nosotros, por lo que el día 14 me dio una solemne reprimenda. Llegó a tanto su extravagancia que ya no se podía hablar nada sin enojarse, y quiso a toda [121] costa que partiéramos en la mañana del 15, no obstante la delicada salud de Monseñor y los peligros de los indios. En la tarde el pueblo vino en gran multitud a pedir la bendición y a llorar.

42.— En la mañana del 15, hacia las nueve, con una igual muchedumbre, partimos en una carroza cómoda, y en un coche detrás iban las camas, los baúles y los víveres. Venía con nosotros el señor Cienfuegos, todo alegre y contento por verse fuera de Buenos Aires, y fuimos a Morón, una villa con iglesia a 6 ó 7 leguas de la ciudad, para esperar allí la otra carroza de los demás compañeros que debía alcanzarnos al día siguiente. Hicimos un hermosísimo viaje con un aire fresco. [122] Cuatro caballos tiraban el coche, guarnecido por fuera con cueros de buey. De estos cueros hay tanta abundancia que en el campo se veían las empalizadas amarradas con ellos. Este trayecto está todo poblado, esparcido de casitas y cabañas de los campesinos, que emplean muy poca industria en el cultivo; (*veíamos*) grandes campos de hinojos selváticos y de pérsicos. Se ve gran abundancia de tunas y de ciertos árboles llamados pitas, que crecen en medio de grandes hojas semejantes a aquéllas que en Europa se colocan en los jardines y que aquí hay en tanta cantidad que constituyen la fruta de las tierras. Aquellas hojas gruesas producen un hilo [123] que sirve para tejer, pero del que aquí hacen poco uso. El tronco de este árbol es todo verde, grueso como para abrazarlo con tres manos, alto como 3 ó 4 hombres, con ramas que crecen con tanta simetría que el árbol parece un candelabro.

El día 17 (*aún*) esperábamos a los compañeros en la misma aldea. Algunos venían de Buenos Aires con lágrimas en los ojos a hacer bendecir rosarios, y era necesario consolarlos.

43.— Partimos después del mediodía, y a las 5, después de recorrer 13 leguas, nos detuvimos en el villorrio llamado Luján. Por el camino supe en qué poca cuenta se tenía la pérdida de un caballo, porque no mucho después de haber partido [124], uno de la posta cayó muerto a tierra, y seguimos el camino sin que los postillones sintieran algún pesar, pues la pérdida no era superior a 3 ó 3½ escudos: tal es el precio de los caballos comunes. En las postas, que son cabañas, es necesario un poco de tiempo para que vayan a buscar los caballos en aquellos lugares del campo donde pacen en el día. Por el camino vimos gran cantidad de ganado. Nos dijo el jefe político de Luján que un buey cuesta a lo más 17 escudos y una vaca con el ternero 8 escudos y esto parecía muy caro a los habitantes que pocos años antes gastaban en esto dos tercios menos [125] y muchas veces no les costaba más que el trabajo de ir a buscarlos.

Nos maravillábamos que en el mes de enero (que corresponde al nuestro de julio) los terrenos estuvieran verdes. Las lluvias que infaltable-

mente caen tres o cuatro veces al mes producen este verdor. La iglesia de Luján tiene cúpula y es suficientemente grande. El párroco mandó a la Posada un altar con servicio de plata para que Monseñor Vicario Apostólico pudiera decir Misa al día siguiente, domingo 18 de enero, dedicado al Santísimo Nombre de Jesús.

44.— Después de haber dicho Misa —Monseñor en su residencia y yo en la iglesia— partimos y se pasó por un campo donde en algunos lugares pacían numerosísimos [126] rebaños de caballos, vacas y ovejas. En la tarde llegamos a Cañada Honda, a 35 leguas de Buenos Aires, que es la posta, y tiene 4 ó 5 cabañas. Nos dijo el patrón, o sea el Maestro de posta, que meses antes algunos asesinos (no indios, sino bandidos españoles, americanos, etc.), le habían robado 10 mil escudos y 300 bestias; pero "a pesar de esto, agregó, gracias a Dios y a María Santísima no me falta un pedazo de carne", así como nosotros decimos un pedazo de pan, porque aquí se come poco o más bien nada de pan y en cambio todo lo que se come es carne. Nos dijo además que el terreno era de una extraordinaria abundancia y que rendía el 100 y comúnmente el 50 (*por uno*).

[127] ¡Qué buen corazón tiene esta gente de campo, pero (*también*) mucha inercia!

45.— En la mañana del 20 partimos, y después de 14 leguas llegamos a San Pedro, parroquia con unas pocas cabañas, y a la distancia de una media legua se encuentra la posta donde almorzamos. Por el camino pasamos un río estrecho, pero con agua hasta la boca del caballo. Para no mojarnos pasamos en una canoa. (*El río*) estaba lleno de truchas muertas, que quizás habían perecido porque el agua que había descendido repentinamente de la nieve derretida de las cordilleras era excesivamente fangosa. En la tarde llegamos a otra posta llamada Hermanas, donde dormimos en una cabaña de tierra. [128] La cantidad extraordinaria de los rebaños y de los pájaros nos sorprendía. Estábamos caminando por las riberas del Paraná. El ver en verano todos los prados verdes nos daba una nueva alegría. En la tarde vimos muchos zorros que tienen sus cuevas junto a la carretera.

46.— En la mañana llegamos a San Nicolás, a cerca de 70 leguas de Buenos Aires y límite de esa Provincia con la de Santa Fe. Desviamos un poco porque el camino era más poblado y, en consecuencia, sin peligro de indios; aunque en el mes pasado hubieran llegado a pocas leguas de San Nicolás, es decir, a la posta llamada Cañada de Calzada, donde dormimos. [129] Estas postas no son otra cosa que dos o tres cabañas de barro techadas con paja, desvencijadas y faltas de todo, por lo que es necesario dormir en el suelo o al aire libre.

Aquí los compañeros del señor Cienfuegos cazaron una vizcacha excepcional, más gruesa que un gato, con pelo más fino, patas y cola más cortas, cara más fiera, bigotes bajo la nariz y otros bigotes más cortos y se-

dosos que le circundaban los labios lateralmente arriba y abajo. Tienen sus cuevas bajo tierra, de donde salen al atardecer. Son comestibles y tienen una carne blanca.

47.— En la mañana del 21, día de Santa Inés, partimos y llegamos a las 10 a Rosario, pequeño pueblo [130] de Santa Fe. Aquí supimos que a la distancia de 20 leguas hacía poco que habían aparecido los indios, pero que según la costumbre de aquellos bárbaros de venir al principiar la luna ahora no existía peligro alguno, pues nos encontrábamos en la menguante.

El párroco vino a invitar a Monseñor Vicario Apostólico para la Confirmación, que fue fijada para las 6 de la tarde. Resultó tan concurrida y con tantos gritos de los niños y la gente que se amontonaba que fue una gran fatiga para Monseñor y para quien lo asistía.

Este pueblo tan pequeño queda sobre las riberas del Paraná, donde hay una especie de puerto. En medio de dicho río [131] se encuentran muchas islitas habitadas por los tigres, que no dañan al hombre y huyen con facilidad, según me contó el párroco, quien estaba tan seguro de esto que cuando iba a pasear se ponía a dormir sin temor en la ribera del río.

48.— Partimos de Rosario en la mañana del 22, y recorridas 24 leguas llegamos a una posta de 5 cabañas llamada la Guardia de la Esquina. Allí por temor de los indios (*se vivía*) como atrincherado por pozos de agua y (*cercos*) de tunas. Ahí se durmí, pero yo no pude hacerlo porque los mosquitos me martirizaron. El campo lo encontramos menos fértil y [132] pobre en animales. Ya habíamos dejado el Paraná y esto influía mucho en la fertilidad del terreno: en cuanto a la escasez de ganado ésta debía atribuirse en gran parte a los robos de los indios. Vimos también muchos ciervos y gamos.

49.— En la mañana del 23, pasado el río Saladillo, descansamos en la posta del mismo nombre, perteneciente al Gobierno de Córdoba, donde en una así llamada fortaleza había 30 hombres con dos oficiales. Y como el camino que faltaba recorrer era el más peligroso por (*temor de*) encontrarnos con los indios, tomamos 8 hombres para que nos escoltaran. Dirigía esta posta una familia muy limpia, que [133] el año anterior vivía en la posta que íbamos a pasar (*la que había sido asaltada por los indios*) y debía su salvación a la fuga, aunque debieron perder la cabaña y casas que le incendiaron, le robaron las cosas y se llevaron cautivos a dos niños y una mujer, de quienes tenía algunas noticias y se esperaba rescatarlos.

50.— En la tarde llegamos sanos y salvos a una parroquia con algunas cabañas, llamada Fraile Muerto. Se dice que allí fue encontrado un fraile muerto por un tigre. De esta manera el misericordiosísimo Jesús, por la intercesión de su querida Madre y de los Angeles Custodios, nos libró también de este peligro, ya que todos aseguraban que después de este lugar [134] no había más que temer. El calor, ayer y hoy, fue bastante fuerte.

El párroco vino en la tarde a saludar a Monseñor y a pedir la Confirmación para la mañana, pero debiendo partir no se pudo complacerlo.

El pueblo era de la Diócesis de Córdoba.

51.— En la mañana del 24, después de 8 leguas de camino, llegamos a una posta llamada Esquina de Medrón, en cuyos alrededores el campo se veía con el mismo aspecto de fertilidad que el de Buenos Aires, con el agregado de muchas arboledas de gruesos espinos y de otros árboles grandes, cuyas hojas son del largo de una uña y del ancho de la punta de unos tres alfileres. Cerca corre un río algo más [135] angosto que el Tíber, que se llama Tercero. A las 5 llegamos a la posta Arroyo de San José, llamada así por un arroyo de ese nombre que corre ahí cerca, en el que me lavé.

52.— La salud de Monseñor iba resintiéndose con las molestias del viaje y las extravagancias del director del mismo⁴¹, las que no describo, porque sinceramente las atribuyo a agotamiento mental, a la ansiedad de llegar luego, a impaciencia, y también a enfermedad de su parte. Mientras tanto yo no cesaba de rezar por todos, pero *preces meae non sunt dignae*⁴².

53.— El trigo, en estos lugares, produce el 30 ó el 40 (*por uno*). Hay que observar que en todas partes las circunstancias de las estaciones originan [136] muchas diferencias en las cosechas. Las sequías causan grandes daños, como también el dejar siempre el trigo en el campo, aun cortado, por falta de graneros. En todas estas llanuras, no obstante de que habitan muchas familias, no se ve un alma. Estábamos en el Estado de Córdoba, capital del Tucumán, pero del que ahora está separado.

En la mañana del 25, día domingo, dije Misa y partimos para la Punta del Agua, posta con unas 4 ó 5 cabañas, distante de Córdoba 32 leguas y a 11 de San José, de donde habíamos partido. La mujer del Maestro de posta nos dijo que ahí estaba la mitad del camino de Buenos Aires a Mendoza. [137] (*Además*) nos refirió muchas cosas, porque era muy locuaz y tan curiosa que pretendía leer un pliego que iba dirigido a San José, o mejor dicho a Fraile Muerto, cuyo párroco lo había enviado a San José de parte del Gobernador del Obispado y del Capítulo de Córdoba. En esta felicitaba a Monseñor por su llegada, expresando los más bellos sentimientos de unión a la Sede Apostólica y se daban a Monseñor todas las facultades, etc.

54.— En la tarde llegamos a Santa Bárbara, otra posta, a 9 leguas de viaje. Fue necesario que lleváramos agua, porque no la hay en el camino. En este trayecto, después de casi 160 leguas de viaje, vimos por la primera vez [138] algunas colinas, o sea los Montes de Córdoba.

Para dar una idea de estas postas diré que no son otra cosa que

⁴¹Este era Cienfuegos.

⁴²*Mis plegarias no son dignas.* De la *Secuencia* de la Misa de Difuntos.

cabañas de barro —(*aunque*) hay algunas de ladrillos— techadas con cañas y paja; si se lleva colchón se puede dormir en el suelo, pero para evitar el calor, las chinches, etc., es mejor dormir al aire libre. Siempre se encuentra carne, leche con frecuencia, generalmente agua mala, nunca ni pan ni vino.

55.— En la mañana del 26 el señor Cienfuegos se separó de nosotros para preparar el alojamiento en Mendoza. Nosotros partimos más tarde y después de 8 leguas descansamos en el Corral de Barranca, y después de haber pasado el Río Cuarto, pernoctamos en la posta llamada [139] Tambo, habiendo hecho el recorrido en medio del campo, junto a la ribera del mismo Río, donde en la tarde tomé un baño agradabilísimo que me alivió del calor y del polvo, aunque en la noche, durmiendo en el campo, el viento me impidió dormir por el polvo que levantaba. En la mañana del 27, con peor camino que nunca, en medio de baches y fosos, llegamos a la posta que está cerca del arroyo de Barán, el que tiene su arena y terreno que lo circunda mezclados con partes de metal; dista 52 leguas de Córdoba. Y prosiguiendo el sendero pasamos una posta, ante el Chillán, con pésima carretera, en medio de [140] colinas rocosas y frescos prados.

56.— Nos contó un militar al servicio de Chile, quien había salido de allí hacia poco con permiso para Buenos Aires, su patria, que el General Freire había partido para Concepción, a causa de que los españoles amenazaban aquella provincia y aún más, creía que hubieran entrado en Lima con el ejército del Perú.

57.— En la mañana del 28 partimos de la posta llamada Portezuelo, situada en medio de dichos prados y montes de piedra, y después de dos leguas de penoso camino llegamos a la jurisdicción de la provincia de San Luis. En Portezuelo encontramos muchas piedras y minerales, y al llegar a la posta del Moro [141] después de 12 leguas de camino, siguió siempre la misma abundancia. Aquí corre un pequeño río, cuyas piedras son todas minerales.

En el día Monseñor Vicario Apostólico administró la Confirmación en la pequeña iglesita dedicada a San José. Es una buena gente que desea el alimento (*espiritual*), pero está lejos del propio párroco a 72 millas, distancia que hay hasta San Luis, donde reside. El día 29 hicimos este viaje, con gran incomodidad, porque se carece de carretera y por esto hay que ir zigzagueando por el campo. Aquí se rompió el coche del señor Cienfuegos, donde después de haber pasado muchas molestias lo encontramos enfermo en la [142] tarde, en la posta de San Luis.

58.— Llegamos a este lugar hacia las 9 de la noche y nos vinieron al encuentro dos de a caballo para escoltarnos, llevándonos a la casa del párroco. Hombre (*éste*) de buen corazón y lleno de solicitud para hospedar a Monseñor Vicario Apostólico. Su nombre era don Juan Pérez.

En la mañana siguiente el Gobernador de dicha ciudad vino a visitar

a Monseñor con otros 4 (*señores*), y le hizo los más corteses ofrecimientos y no nos fue difícil ver que él hablaba con el corazón y era un caballero. Su nombre era don José Santos Ortiz, y al día siguiente él con los otros vinieron a almorzar donde el párroco, y al final de la mesa el Gobernador hizo un brindis [143] diciendo: "Dios conserve al Santo Padre y su dominio temporal, y le extienda el espiritual y haga que para consuelo y alivio de los pueblos cristianos mande Vicarios Apostólicos dotados de virtud como el que nos ha invitado".

Nos dijeron que allí cerca había minas de oro y que un río, cuando llueve, traía muchísimas partículas de oro, y se calcula que la gente que recoge arena ganará 3 escudos al día.

La Confirmación fue fijada para el domingo próximo. Habían pasado 60 años desde la última vez que este sacramento había sido conferido aquí.

La región tiene minas de oro y [144] produce cochinilla, que se recoge en este tiempo.

La llegada y permanencia de Monseñor Vicario Apostólico ha producido en San Luis el efecto de una Misión; ojalá hubiera habido bastantes sacerdotes para escuchar las confesiones.

El día 6, después de almuerzo, debíamos partir, pues así había sido el acuerdo con el señor Cienfuegos, que había partido en la mañana temprano, pero como a él después de pocas millas se le rompió el coche por la segunda vez, la partida fue suspendida. (*Cienfuegos*) tomó la extravagante medida de proseguir el viaje a caballo, y para que sus acompañantes fueran obligados a hacer lo mismo ordenó a todos los postillones que [145] dejaran el coche en medio de la carretera y se fueran con él. Dos de los jóvenes volvieron a pie a San Luis.

En esa misma mañana nos dijo el señor Gobernador que 3 días después de haber pasado cerca de la posta llamada el Desmochado, los indios (prevenidos tal vez de nuestro paso, por tener siempre entre ellos algunos pésimos cristianos con quienes mantienen relaciones y los dirigen) habían asaltado una compañía de 22 hombres que nosotros habíamos encontrado, que conducía a Mendoza cerca de 200 caballos cargados de vino y aguardiente; y que, además de haberse apoderado de todo, habían asesinado a 20 hombres, y 2 que escaparon —[146] gracias a la celeridad de los buenos caballos que montaban— contaron el hecho al mismo Gobernador. Lo que manifiesta la protección del Cielo para nosotros. *Agimus tibi gratias*, etc.⁴³. En el mismo campo donde había sido el asalto encontraron un herido de muerte, pero aún vivo, quien para apagar la sed había bebido orines.

59.— Los regulares son muy mal vistos por estos nuevos gobiernos. Donde se puede suprimirlos se lo hace abiertamente y les quitan sus bienes.

⁴³*Gracias te damos, Señor, por todos tus beneficios...* Oración Litúrgica de acción de gracias.

El día 9 de febrero aún estábamos en San Luis, pues la salud de Monseñor no permitía partir. A pesar de esto, habiendo mejorado un poco, la partida fue fijada para [147] el día siguiente 10 de febrero a mediodía, con una sola posta para menor fatiga.

Todos estos pequeños Estados, Santa Fe, San Luis, San Juan, Mendoza, Córdoba, Buenos Aires, además de tener cada uno una semilla de discordia externa, poco se entienden entre ellos y nada con el último. Esto hace a los indios más orgullosos y nocivos. Por los servicios que prestaron a Buenos Aires, cuando era capital al tiempo de las primeras guerras de la Revolución, (*los indios*) tuvieron por gratificación el poner gratis a algunos jóvenes en aquel Colegio; y ahora, por una infernal política del Gobierno creo yo, procuran imbuir a [148] estos infelices con sus máximas. Nos contaron que en aquel Colegio habían dicho la siguiente proposición: "Si el Filósofo de Galilea hubiera tenido la política de hacerse amigo de los fariseos, la religión hubiera tenido mucho mejor resultado por la influencia que ellos tenían en el pueblo, que el que haya tenido valiéndose de los Apóstoles". Negaban la autoridad de la Escritura y Tradición, etc.

60.— Partimos de San Luis el día 10 de febrero y nos detuvimos por una jornada entera después de 7 leguas en la posta de la Laguna de Chorrillo, porque ahí se rompió el coche, y durante dos noches hubo [149] verdadero fermento de chinchas.

En la mañana del 12, viajando siempre por malas carreteras, llegamos a la vista del lago Bebedero, que tiene el agua salada y recibe tres ríos no muy grandes, que no tienen ninguna salida visible del lago. Llegamos a la posta del Desaguadero, que toma ese nombre del río que corre allí cerca en un lecho no muy profundo y desemboca en el dicho Bebedero, juntamente con el Río Mendoza, que ya en aquel punto corren juntos.

El terreno, hasta 15 ó 16 leguas de Mendoza, presenta mucho salitre. Al día siguiente, 13, se vio el río Tumaján, de suficiente anchura, pero de poca agua. [150] Estando en la posta llamada Catita, a 32 leguas de Mendoza, se me presentaron por primera vez las altísimas cordilleras cubiertas de nieve. La posta era horrible y resultó peor aún por un fuerte temporal. En estas postas pasadas confirmé lo que ya he dicho antes respecto al carácter de los habitantes, que son lentos y poltrones, ya que la carne no les falta nunca sin mayor trabajo, y poco o nada se preocupan de lo demás. Los campos no presentan un aspecto especial y aun están sin ganado y muy escasos de caza, al menos en cuanto se podía ver. En el Retamo, a 15 ó 16 leguas de Mendoza [151] como ya he dicho, comienza el orden, porque se ven muchísimos arbustos con simetría, cultivos mediocres y una posta que, en comparación con las demás, podía decirse que era un palacio real. (Ayer tuve allí un pequeño altercado con *Alfa*, por la primera vez)⁴⁴. Me he en-

⁴⁴*Alfa* parece indicar al propio Vicario Mns. Muzi.

comendado a Dios y todo se ha arreglado bien. *Sit nomen Domini benedictum*⁴⁵. Los terrenos cultivados de Retamo terminan después de dos o tres leguas, y se llega no mucho después al río Mendoza, angosto pero con agua hasta la altura del cuerpo de los caballos. Aquí se comienza a conocer el efecto de las Cordilleras, ya que el camino está lleno de piedras y además se ven muchas lagunas.

61.— Después [152] de 7 leguas de Retamo llegamos a la posta llamada Rodeo, y no mucho después comenzamos a ver cultivos, o por decir mejor terrenos cerrados por un muro de barro para cría de ganado, y muchas casas —de barro también pero construidas con orden— y que se van sucediendo hasta Mendoza y forman un suburbio, como en Europa se anunciaría una gran capital. Ciertamente que el interior de la ciudad no corresponde a todo esto. Al día siguiente, 16 de febrero, todo el clero secular y regular vino a buscar a Monseñor para llevarlo a la Iglesia Matriz. El clero secular es bastante numeroso, y el regular está formado por los Padres franciscanos, [153] dominicos, agustinos, mercedarios y hospitalarios. Todos (*vinieron*) en procesión con el Párroco revestido con capa pluvial, y en seguida los Magistrados; en la iglesia recibieron la bendición y luego besaron la mano de Monseñor Vicario Apostólico, quien en seguida volvió a casa. Las calles estaban adornadas; había arcos triunfales y flores esparcidas por el suelo. En la mañana del 18 hubo Misa solemne de acción de gracias por la llegada del Vicario Apostólico.

El secretario del Director vino a hablar acerca de la supresión de los religiosos. El secretario era el Párroco del Peni-Pacheco. Algunos religiosos habían pedido la secularización y habían recurrido al Gobierno secular para obtenerla. No hay duda que algunos regulares [154] han tenido una conducta escandalosa; pero *neesse est ut eveniant scandala*⁴⁶.

Hay allí un Instituto de monjas provenientes de Burdeos, cuyas reglas son muy semejantes a las de los jesuitas y están en observancia en esa buena comunidad. Educan jovencitas en el monasterio y hacen clases a externas, que tienen en gran número. Hay oratorio nocturno, donde algunos sacerdotes seculares trabajan con mucho empeño. Ahí también participan las mujeres, y el Párroco asegura que nunca ha sucedido algo inconveniente. Los días 20, 21, 22, 23 y 24 fue administrada la Confirmación a muchísimos fieles. En la tarde del 23 hubo una magnífica recepción ofrecida por el [155] Cabildo en la casa del Alcalde de primer voto, señor don José Clemente Venegas. Con mucho consuelo escuchamos poesías en honor de Su Santidad, del Vicario Apostólico, del Estado de Chile, y contra los filósofos libertinos, etc.

62.— Acompañados por una gran multitud partimos en la tarde del

⁴⁵Sea bendito el nombre del Señor.

⁴⁶No puede menos que haber escándalos; pero, ¡ay de aquél por quien viene el escándalo! Mt. 18, 7.

24 a una casa de campo distante una legua de la ciudad, y que pertenecía a uno de los principales (*de Mendoza*).

En la mañana del 25 comenzamos el viaje en mulas, y fuimos a pernoctar a 15 leguas de distancia, en una cabaña llamada Villa Vicente. Ya estábamos entre las montañas. Al día siguiente nos preparábamos para sentir mucho frío, pues ese efecto se produce [156] en aquel lugar, pero como no sopló viento, tampoco se sintió el frío. En la tarde llegamos a un fértil valle llamado Uspallata, con un río de ese nombre, de actual propiedad del Director de Mendoza don Pedro Molina: allí dormimos en una casita de la estancia. El día 27 nos adentramos en las montañas, y caminando por una garganta encontramos el río Mendoza de una parte, con un profundo lecho, mientras caminábamos por el dorso de la montaña en un sendero ruinoso de palmo y medio, amenazado además por los peñascos de más arriba. Guiados por el arcángel Rafael llegamos a salvo, no sin un [157] gran miedo. Con frecuencia pasábamos arroyos de agua clarísima y fresquísima: uno de éstos se llama Pichipta. En la noche dormimos en la montaña. En ese paraje encontramos al sacerdote don Marcos Sotomayor, cuñado del Director interino de Chile, coronel Errázuriz. Nos dijo que todos estaban esperando al Vicario Apostólico.

En la mañana siguiente, 28, pasamos por un lugar aún más peligroso, aunque más corto que el de ayer, llamado la Ladera de la Vaca. Pasado el río Mendoza, donde está para reunirse con el Tupungato, que (*también*) vimos, entramos en una sucesión de valles regados por arroyos y rodeados de montañas, siempre una [158] más alta que la otra.

No omitiré hablar de un animal doméstico que se llama guanaco, que se encuentra en la Cordillera; es de color claro, de lejos tiene la forma de un caballo y quizás un poco más pequeño, con el cuello más largo, la cabeza más elevada, hocico de oveja y con la cola cortada. Es bueno para comerlo y su pelo sirve para hacer pelucas.

Vimos un puente llamado de los Incas, que parece formado por la naturaleza y que ahora se usa poco o nada, pues se pasa por otro camino. Alrededor corren aguas nitrosas que forman figuras. La parte de abajo del puente tiene la [159] forma de un conjunto de piñas por el nitrato petrificado. Las grandes piedras laterales son de color verde, rojo, amarillo, etc.; hay en la pendiente de piedra que baja al río un canal que en la cúspide tiene una taza como una fuente, de la que de continuo sale agua caliente.

63.— Este viaje me molestaba en extremo, pues los dolores al pecho, a la cabeza y la fiebre, etc., se unían al sol quemante y a los dolores de cabalgar. En este mismo día padecí tanto frío, que en la tarde, llegados a una casucha estuve junto al fuego por mucho tiempo. Estas casuchas están ahora en pésimo estado; el uso de ellas era para los correos, especialmente en invierno, en que [160] estos pobres deben caminar por la nieve y bajar terribles montañas cubiertas de hielo, y cuando quieren descansar clavan dos

cuchillos en el hielo mismo y se sostienen con las manos, impidiendo así el caer abajo.

Desde mucho tiempo que me sentía internamente árido y una cierta confusión me agitaba extraordinariamente.

II PARTE

EN CHILE

29 de febrero — 30 de octubre de 1824.

64. En Chile.— 65. Los Andes.— 66. Colina.— 67. Dificultades con Cienfuegos.— 68. Santiago.— 69. Presentación de credenciales.— 70. Primeras impresiones de la Misión en Santiago.— 71. El Gobierno paga una pensión al Vicario Apostólico.— 72. Documentos del Vicario Apostólico.— 73. Descripción de Santiago.— 74. Edificios y casas.— 75. Iglesias y conventos.— 76. Los campos y las costumbres chilenas.— 77. Costo de la vida.— 78. Las Ordenes religiosas.— 79. El Obispo de Santiago.— 80. El Director Supremo.— 81. Dificultades con Sallusti.— 82. La revolución de julio.— 83. Entrevista con Freire.— 84. Crítica interna a la Misión.— 85. Se estudia reducir las fiestas eclesiásticas.— 86. Se impide al Obispo de Santiago ejercer su jurisdicción y se le suplanta por Cienfuegos.— 87. Reducción de las fiestas eclesiásticas.— 88. Continúan las secularizaciones de religiosos.— 89. Se nombra Asesor del Tribunal del Vicario.— 90. Mastai es calumniado.— 91. Se intenta someter a los regulares al Ordinario de Santiago.— 92. Noticias de Buenos Aires.— 93. Apostolado del P. Zárate.— 94. Ultrajes al Vicario Apostólico.— 95. Carta de Bolívar.— 96. Medidas contra los regulares.— 97. El Vicario piensa irse de Chile.— 98. Proclama del general Olañeta.— 99. Decretos del Gobierno de Buenos Aires.— 100. Estudios teológicos en Santiago.— 101. Se resuelve partir de Chile.— 102. Texto de la carta de Bolívar.— 103. Se decide ir a Montevideo.— 104. El Vicario pide los pasaportes.— 105. Reacción del Ministro Pinto.— 106. Reacción de Cienfuegos.— 107. Libros perniciosos en Santiago.— 108. Negociaciones sobre los Obispos.— 109. Intervención del Obispo de Santiago.— 110. El Vicario nuevamente pide los pasaportes.— 111. Prosiguen las negociaciones con el Ministro Pinto.— 112. Interviene Freire.— 113. Intrigas de Cienfuegos.— 114. Punto muerto de las negociaciones y entrega de los pasaportes.— 115. Más sobre Cienfuegos.— 116. Comienzan los trámites para partir.— 117. Nuevamente interviene Freire.— 118. Supuesta candidatura de Mastai para un Obispado.— 119. Las secularizaciones.— 120. Despedida de Santiago.— 121. El viaje a Valparaíso.— 122. Descripción de

Valparaíso.— 123. Estragos del terremoto de 1822.— 124. Iglesias de Valparaíso.— 125. Condiciones del puerto.— 126. El camino a Valparaíso.— 127. Visitas a algunos navíos.— 128. Reacción de *El Liberal* por la partida del Vicario Apostólico.— 129. Freire en Valparaíso.

64.— A cada paso se encuentran cadáveres y huesos de mulas y caballos. En la tarde llegamos a las faldas de la Cordillera más alta y en la mañana del 29 alcanzamos su veta. No se descubrían vistas lejanas: no veíamos sino los valles ya pasados, regados por muchos arroyos y luego montes por [161] todas partes. Al bajar (me hizo más impresión por lo larga la bajada que la subida) se ve el lago donde se bañaban los Incas, según dicen, aunque yo no creo porque siempre allí hace frío. La nieve se ve en casi todas las cúspides, pero poca, ya que a fines de febrero y marzo el tiempo es menos rígido en ese terrible sendero.

La sutileza del aire, el azote del sol o qué sé yo, me ocasionaron un fuerte dolor de pecho y de cabeza, que unido a la fatiga de cabalgar me hacían sentir un dolor general en todos los huesos. Habiendo reparado en una casucha por un poco de tiempo, proseguimos el viaje hasta la Guardia Vieja [162] de Chile, pasando al lado del río y por un camino no menos terrible que aquél del día 27, y mucho más largo. Nos dijeron que un terremoto (muy común en Chile y terrible esta vez) había dejado así el camino.

Las faldas de los montañas presentaban un aspecto menos triste, pues se veían revestidas de árboles. El 1º de marzo acercándonos a la villa de Santa Rosa, perteneciente a Chile, vimos valles muy fértiles y cultivados.

65.— Llegados a poca distancia de dicha villa, el Gobernador, el Párroco⁴⁷ y muchos otros vinieron a encontrar a Monseñor Vicario Apostólico. En la puerta de la iglesia estaba el vicepárroco con pluvial, quien [163] entonó la antifona *Ecce sacerdos*, etc. y luego el *Te Deum*: y (después) Monseñor Vicario Apostólico dio la Bendición desde el altar.

Estuvimos allí todo el día siguiente 2 de marzo, atendidos con una mesa como para saciar hambrientos.

66.— El 3, primer día de cuaresma, partimos para Colina, juntos con el P. Prior y otros religiosos de la Recoleta dominica de Santiago que nos habían venido a encontrar. Se almorzó en una hacienda llamada Chacabuco, que antiguamente fue de los jesuitas y ahora es de un particular, quien estaba allí para prepararnos un almuerzo que después no se llevó a cabo.

En la noche llegamos a la parroquia de Colina, y en la iglesia hubo la misma ceremonia que en Santa Rosa. Había algunos arcos triunfales con [164] faroles.

⁴⁷Juan Francisco Meneses.

67.— Fuimos a alojar en casa de una viuda anciana y enferma, donde estaba Cienfuegos, amigo de ella y administrador de su patrimonio. Ahí estuvimos hasta el sábado 6 de marzo, sin poder (*siquiera*) oír la voz de Cienfuegos, ni poder verlo con aspecto alegre. Yo me sentía destrozado internamente por todas las dificultades ya expuestas al digno Arzobispo de Génova y me sentí siempre peor en los primeros días que estuvimos en Santiago.

68.— En la tarde del mismo sábado 6 de marzo llegamos finalmente a Santiago, hacia donde nos habíamos dirigido desde el día 3 de julio de 1823, cuando partimos de Roma. Dormimos en el Convento llamado Recoleta dominica [165] y en la mañana siguiente, 7 de marzo, vinieron (a buscarnos) dos o tres carrozas nobles con 4 caballos, postillones y guardias coraceros.

En la primera iba Monseñor Vicario Apostólico con el Ayudante del Director⁴⁸, en la 2ª íbamos el señor Sallusti, un pequeño sacerdote chileno, un Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de nacionalidad francesa, y yo. Antes de partir había estado el Obispo Monseñor Rodríguez, hombre de trato y vestido limpios, despierto de ingenio y de persona aunque tenía 74 años. Había mucho pueblo.

69.— En la Sala del Director, Monseñor Vicario Apostólico presentó la carta que le dirigía Su Santidad León XII, y después hubo la ya ritual ceremonia en la iglesia, que concluyó con la Bendición del Vicario Apostólico, estando presente [166] el Obispo⁴⁹.

Monseñor fue a devolver la visita al Obispo y le entregó la carta de Pío VII.

70.— Parecía que existía un deseo común de ver las facultades de Monseñor Vicario Apostólico, y lo deduzco de la petición del catálogo de ellas que alguien me hizo, que suponían ya impreso en Santiago.

Generalmente aparecía que el pueblo estaba contento con el Vicario, y muchos no dejaron de notar la conducta del señor Cienfuegos, quien no se acercaba nunca a la residencia de aquél. Me contaron muchas cosas a propósito de Cienfuegos y de sus relatos, de cuanto le había sucedido en Roma y de las honrosas proposiciones que le había hecho Monseñor Arzobispo de Génova.

71.— [167] En la tarde del 28 de marzo, el señor Canónigo Elizondo, senador, nos dijo que el Senado había aprobado por unanimidad de votos el proyecto del Director del Consejo de Estado de dar 500 escudos al mes al Vicario Apostólico y sus familiares. El señor Ministro de Estado, Egaña, después de visitar a Monseñor Vicario Apostólico, le mandó —a pedido suyo— algunas hojas públicas, entre las que se destacaba el *Boletín de las Leyes* (que salía con bastante frecuencia y era una declaración de las leyes emana-

⁴⁸Coronel Juan Gómez.

⁴⁹El *Correo de Arauco* n. 4, viernes 30 de abril de 1824, pp. 15-18, da noticias de toda la ceremonia. Allí se inserta, en latín y castellano, la Carta de León XII a Freire.

das). Ahí se encontró registrado que para dar a Monseñor Vicario Apostólico la necesitada suma se había suspendido un canonicato (que allá rinde 2 mil escudos) y el resto quedaba a cargo de las Comunidades religiosas⁵⁰. Por esto fue muy sabio —y yo me uní (*a él*) con mi compañero— [168] el parecer de Monseñor Vicario Apostólico de rehusar una subvención de tal proveniencia. Efectivamente, escribí a nombre de Monseñor una carta al Director Supremo en que él renunciaba (*a la asignación*) por dichos motivos para no ser un agravio a los dos cleros, quedando bien entendido que por esto no pretendía renunciar a las obligaciones de su comisión, que más bien —expresaba— las proseguía con el mayor celo. El Ministro de Estado respondió aclarando los puntos y diciendo que el canonicato ya había sido suspendido en 1821 y que los religiosos pagarían lo que antes pagaban a sus Prelados de Europa. Cienfuegos prometió que se imprimiría otro boletín declaratorio. Con esta condición [169] Monseñor aceptó⁵¹.

72.— Se imprimió su Pastoral, que agradó. Dos meses después de su llegada (*Monseñor*) entregó un Resumen de sus facultades al Director, a pedido del Ministro de Estado.

73.— Santiago es una ciudad poblada por casi 60 mil almas, situada enteramente en una llanura rodeada de cordilleras. Sus calles son todas derechas y las manzanas todas de la misma medida de una cuadra, que es la décima parte de una milla cuadrada. Sus calles son anchas y pueden contener tres carrozas, todas empedradas con piedras pequeñas, con un canal en el medio donde suele correr agua, y con aceras a los dos lados con grandes piedras [170] como aquéllas de Florencia. Hay dos paseos con árboles, uno al lado del río Mapocho, el otro en la parte opuesta que llaman la Cañada de San Francisco. En el mismo lugar del primer paseo hay una muralla de la altura de un hombre, que en algunas partes es de dos hombres según el nivel del terreno. La muralla tiene una legua de largo y hace de margen al río, para que cuando vaya lleno no desborde hacia la ciudad. Sobre la muralla se puede pasear cómodamente, porque es de casi 5 palmos de ancho y está defendida con un parapeto por la parte del río. La muralla en la parte del norte va a juntarse en un puente, que puede llamarse el principio de la ciudad [171] y tiene 9 arcos de buena construcción.

74.— Los mejores edificios son la Casa de la Moneda, la Aduana y el Consulado. Ahora están construyendo casas con mejor gusto, con una apariencia exterior de pilastras y columnas, techo bien blanqueado y con buhardilla encima. La mayoría de las casas, sin embargo, son de un solo piso y de la siguiente estructura: de la puerta de calle se entra en un patio cuadrado, al que salen en derredor las puertas y ventanas de las mejores habitaciones.

⁵⁰Decreto de Errázuriz *Asignación para la subsistencia del Vicario Apostólico*, de 20 de marzo de 1824. *Boletín de las Leyes*. t. I, pp. 256-257.

⁵¹Tal declaración no se publicó en ningún boletín. Por lo menos no aparece en el *Boletín de las Leyes* ni en los periódicos *El Correo de Arauco* y *El Liberal*.

Pasando por las habitaciones que están en frente se llega a otro patio que generalmente es un jardín, y a éste salen las habitaciones menos importantes. Comúnmente [172] hay todavía otro patio que corresponde a la cocina y otras dependencias. En muchas casas no faltan muebles del mejor gusto europeo, por haber en Santiago ebanistas franceses, ingleses y alemanes; espejos y cosas semejantes que naves europeas, especialmente inglesas, llevan a Valparaíso. Hay lujo de alfombras, por su calidad; pero, hay que confesar que ese lujo es allá necesario para repararse de la humedad de la planta baja y para encubrir el enladrillado, trabajado muy modestamente, y para hacer decentes las habitaciones. En aquellas casas no se conoce lo que nosotros llamamos *fuga de habitaciones*, porque del patio se entra en una [173] salita y de ésta en una sala de recepción. Generalmente las puertas y ventanas son mal trabajadas, y parece que les interesa más tener una buena mesa que un buen sentido, motivo por el cual siempre se encuentran por las calles hombres y mujeres con la cara amarrada con un pañuelo por el dolor de muelas, fluxiones, etc. Son pocas las casas construídas con ladrillos cocidos. Casi todas se construyen con adobes de barro mezclado con paja, endurecidos al rayo del sol. Los habitantes dicen que las casas edificadas así, según les enseña la experiencia, resisten más a los terremotos, que son frecuentes en el país.

75.— [174] A pesar de esto las iglesias Catedral y de Santo Domingo han sido edificadas todas de piedra, que aún existen, después de haber resistido a los fuertes temblores.

En la ciudad hay 7 monasterios: dos de clarisas, 1 de capuchinas, 2 de carmelitas, 1 de agustinas y otro de dominicas llamadas *Rosas de Santa Rosa*⁵².

Hay (*religiosos*) franciscanos y tienen también un convento de Reforma; dominicos, que igualmente tienen un convento de Reforma; mercenarios, agustinos y de San Juan de Dios.

Hay casi 30 iglesias, tres hospitales, 2 casas de ejercicios, un hospicio de pobres. En las iglesias, por su construcción arquitectónica, no hay nada ni de horrible ni de particular. [175] No se encuentra casi ningún cuadro y en los altares hay estatuas de madera, vestidas con géneros, sedas, etc. Hay suficiente platería, pero que no luce, porque los candelabros, adornos, etc. están todos mal hechos. Las casullas son más angostas en los hombros que las nuestras y tan estrechas en el cuello que para quitárselas es necesario apretarse las orejas o la nariz. Usan una pequeña cucharilla para echar las gotas de agua en el cáliz. Los sobrepellices son más largos que los romanos y más ajustados, con dos grandes colas en lugar de mangas que caen desde los hombros y se envuelven en los brazos. Las dalmáticas [176] no tienen mangas sino dos colas bien anchas que llegan hasta el codo y que de lejos no se diferencian de nuestras mangas. Los ministros llevan un cuello del mismo

⁵²En castellano en el original.

género y color de las dalmáticas, que por atrás les cubre la cabeza y por delante termina en punta a ambos lados. En las iglesias no se ven sillas, y las mujeres llevan pequeños y graciosos tapetes que extienden en el suelo y allí se hincan y se sientan.

Parece que fuera un resto de gusto indio el ver espejos grandes y pequeños como adornos en las iglesias y en los altares; los hay también en las sacristías, como en Francia, para ver si quedan bien colocadas las vestiduras sagradas. Las ceremonias [177] y ritos no están aquí en mucho vigor.

76.— Los campos vecinos son muy amenos, a pesar de la proximidad de las cordilleras, a lo que contribuye mucho la serenidad del cielo. Los ricos tienen haciendas o sea posesiones de una extensión interminable; cada una sería suficiente para formar un pequeño estado de Italia. Las frutas son de óptimo sabor, y los árboles se cargan tanto de ellas, especialmente los pérsicos, que algunas ramas se quiebran por el excesivo peso.

El vino es muy pesado, porque es cocido y lo guardan con cal en vasijas de barro. El aceite se encuentra en escasa cantidad, porque lo usan muy poco. Los olivos [178] son mucho más grandes que los nuestros y el fruto lo emplean casi totalmente para comerlo. En las lámparas de las iglesias se sirven del aceite, o mejor dicho de la grasa que sacan de las patas de las vacas. El alumbrado de las casas es de sebo; poco se usa la cera y para mayor limpieza usan también la esperma de ballena que es más blanca que la cera.

Los animales domésticos y útiles son más feos que los de Europa: bueyes, caballos, perros. Se encuentra algún caballo hermoso, pero generalmente no los cuidan mucho y por esto son enjutos y como de razas bastardas. En el campo se encuentra una especie de león, que llaman gato [179] montés, del porte de un ternero de poco menos de un año, de color pardo y que hace grandes estragos en los rebaños; lo cazan con perros, y cuando sube a los árboles le tiran el lazo, en lo que son diestrísimos los campesinos chilenos, como también en cabalgar; y lo matan con poco trabajo, porque es delicadísimo de la garganta. Cuentan como cosa rara que haya muerto a un hombre, y huye fácilmente

Hay allá también un volátil que hace daño a los rebaños: lo llaman aidro. Es más grande que un gallináceo, con un gran pico encorvado, con las plumas mezcladas con pelo [180] y en su conjunto es muy feo. También a éste lo cazan metiéndolo como en una empalizada estrecha, y cuando tienen a muchos juntos, entran los campesinos con cuchillos y palos para matarlos: no pueden huir, porque para volar necesitan antes hacer una carrera que no les permite ni la estrechez del lugar ni la misma multitud de ellos.

El agua que se bebe en la ciudad es la misma del río, siempre turbia y fangosa; para purificarla se la filtra en un recipiente de piedra de una cualidad particular: cuesta 4 ó 5 escudos, y resulta clara.

Las mujeres chilenas tienen mucha habilidad para hacer dulces. Sa-

ben [181] confitar todas las frutas: entre ellas también el tomate, que hay que confesar que es bueno aunque quizás demasiado dulce.

En Chile hay algunas haciendas que tienen 8 leguas y más de largo y otro tanto de ancho.

La habilidad de los campesinos montados a caballo para parar un toro es increíble; les echan un lazo a las patas y los hacen caer.

77.— Precios de algunas cosas en la época en que estábamos nosotros. Huevos: a 4 reales; el real son $12\frac{1}{2}$ *baj*.⁵³ Aceite: una botella negra de las comunes, un escudo. Una libra de café de 16 onzas: 5 reales; una de azúcar: $2\frac{1}{2}$ reales; una de té: 3 escudos. [182] Vino común: una botella negra, 1 $\frac{1}{2}$ real; 12 castañas por 1 real. Panes de 1 onza: 96 por escudo. Arroz: 1 libra, 1 $\frac{1}{2}$ real. Mantequilla de cerdo: una libra. . .⁵⁴ Una fanega de trigo: 5 escudos; la fanega es media carga de un caballo, que lleva una por cada lado, etc. Los chilenos decían que todos estos precios habían subido enormemente después de las revoluciones y por la desgracia de las sequías, y en cuanto al trigo por un gusano que llaman polvillo, que hacía 2 o tres años que arruinaba la cosecha.

La carne de buey o de vaca no se vende [183] al peso sino por trozos, y en esto los carniceros son perfectos anatomistas, porque la cortan en muchísimos pedazos, de los que cada uno tiene su nombre y su precio, entre los que el mejor lo llaman guachalomo.

78.— El estado de las Ordenes (*religiosas*), a nuestra llegada, era de gran decadencia. (*Había*) discordias y divisiones, especialmente por la elección del Provincial en que se daba bastante motivo de escándalo. La vida común no existía sino en un convento reformado de dominicos, llamados recoletos; los otros, o sea los dominicos de la casa grande, agustinos, franciscanos y mercedarios tenían en común algunos el refectorio, a otros se pasaba una mensualidad. [184] Muchísimos pedían la secularización. El Gobierno cuando tiene necesidad de un local para poner las tropas echa a los religiosos, quienes se ven obligados a retirarse a casas particulares. El clero secular goza de gran estima en la ciudad, como también los monasterios de monjas, que son siete.

79.— El Obispo es hombre que ha sufrido con las revoluciones por haberse declarado demasiado abiertamente en favor de los españoles. A pesar de ello lo encontramos en el pacífico ejercicio de su ministerio, después de haber sufrido un exilio de 3 años. Sus rentas, eso sí, han sido muy disminuídas, porque de casi 60 mil escudos el Gobierno le daba sólo 4 (*mil*). Tenía muchas dudas. Poco le agradaba la venida [185] del Vicario Anatólico, aunque no dejaba de hacernos los acostumbrados oficios de urbanidad. El se llamaba Monseñor Rodríguez (*era*) natural de Santiago y muy culto. En

⁵³Bayoques. Moneda de los Estados pontificios equivalente cada una a cinco centésimos.

⁵⁴Falta el precio en el original.

una de las muchas visitas que debí hacerle me ofreció una dignidad de su Capítulo, pero como el nombramiento no dependía de él, me dijo que deseaba recomendar con empeño este asunto al Director Supremo: respondí —como era natural— que no era posible valerme de sus cortesías demostraciones.

El día de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, Monseñor Vicario Apostólico pontificó en la Catedral por invitación de Monseñor Obispo, quien predicó y nos invitó a almorzar, interviniendo también los canónigos, menos [186] Cienfuegos, siempre en oposición a su Obispo, pero que ese día debía haber asistido por deferencia a Monseñor Vicario Apostólico; pero, en esto no hacía excepción, siendo consecuente con todo el resto de su conducta.

80.— El día 10 de junio el señor Director don Ramón Freire estuvo de regreso de su expedición militar de Chiloé⁵⁵, que no tuvo feliz resultado, y nosotros fuimos a visitarlo al día siguiente. El nos recibió con mucha cortesía, y, estando dotado por su naturaleza de un aspecto gentil, tuvimos de él más fácilmente una buena opinión, la que, en verdad, gozaba generalmente.

El día 2 de julio invitó a Monseñor Vicario y a mí a una comida que daba en honor del Enviado [187] de los Estados Unidos⁵⁶. Hasta entonces no se había preocupado de las cosas de la Misión Apostólica, antes bien parecía que ni siquiera pensaba en ella.

Cienfuegos hizo una queja muy resentida contra la corte de Roma, por la cual —decía— había sido engañado respecto a las facultades que llevaba Monseñor Vicario Apostólico, cuando en Roma el señor Cardenal Consalvi se las había prometido mucho más amplias. En contradicción con esta queja suya había llegado pocos días antes a Monseñor Vicario un oficio del Gobierno, en que el Ministro de Estado le daba cuenta de las providencias tomadas, que todos los Tribunales y autoridades del Estado habían recibido aviso de reconocer a Monseñor Muzi [188] en su representación y al mismo tiempo agregaba que el Gobierno al conocer sus facultades las había encontrado todavía más amplias de las que habían sido pedidas a Roma por el Encargado, es decir por el señor Cienfuegos.

81.— La cabeza del buen Sallusti siempre visionaria, ligera e inconstante (como me lo habían pintado en Roma el Eminentísimo Odescalchi, el señor canónigo Federici y el señor abate Bainsi), procuraba comprometer a Monseñor Vicario Apostólico, a mí su compañero, y más que todo a la Santa Sede. Escribió varias cartas al señor Francisco Tagle, senador del Gobierno de Chile. En una le decía que él prefería la libertad, con letras mayúsculas, [189] a cualquiera otra cosa; en otra se ofrecía como preceptor de sus hijos; en otra exageraba los malos tratos que le parecía recibir de Monseñor, la

⁵⁵Chile, en el original.

⁵⁶Heman Allen. De este banquete da noticias *El Correo de Arauco* n. 17. Viernes 9 de julio de 1824. pp. 75-76.

inutilidad y aún más el daño de esta Misión para la Religión y que él se preparaba a regresar. Después de haber partido de Roma con las protestas, entre otras, de que el interés no lo movía a tal paso y que ni quería oír hablar siquiera de ello, se quejó de no estar bien pagado, cuando Monseñor Muzi le había dado ya 10 ya 20 y hasta 30 escudos al mes, después de su llegada a Chile. El señor Tagle (a quien con toda su familia debemos profesar la más grande gratitud por la [190] solicitud que con hechos ha demostrado desde el primer día de nuestra llegada), lleno (*de sentimientos*) de religión y de prudencia, (*luego*) de haber tratado confidencialmente de loco a Sallusti, me comunicó el secreto, obligado a tal paso para que la Misión no fuera perturbada por sus locuras en el futuro: pues si más tarde fuera a decir semejantes despropósitos a otras personas que no tuvieran la prudencia del señor Tagle ¡qué daños no vendrían a esta Obra! Yo dí gracias al Señor por tal beneficio, reconociendo el efecto saludable de la Misa que había aplicado para obtener la bendición de Dios sobre la Misión. Advertido Monseñor Muzi de las aguas en que navegaba [191] el agitado cerebro del compañero se buscó una solución que llevara el asunto a más precisas conclusiones. Monseñor me había dicho que el título mío en esta Misión habría sido de Pro Vicario Apostólico; pero, luego considerando mejor este título a la vista del lugar (*en que estábamos*), me dijo que me llamaría Compañero del Vicario Apostólico. Como tal me firmé en algunas rarísimas circunstancias, entre las cuales en una en que hacía la declaración de los rosarios, etc., que se bendecían con facultad apostólica. La persona a quien iba dirigida (era el Canónigo Lazcano, de Córdoba) encontró dificultad en esta firma, por lo que me vi obligado a remitirme [192] al parecer de Monseñor Vicario, el que, para prevenir todo inconveniente en el futuro, declaró en presencia de Sallusti que de ahí en adelante yo me firmaría primer Secretario y Sallusti segundo. Este, paliando la manía que tenía de volver a Europa con el pretexto de haber sido herido en su honor con un tal cambio, dijo que estaba pronto a regresar con la misma nave en que habíamos venido, y que en esos días zarpaba del puerto de Valparaíso. Monseñor, callando las cosas que sabía de él, aceptó la proposición después de haberle dicho todo lo que por ella se merecía.

82.— Nos encontrábamos en esta situación, cuando en la mañana del 15 de julio nos dijo el P. Arce que el [193] Director Freire viéndose demasiado atado por la Constitución en el ejercicio de su autoridad había renunciado y ya se temía una revolución. Esto nos lo confirmó el señor Cienfuegos y el señor Elizondo. La mayor confirmación era el no recibir Monseñor Muzi el acostumbrado pago del Gobierno.

La copia de las facultades que reservadamente había enviado Monseñor Muzi al Gobierno en el mes de abril había sido copiada (19 de julio) y corría en manos de muchos.

La revolución siguió sin el mínimo inconveniente. El pueblo no aceptó

la renuncia del señor Freire. Este oponía la imposibilidad de seguir, [194] pues según la última Constitución el Senado se reservaba tanta autoridad que él se veía trabado en las actuaciones más necesarias y que exigían una rápida solución. El señor Freire era el Generalísimo de las tropas y gozaba de la confianza de todos los soldados. En vista de todo esto se resolvió, de acuerdo con el mismo Senado, que por tres meses el Senado suspendería sus sesiones y que en estos tres meses se pensara en reunir el Congreso Nacional para poder hacer las modificaciones que se exigían en la Constitución y que mientras tanto el supremo y absoluto poder residiría en el Director señor Freire.

83.— [195] En la mañana del 22 de julio fuimos a visitarlo a la Sala Directorial y encontramos que tenía a su lado el gran cirio que, por medio del señor Cienfuegos, le había regalado Pío VII⁵⁷. Monseñor le recordó el despacho del Oficio enviado al Gobierno desde el mes de abril, respecto a la Bula de Cruzada y a la Diócesis de Concepción, cuyo Provisor —el único canónigo existente— (*le*) había escrito una carta acerca del deplorable estado de la misma.

84.— Pasando de las revoluciones públicas a las domésticas, don José pidió a Monseñor la gracia de quedarse, reconociendo haber dado un paso en falso.

Quisiera hacer aquí algunas reflexiones sobre [196] nuestra Misión, pero no quisiera que fueran prematuras. Energía, franqueza mezclada con prudencia, etc. ¿dónde están?... Mi salud prosigue muy bien y no puedo

⁵⁷El testimonio de Pío IX acerca de este cirio redime a Cienfuegos de una de las innumerables acusaciones de que ha sido objeto. Transcribimos en seguida un trozo de la Carta del Obispo Rodríguez Zorrilla a Pío VIII, Madrid 1.º de agosto de 1829, donde se puede apreciar el revuelo y las proyecciones que tuvo entonces el mentado cirio de Pío VII.

"... Este ha sido el objeto de sus repetidos viajes (de Cienfuegos) a Roma. En el primero, que hizo en el año 1822 con la investidura de plenipotenciario en (*de*) la república de Chile, escribió al director de ella, que lo era entonces don Bernardo O'Higgins, desde esa capital (*Roma*), que había conseguido que nuestro Santísimo Padre Pío VII reconociese la independencia del estado de Chile con la concesión a sus jefes del patronato eclesiástico en el modo y forma que le tenían los reyes de España en aquellas Iglesias, y que en prueba de ello le había mandado S.S. una vela de las benditas por su mano en la festividad de la Purificación, obsequio que sólo se hace a los príncipes y potentados, para que se la remitiera en su nombre, y que ya la tenía muy bien acomodada para conducirla él mismo a su regreso a Chile. La carta de Cienfuegos se publicó en la Gaceta de la capital de Santiago; él volvió a ella pero sin tal vela; sin embargo este embuste, ficción y superchería le valió el decanato de mi catedral y que se libren del tesoro público veinte mil pesos fuertes para ayuda de costas del viaje, y los gastos que dijo había hecho en Roma en las pretensiones que había entablado en aquella curia". Silva Cotapos, Carlos. *Don José Santiago Rodríguez Zorrilla*. Santiago de Chile, 1915. p. 403.

menos que agradecer cada día al piadosísimo Jesús tantos favores. Entre las reflexiones no puedo callar absolutamente que debe condenarse la suma facilidad con que Monseñor concede las secularizaciones, a pesar de haberle dicho todo cuanto sabía en oposición a esto. Hoy estamos a 30 de julio, y desde que llegamos a Santiago se han dado sesentaidós Rescriptos de secularización.

85.— El Ministro de Estado don Francisco Antonio [197] Pinto escribió una carta en que preguntaba cuál era la hora más oportuna en la noche para reunirse con Monseñor en presencia de una persona de su confianza. Fui donde el Ministro para decirle la hora y me dijo que la conversación tendría por objeto la reducción de las fiestas y que sería bueno hacer esta disminución como la hizo Pío VII en el Concordato con Napoleón.

86.— Mientras se trataba de este punto acerca del número de fiestas que más o menos debía quedar, salió un decreto del Gobierno, a lo militar, que separaba de la administración de la Diócesis al Prelado Monseñor José Santiago [198] Rodríguez por haber demostrado continua oposición al sistema de la Independencia nacional por la protección dispensada a los eclesiásticos enemigos de dicho sistema, colocando a algunos de ellos en las parroquias y por escribir entre sus títulos el *del Consejo de Su Majestad*. Con este decreto el Obispo era substituído por Cienfuegos, a quien se nombró Gobernador y Provisor del Obispado, y (*al Obispo se*) le daba un plazo de tres días para irse a la Villa de Melipilla a 12 leguas de Santiago⁵⁸: el lugar de relegación después fue cambiado por el de una casa de campo que el Obispo tenía a una media legua fuera de la ciudad.

Fuí a visitarlo, y [199] me leyó el Oficio que le había dirigido el Gobierno.

87.— El día 6 de agosto salió el Indulto Apostólico de reducción de las fiestas. Cuando yo confesaba en una misión de campo había tocado con la mano la gran dificultad que tenían los campesinos en el cumplimiento del precepto de oír la Misa en muchos días del año en que era permitido trabajar. Monseñor Vicario con la facultad apostólica suprimió estos días y algunos de riguroso precepto, quedando —además de los domingos— la Circuncisión, la Epifanía, la Anunciación, el *Corpus*, la Ascensión, San Pedro y San Pablo, la Asunción, Todos Santos, Natividad del Señor y de la Virgen, la Concepción⁵⁹.

88.— Después de haberse [200] condescendido al Gobierno por esta parte, (*éste*) escribió el día 9 recomendando una lista de 15 dominicos que

⁵⁸Decreto de Freire *Separación del Diocesano*, de 2 de agosto de 1824. *Boletín de las Leyes*. t. II, pp. 4-5.

⁵⁹*Reducción de fiestas. Indulto apostólico dirigido a los Sres. ordinarios, Clérigos seculares y regulares, y a todos los fieles del Estado de Chile*, de 7 de agosto de 1824. El *Indulto* fue publicado con el "Ejecútese, circule y publíquese en el Boletín" de Freire y Pinto, con fecha 9 del mismo mes y año. *Boletín de las Leyes*. t. II, pp. 14-16.

pedían la secularización, entre los cuales estaban el Provincial, el Prior y el Maestro de Novicios. Es de observar que esta bestia de Provincial Fr. Celedonio Gallinato, de Valparaíso, estaba tratando con el Gobierno para entregarle los bienes (*de la Comunidad*), pensando enriquecerse él y los demás religiosos con una parte de esos mismos bienes. Ya desde algún tiempo había prohibido que se aceptaran novicios, y habiendo amonestado Monseñor al Prior por esta providencia respondió que el P. Concina⁶⁰ consideraba pecado mortal para un prelado admitir jóvenes cuando la Comunidad estaba relajada. [201] Sin embargo vivir en vida relajada parecía que fuera para ellos una Indulgencia plenaria.

Los buenos religiosos se quejaban en secreto y no tenían valor de presentar por escrito el cuadro de tantos males: por temor al Gobierno, decían ellos.

Las otras comunidades religiosas de regulares estaban un poco mejor que la dominica.

89.— El Gobierno, de acuerdo con Monseñor Vicario, nombró Asesor del Tribunal del Vicariato a don Miguel Infante⁶¹, con sueldo de 2 mil escudos, pero como el Gobierno carecía de medios le dio esta asignación como juez civil.

Me parecía darme cuenta que los chilenos generalmente hablaban muy desconfiados con nosotros.

90.— [202] Hasta ahora no habíamos visto ninguna señal de la tan decantada liberalidad y generosidad de ellos; muchas palabras gentiles, pero ningún hecho.

Me sucedió una cosa inaudita para mi carácter: ser tachado de ladrón. Monseñor Vicario, que en julio de 1824 me había fijado 30 escudos al mes, me había asignado —entre otras ocupaciones— la de extender los Rescriptos y cobrar las tasas, que eran enteramente a favor suyo. Vino una persona a buscar un Rescripto de Oratorio privado y dudó de pagar las tasas, pues había sabido por un religioso que yo en otra circunstancia semejante había pedido la tasa de 20 escudos cuando sabía que Monseñor se contentaba con 2 ½ solamente. Esta falsedad en mí contra partió de un religioso mercedario: [203] a primera vista me sorprendió, pero luego me resigné y tomé esto como reparación de mis pecados. Después vino el mercedario a desdecirse, pero inventando términos medios y pretextos.

⁶⁰P. Daniel Concina, dominico, autor de varias obras de Moral (1687-1756).

⁶¹Acerca de este nombramiento escribe Encina: "(Pinto) Nombró asesor del vicario para el fallo de las causas que debía conocer, a don José Miguel Infante. No sabríamos decir si éste poseía en realidad los grandes conocimientos en ambos derechos a que alude el decreto. Lo que sí sabemos es que su carácter violento y absorbente hacia su trato insoportable, salvo para los que sabían llevarlo y que hacia esa fecha se había tomado un anticlerical furibundo". Encina, Francisco A. *Historia de Chile*. t. X. Santiago de Chile, 1948, pp. 295-296.

91.— El Gobierno expuso a Monseñor que en vista de los escándalos que daban los regulares a la sociedad (y era más que verdad) y de sus *eternas quimeras* —según decía la carta de Oficio— y de la acefalia por estar separados de sus Generales, era necesario someterlos a un jefe como el Ordinario, es decir en aquella época al buen hombre de Cienfuegos. Monseñor respondió que el Concilio de Trento daba facultad a los Ordinarios para castigar a los regulares escandalosos [204] y que estando él premunido de tantas facultades ya conocidas por el Gobierno supliría dicha acefalia y finalmente que llamándolos él a la observancia con sus providencias, si lo apoyaba el Gobierno, serían remediados los escándalos.

El día 14 de agosto Monseñor visitó al Director y allá fue inmediatamente el Ministro Pinto y poco después Cienfuegos, quien más que nadie instó para obtener la Prelacia sobre los regulares. Monseñor estuvo firme: solamente lo maravilló la conducta de Cienfuegos, que a mí, sin embargo, no me sorprendió mucho⁶².

92.— Por noticias de Buenos Aires se supo que en París se había celebrado un Congreso y que como consecuencia suya se había prohibido la [205] correspondencia con América. En la Sala de los Representantes de Buenos Aires hubo un canónigo que dijo que Chile se arrepentiría de haber llevado un Vicario Apostólico; que el Patronato era inherente a la soberanía, por lo cual el rey de Inglaterra presentaba los Obispos para las iglesias católicas.

93.— 29 de agosto. El P. Pedro Nolasco Zárate, recoleto franciscano, ha escrito a Monseñor para pedirle algunas facultades espirituales en el ejercicio de misionero de los campos de Chile, donde trabaja hace 21 meses, habiendo confesado más de diez mil (*fieles*), con especiales conversiones en cuanto se puede juzgar humanamente.

94.— El Indulto de las Fiestas (concedido por [206] Monseñor, a mi parecer por demasiada condescendencia al Gobierno) fue publicado y puesto en las puertas de las iglesias, pero por desprecio fueron despedazados todos los ejemplares.

95.— 16 de septiembre. El Libertador don Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia (y) Encargado del alto mando del Perú, escribió una carta (a Monseñor Muzi) por medio del Ministro Sánchez y Carrión, manifestando el deseo que tenía de que se remediaran los males de aquellas iglesias y de llegar a un tratado con Su Santidad.

Llegaron otras cartas de eclesiásticos de varios lugares de América para pedir y confirmar jurisdicciones eclesiásticas.

96.— 23 (de septiembre). Esta noche el Gobierno [207] mandó a todos los conventos del Estado a dos Comisarios a despertar a los religiosos e intimarles que debían entregar sus bienes en administración al mismo Go-

⁶²Esto se encuentra en el Decreto de Freire *Sujeción de los Regulares al Diocesano*, de 16 de agosto de 1824. *Boletín de las Leyes*. t. II, pp. 25-26.

bierno, agregando que quien quisiera secularizar se presentara al Vicario Capitular que podía darle la gracia, y a quien deseara permanecer haciendo vida común el Gobierno pasaría 200 escudos al año a los sacerdotes, 150 a los coristas y 100 a los legos, y que nadie podía recibir el hábito antes de los 21 años y con la licencia del Ordinario, y varias otras providencias⁶³.

97.— Viendo que la autoridad pontificia, con éstas y las precedentes providencias, era envilecida y [208] despreciada, se pensó en partir, (*pero estábamos*) inciertos de irnos a Trujillo en el Perú o a Montevideo para regresar a Roma. El primer país era teatro de la guerra con los españoles y los desórdenes eclesiásticos nos habían sido descritos en un grado horrible.

98.— [209] *Una proclama del General Olañeta*. El Ejército del Norte ha sido dispersado en Quinoapara por una traición precisamente de los llamados liberales (es decir Canterac, La Serna, etc.). Cuartel General. Oruro, 4 de enero de 1825.

99.— 1º Decreto del Gobierno de Buenos Aires que, en consecuencia de la victoria de Bolívar, habrá un *Te Deum* en que participarán las autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

2º Del respectivo Ministerio se darán órdenes para el cumplimiento de lo que el Gobierno ha acordado acerca de las solemnidades civiles y religiosas. 7 de febrero de 1825.

100.— Seguramente que por obra de los jansenistas de España se estudiaba en la [210] Universidad de Santiago de Chile la Teología de Lyon.

101.— [211] Siguiendo en la firme resolución de partir de Santiago, estábamos considerando a dónde nos convenía más dirigirnos y si para lograr el cumplimiento de la Misión Apostólica fuera mejor esperar en algún punto de América. Como he dicho el Dictador del Perú D. Simón Bolívar había escrito al Vicario Apostólico una carta halagadora, que aquí la copio, escrita en su nombre por el Ministro General del Perú don José Sánchez Carrión, con fecha 13 de julio, desde el Cuartel General de Huánuco en el Bajo Perú⁶⁴:

102.— *Ilmo. Señor:*

El infrascrito Ministro general tiene la honra de saludar a V.S.I. en nombre [212] de S. E. el Libertador encargado del alto mando de la República del Perú, y de transmitirle a V.S.I., los votos de su más distinguida consideración y respeto, como a representante del Vicario de Jesucristo en uno

⁶³Todas estas providencias están contenidas en dos Decretos de Freire Arreglo de las Órdenes regulares y Entrega y traslación al fisco de los bienes de los Regulares, ambos de 6 de septiembre de 1824, y en la Instrucción circular, que deberán observar los comisionados desde la hora, en que los despache el Jefe del territorio, que los haya nombrado del Ministro Pinto, de la misma fecha. *Boletín de las Leyes*. t. II, pp. 45-53.

⁶⁴Reproducimos el texto publicado en *El Correo de Arauco*, n. 31, viernes 1.º de octubre de 1824, p. 134. Intercalamos la división de las páginas según corresponde a este texto la traducción italiana de Pío IX.

de los Estados independientes de Sud América, manifestando al mismo tiempo a V.S.I. los ardientes deseos que animan a S.E. de entrar en relaciones con la Cabeza de la Iglesia, por demandarlas urgentemente la salud espiritual de estos pueblos, el estado de orfandad a que se hallan reducidas sus iglesias, y el espíritu de fidelidad a la Doctrina Ortodoxa, depositada en la Religión Santa que profesa la República.

S.E., además, considerando los derechos del Santuario, al paso que está comprometido en cimentar [213] la Independencia de la Nación, y asegurar su libertad bajo las formas que ella misma se ha decretado, desea vivamente que su régimen espiritual se determine conforme a los cánones; y que se arregle un concordato sobre todos aquellos puntos que podrían causar alteraciones entre ambas potestades, por no conocerse otra base respecto de ellos que la de un convenio explícito, en consecuencia de la variedad de la disciplina eclesiástica, de los diversos usos y prerrogativas de los Estados y sobre todo a la necesidad que compele a los miembros de una misma comunión de procurar y sostener entre sí la más cordial armonía.

Bajo [214] tales consideraciones S.E. el Libertador se atreve a esperar que V.S.I. se sirva hacer cuanto dependa de su parte en beneficio espiritual de este Estado, poniéndolas cerca del corazón paternal de Su Santidad. Que el Gobierno del Perú, por obligación y por sentimientos personales, no omitirá medio alguno de los que sean conformes con las máximas Evangélicas para proteger el esplendor de la Iglesia y evitar que sean escarnecidas sus instituciones y vejada la dignidad del Augusto depositario de sus llaves. Dígnese, pues V.S.I. de aceptar esta comunicación, tanto en señal del respeto y congratulación de S. E. el Libertador, [215] como en testimonio de los votos que consigna.

El Ministro General del Perú tiene el alto honor de repetir al Illmo. Vicario Apostólico en el Estado de Chile los sentimientos que ha emitido a nombre de S.E., etc.⁶⁵

Hasta aquí la carta.

103.— Aventurarse, sin embargo, a ir al Perú donde actualmente estaba el teatro de la guerra, habiendo allí Generales españoles, a saber: Canterac, La Serna, Olañeta y Valdés con fuerzas respetables, y aunque no estuvieran unidos entre ellos, todos, sin embargo, hacían la guerra a los independientes en diversos puntos; exponerse a una navegación en aquellas aguas cruzadas entonces por naves españolas, dos de las cuales, a saber *Asia* de 64 y *Aquiles* de 20 habían llegado recientemente de Europa [216] y habían pasado pocos días antes a la vista de Valparaíso, parecieron motivos que habrían podido caracterizar como imprudente esta resolución. Se agrega que por esta incertidumbre se podía o no complacer a la Santa Sede, de la que

⁶⁵Hasta aquí tradujo Pío IX. El original concluye: "... a nombre de S. E. el Libertador y de ofrecer muy reverentemente su particular obsecuencia.— Dios guarde a V.S.I.— Ilustrísimo Señor.— Sánchez Carrión". *El Correo de Arauco. I. c.*

hacia un año entero que no teníamos ninguna comunicación. El horrible estado en materia eclesiástica a que estaban reducidos aquellos países no daba lugar a la ejecución de esta idea.

En Mendoza, donde teníamos muchas invitaciones, había ocurrido en aquellos días una revolución en que con el triunfo de los liberales, el partido bueno había llevado la peor parte. En Buenos Aires los periódicos vomitaban injurias contra el Vicario Apostólico, de modo que [217] parecía el mejor partido regresar a Roma pasando por el Cabo de Hornos. Se daba la favorable casualidad que estaba anclado en Valparaíso un navío genovés, de Montebueno mi compañero de colegio, que se hacía a la vela por aquellos días, y como se dirigía a cargar a Buenos Aires pensábamos llegar hasta Montevideo para esperar que volviera y no exponernos a mayores peligros.

104.— Con estos datos se escribió un Oficio al Gobierno de Chile pidiéndole el pasaporte para Roma.

105.— El Ministro de Estado, en la tarde del 24 de septiembre, fue con este Oficio donde Cienfuegos diciéndole que [218] sólo por deferencia no se había mandado al Vicario Apostólico el pasaporte que pedía juntamente con la orden de partir inmediatamente; que se maravillaba cómo el Vicario Apostólico quería irse antes de cumplir su comisión, antes de nombrar los Obispos, el Vicario General de la Bula de Cruzada y el Vicario General castrense. (Sueños y locuras de estos señores, pues en los 7 meses que estábamos en Santiago no habíamos hecho otra cosa que pedir que se proveyera la Diócesis de Concepción y se publicase la Bula de Cruzada; sobre el último objeto no había indicios en las facultades). Que proveyera a todo esto y [219] el Gobierno se haría cargo de todos los gastos del viaje.

Al continuar hablando Pinto con Cienfuegos de la operación ejecutada en la noche del 23, este último aprobó todo menos la hora extemporánea de la medianoche: convino en que los Gobiernos tienen derecho sobre las circunstancias de los tiempos, sobre la disciplina eclesiástica y sobre la moral, y que a los ministros eclesiásticos sólo pertenece sostener los fundamentos del dogma.

106.— El Canónigo Elizondo vino de parte del mismo Cienfuegos a contarnos éstas y otras barbaridades semejantes. Como antes pasara a hablar conmigo, no pude menos que decirle que Cienfuegos o era un gran necio o un hereje.

Después de [220] almuerzo, Monseñor fue donde Cienfuegos para decirle que las nuevas disposiciones que se tomaban en materia eclesiástica lo obligaban a irse y que sentía vivamente el ver que el Ordinario estaba de acuerdo en obedecer a tales disposiciones. Cienfuegos se alzó hecho una furia y animado del espíritu de las tinieblas vomitó mil impertinencias a Monseñor Vicario. Después le agregó que no debía censurar la conducta del Gobierno, ya que Monseñor Vicario no conocía las circunstancias e imperiosas necesidades que obligaban al Gobierno a tomar este partido y que sobre todo

que los desórdenes inauditos que reinaban en las corporaciones religiosas eran causas más que suficientes [221] para justificar al mismo Gobierno; y en cuanto a no haberse prestado aún atención al cumplimiento de las comisiones de que Monseñor Vicario estaba encargado, esto dependía de que el Gobierno estaba ocupado en muchas otras cosas y en la imposibilidad en que se encontraba de dotar a los Obispos.

Quería justificarse también de la provisión emanada de que los regulares se presentaran al Obispo para obtener la secularización; pero, ¿quién no sabe que quien tiene vendas en los ojos dice más despropósitos cuando pretende justificarse que cuando se equivoca? Se quejó también con Elizondo de lo que le había dicho Monseñor Vicario, es decir que él obraba en contradicción con los cánones aprobando [222] todo esto que hacía el Gobierno: que este reproche no lo habría escuchado ni del Papa; que finalmente era un Obispo, y que en su diócesis era lo mismo que el Papa en Roma. También inventó después una calumnia diciendo que Monseñor Vicario había dado el título de ladrón al Gobierno, cuando ni siquiera lo había pensado. Esto tampoco (*me*) hacía impresión, porque o por malicia o por debilidad de cerebro tenía costumbre de decir una cosa por otra y mentiras como rayos. No quiero dejar de observar que a las quejas que le hizo el Vicario Apostólico por los grandes errores que permitían publicar en las gacetas aun en puntos dogmáticos, respondió: [223] “¿Y no sabe Ud. que en los estados libres se acostumbra así y que en Inglaterra se hace otro tanto?”.

107.— Conversando con el Ministro del Perú don Juan de Salazar me dijo que en Santiago circulaban por muchas manos pésimos, como la *Vida de Samuel*, *El origen de todos los cultos*, una vida herética de Jesucristo y otros. A Cienfuegos le habían puesto por sobrenombre Cardenal Worse⁶⁶.

108.— El Gobierno contestó al Vicario Apostólico, maravillándose de tal resolución, que ella era muy sensible al corazón del Director, que esperaba que antes de su partida consagrara a los Obispos. Proyecto en que consintió el Vicario Apostólico a condición [224] de que todo fuera ejecutado en las bien precisas formas que ordenaba Su Santidad. (Así) llegó el nombramiento de los Obispos en las personas de Cienfuegos para Obispo Auxiliar de Santiago, de Larraín⁶⁷ como sucesor del Vicario Apostólico y del actual Provisor de Concepción⁶⁸. El primero puede saberse de qué pasta era por cuanto he dicho anteriormente; el segundo era conocido por todo Santiago como corifeo de la tolerancia de cultos, por uno que siendo canónigo de la Catedral no iba nunca al Coro con la excusa de un dolor de rodillas,

⁶⁶Probablemente se refiere al Card. Tomas Walsey (1474-1530).

⁶⁷Joaquín Larraín y Salas, canónigo y mercedario secularizado (1782-1824).

⁶⁸Salvador de Andrade y Bohórquez. 1758-1828. Mns. Muzi lo absolvió de las censuras y lo habilitó para gobernar la diócesis, por decreto de 18 de octubre de 1824. *vid.* Muñoz Olave, Reinaldo. *Rasgos biográficos de eclesiásticos de Concepción* (1552-1818). Santiago de Chile, 1916. p. 38.

pero que estaba como protagonista en todas las funciones patrióticas, almuerzos, revoluciones, etc. El tercero, además de [225] su edad y achaques había gobernado la diócesis de Concepción sin que nadie le hubiera dado la jurisdicción, antes bien con la expresa prohibición de su Diocesano, por quien había sido excomulgado en una Pastoral de 1814.

109.— Entre las condiciones para Obispo Auxiliar de Santiago se exigía que debía pedirlo el actual Obispo. Fui donde el Obispo y me dijo que él no podía presentar a nadie, porque estaba en condiciones de administrar la diócesis por sí mismo y que prescindiendo de Cienfuegos, a quien había que excluir absolutamente, él creía en conciencia que no podía nombrar a ningún [226] otro; un solo sujeto, agregó, podría nombrarse: Eyzaguirre⁶⁹. A propósito de Cienfuegos me dijo el enorme abuso que había hecho de la jurisdicción desde la primera vez que lo nombró Gobernador del Obispado, extralimitándose hasta dar la siguiente licencia de matrimonio: Fulano casó con Zutana, que tenía una hija Mengana; muerta Zutana, Fulano casó con Mengana pagando 800 escudos a Cienfuegos, para obtener la licencia⁷⁰.

Además de esto había disminuido las obligaciones de las capellanías como le había parecido y gustado. Que otra vez, me dijo después, le había dado una tarjeta como Gobernador del Obispado en [227] estos términos: "Por orden del Supremo Gobierno debo dejar el Obispado y entregar a usted el gobierno de la diócesis, por tanto venga a tomarlo", y, en consecuencia decía —era nulo su nombramiento e ilegítima su jurisdicción, y concluyó con estos hermosos títulos: que era un hipócrita, un cismático, un hombre devorado por la ambición.

De Larraín me dijo todo lo que se podía decir de malo, y hasta que nunca decía ni escuchaba Misa.

110.— Se contestó al Gobierno que el nombramiento de estos Obispos no había sido hecho en el modo y forma prescritos por Su Santidad y que, por consiguiente, el Vicario Apostólico volvía a pedir [228] el pasaporte para regresar a Roma.

111.— Poco después de esta respuesta vino el Ministro Pinto a preguntar cuáles eran las dificultades que impedían al Vicario Apostólico consagrar a los tres sujetos, y se le respondió que no podía proceder a la consagración del primero sin que lo pidiese el Obispo de Santiago, como prescribía Su Santidad; tampoco a la del segundo porque estando obligado a partir por ser incompatible su presencia, o sea la del Representante de la Santa Sede, con las medidas que en materias eclesiásticas tomaba el Gobierno sería igualmente incompatible la de un sucesor suyo; tampoco a la del tercero si antes no se procedía a [229] legitimar su jurisdicción en el go-

⁶⁹José Alejo Eyzaguirre y Arechavala (1783-1850).

⁷⁰Tal providencia significaba dispensar sobre el impedimento matrimonial de afinidad en línea recta en primer grado, sobre el cual no suele dispensar la Iglesia y para lo cual Cienfuegos carecía absolutamente de facultades.

bierno del Obispado, habiéndose representado a Su Santidad que era muy dudosa y menos aún si antes no se procedía a formar y ordenar el Capítulo, de que estaba privada enteramente la Diócesis de Concepción.

Finalmente, como el Ministro dejara entrever que se contentaba con uno solo, dijo Monseñor: "En este caso nombro alguno de los canónigos de la Catedral de Santiago, por ejemplo Eyzaguirre". Este era un digno eclesiástico de Santiago y de familia principal.

112.— En la tarde el Director mandó a decir que tenía necesidad de hablar con Monseñor. [230] Efectivamente, éste fue (*donde el Director*) y tuvieron una larga conversación, en que Monseñor Vicario habló francamente contra las providencias tomadas en daño de la Religión, que eran el único motivo que lo había obligado a pedir el pasaporte. Por fin se concluyó en que vendría de Concepción el Gobernador del Obispado señor Andrade y que luego de hacerle el proceso sería consagrado, previo el nombramiento de los canónigos; y que para Obispo Auxiliar de Santiago el Director nombraría uno al día siguiente.

113.— Cienfuegos estuvo presente en esta conferencia y dijo muchas cosas relativas a las Instrucciones que, según él, le habían [231] dado S.S. Pío VII y el Cardenal Consalvi: que las facultades debían ser más amplias, que había sido engañado, etc. Pero, no se le podía creer demasiado: y, en prueba de ello, al día siguiente vino el Canónigo Elizondo y nos dijo que en la mañana del día anterior había estado con Cienfuegos y que le había dicho que Coquimbo iba a ser erigida en diócesis, a donde iría Larraín, y que él sería consagrado Arzobispo de Santiago: todos sueños de su encendida imaginación y de su carácter mentiroso.

114.— El Gobierno, con otra tarjeta, mandó el nombramiento del Obispo Auxiliar de Santiago en la persona del mismo [232] Cienfuegos, diciendo que sus méritos eran de un grado sobresaliente. Se contestó que Su Santidad exigía que el Obispo Auxiliar de Santiago debía ser presentado por el Obispo Rodríguez y que, por consiguiente, al presentado le faltaba este requisito.

En la tarde del 7 de octubre el Gobierno respondió sorprendido de cómo el Vicario Apostólico quería imponer al Director Supremo una condición degradante para su dignidad, y mandando el pasaporte.

115.— Cienfuegos, en una reunión nocturna, en el Palacio Directorial, hablando de tolerancia con los Ministros y otros, entre los cuales estaba el señor Argomedo, presidente de la Corte Suprema de [233] justicia, *dijo tantos despropósitos que sólo se le podían perdonar por ser un liberal*; palabras referidas por el señor Argomedo, que también él es liberal y amante de la tolerancia.

116.— Al difundirse la voz de nuestra partida, muchos fueron a persuadir a Monseñor para que se quedase. También fue Cienfuegos y dijo que estaba cansado de su oficio y —cambiando enteramente de lo que había sido

antes— desaprobo la conducta del Gobierno y agregó que quería salir de viaje a Roma; aunque en contradicción con esto hacia el examen de los párrocos, (los) cambiaba, aconsejaba, reducía las parroquias sin ninguna autoridad.

Ya se había hecho el contrato del viaje con [234] el capitán de la nave *Colombia*, de propiedad del señor Juan Bautista Montebueno, y el Gobierno de Chile quiso hacerse cargo de todos los gastos del viaje, que estableció con el dicho capitán en la suma de cinco mil pesos hasta el puerto de Génova.

117.— El Director mandó llamar a Sallusti y le dijo que el Gobierno estaba pronto a perder este dinero abonándolo al capitán, con tal que Monseñor Vicario se quedara en Santiago para consagrar a los Obispos, entre los cuales no podía prescindir de Cienfuegos, como el primero de ellos, y que de muy buen grado me hubiera nombrado también a mí, pero que no podía ofender a los hijos del país.

118.— Esta ambición, aunque nunca la había tenido, mucho menos se me [235] habría podido producir en una época en que Chile se encontraba abandonado a tanta división y que si sería condenable tenerla para conseguir una mitra en el país propio mucho más lo sería desearla en un país tan remoto. No niego que muchas veces había tenido el deseo de quedarme entre los indios como misionero, pero solamente en esta simple calidad y nada más. Todas estas cosas eran voces vagas que el Gobierno esperaba intencionalmente para conquistarse al pueblo, que tenía mucho interés en la presencia del Vicario Apostólico y para procurar convencer que si se iba de Santiago la culpa era enteramente suya.

119.— [236] Las ocupaciones en esos días fueron muchas. Las indulgencias, los oratorios privados, otras gracias y más que todo las secularizaciones y las pretensiones de los religiosos daban mucho que hacer. Este último ramo era exclusivo del compañero don José y por gracia del cielo en toda mi permanencia en Chile no hice sino dos rescriptos de este género, mientras todos los secularizados habrán sido 300 o poco menos.

120.— En la antevigilia de la partida fueron a visitar al Vicario Apostólico —a diversas horas— el Director y el Obispo, a quienes habíamos visitado dos días antes, como también a Cienfuegos, quien, sin embargo, no se dignó pagar la visita.

[237] Las demostraciones de todo el pueblo por el disgusto de esta partida fueron demasiado claras.

121.— Finalmente, en la mañana del 19 de octubre salimos de viaje para Valparaíso, después de una permanencia en Santiago de 7 meses y 13 días. Nos acompañaron hasta Valparaíso el Canónigo Elizondo, por parte del Cabildo eclesiástico, el P. Arce y otro compañero suyo, y don Santiago y don Bernardo Tagle, cuya familia demostró mucha solicitud por nosotros hasta nuestro embarque.

Valparaíso dista 30 leguas de Santiago, por un camino enteramente transitable aunque necesitado de reparaciones en muchos lugares: este camino [238] es todo por amenos valles y montes, los cuales llegan hasta las playas del mar.

122.— En el pequeño espacio que separa los montes de la playa está situada Valparaíso, que consiste principalmente en una sola calle de largo de una legua. En los cerros hay casas, pero de ninguna importancia. Casi la quinta parte de las casas de Valparaíso es de los ingleses y parece que con el tiempo todo será de ellos: el comercio está en sus manos.

Los arriendos de las casas son desproporcionados. La casa en que nos hospedamos (por cuenta del Gobierno) estaba alquilada a un hospedero por 3 mil escudos y estaban excluidos los almacenes. La casa [239] consistía en un solo piso y muy estrecho.

123.— La ciudad de Valparaíso fue casi totalmente destruida por un terremoto en noviembre de 1822; esa vez murieron 70 personas. En la actualidad está enteramente construida de nuevo con edificios muy pequeños, pero alegres; la superficie de los muros, especialmente de los nuevos, está cubierta de tablas.

La iglesia de los mercedarios está aún destruida en el suelo por el terremoto. La Matriz ha sido reedificada. Pocos días antes de nuestra llegada la iglesia de los dominicos había sido hecha cerrar por la religiosidad del Gobierno, por el solo motivo de disminuir una iglesia.

124.— Existe la iglesia de los agustinos, muy [240] pobre; la de los franciscanos, mediocre; la capilla de los Ejercicios, cuya casa ha sido transformada ahora en hospital. En estas mismas iglesias, y especialmente en la Matriz, Monseñor confirmó a varios miles entre adultos y niños.

125.— El pueblo de Valparaíso está expuesto completamente a los vientos del norte; allí no hay nada construido, ni siquiera un muelle: entonces estaban construyendo y reforzando los fuertes colocados en las dos puntas del puerto. Así son todos los puertos de América, a excepción de alguno que tiene un pequeño muelle. El puerto es muy profundo, de manera que un navío de guerra puede acercarse a tierra hasta un tiro de pistola.

126.— Bustamante y Casablanca son [241] dos parroquias, por las que se pasa (*en el camino a Valparaíso*), la segunda de las cuales fue destruida por el terremoto del 22, aunque ahora está completamente reedificada y es un mediano villorrio en una buena llanura. La casa parroquial no ha sido reedificada.

127.— *Monsieur* Rosamel, comandante de la Flota francesa en el Pacífico, quien en los pocos días que estuvo en Santiago había visitado a Monseñor Vicario Apostólico, fue otra vez a saludarlo en la Posada donde estaba hospedado; y después fuimos a bordo de la fragata *María Teresa* (nombre de la esposa del duque de Angulema), donde (*Monseñor*) fue recibido por todo el Estado Mayor y además con un saludo de 15 cañonazos.

Tal vez por esto vino después el General Blanco, comandante de la Flotilla [242] de Chile e invitó a Monseñor a bordo de la fragata *Isabel*. Esta fragata con otros 6 navíos fueron tomados por O'Higgins cuando era Director de Chile, y lleva su nombre: pero Blanco prefería llamarla *Isabel* aunque fuera el nombre que le habían puesto los españoles, por haber sido expulsado de Santiago por O'Higgins no sé por qué razón, tal vez por ser del partido de los Carbonarios.

En las mañanas del 23 y 24 hubo muchísimas confirmaciones.

El día 24 fuimos a bordo de la *Isabel*, donde no se presentó el General, porque Monseñor no le había devuelto la visita en su casa. Allí hubo también la salva de dos cañonazos de [243] más. Los oficiales eran todos ingleses. La flotilla del Perú era mandada por el inglés Payle.

128.— En *El Liberal* de Santiago comenzaron entonces a publicar algunas calumnias contra el Vicario Apostólico. Estas eran que él había partido porque el Gobierno no había querido darle más de 6 mil escudos anuales, porque no había conseguido que Mastai fuera consagrado Obispo, que seguía los consejos de los godos —así llamaban a los españoles—, que no había querido de ninguna manera consagrar a los Obispos, que había hecho gastar a Chile más de 50 mil pesos, que había tenido una conducta mezquina y fingida; con [244] otros motivos también justos, como eran la introducción de la libertad de imprenta y el haber sometido a los regulares a la jurisdicción de Cienfuegos⁷¹. Yo escribí una rectificación a todo esto y la entregué a don Santiago Tagle para que la llevara a la capital e hiciera uso de ella a su tiempo⁷². Monseñor también escribió una respuesta análoga⁷³.

129.— Por estos días el Director fue a Valparaíso para encontrarse presente a la salida de la Flotilla para la expedición a Lima. Estaba compuesta de 7 naves: la mayor tenía 58 piezas de artillería. La expedición se realizó dos meses más tarde.

III PARTE

EL REGRESO

30 de octubre de 1824 — 5 de junio de 1825.

130. La partida de Valparaíso.— 131. En viaje hacia el Cabo de Hornos.— 132. Elevaciones espirituales.— 133. Prosigue el relato de la navegación.

⁷¹Este artículo titulado *Vicario Apostólico* apareció en *El Liberal*, n. 34, de 22 de octubre de 1824.

⁷²Esta respuesta la reproduce en italiano Serafini *o.c.* pp. 346-351. No fue publicada.

⁷³Tampoco la encontramos publicada.

gación.— 134. Paso del Cabo de Hornos.— 135. En el Océano Atlántico.— 136. Ansiedades espirituales de Mastai por su vocación misionera.— 137. Llegada a Montevideo.— 138. El Vicario de Montevideo.— 139. Primeras impresiones de Montevideo.— 140. Descripción de Uruguay.— 141. Injurias de la prensa chilena al Vicario Apostólico.— 142. Mastai refuta los cargos.— 143. Conveniencia de erigir la diócesis de Montevideo.— 144. Nuevos deseos de Mastai de quedarse en América.— 145. El Cabildo civil pide a Mns. Muzi que consagre un Obispo *in partibus*.— 146. Falta de moralidad de los habitantes.— 147. Dificultades para partir de Montevideo.— 148. Noticias de la guerra del Perú.— 149. Bolívar.— 150. La prensa de Río de Janeiro ataca a Mns. Muzi.— 151. Noticias del triunfo de Bolívar en el Perú.— 152. Las Misiones de los jesuitas.— 153. Más noticias de Montevideo.— 154. Acerca de la tolerancia de cultos.— 155. Confirmación del triunfo de Bolívar y Sucre en el Perú.— 156. Buenos Aires excita a Montevideo a separarse del Brasil.— 157. Reflexiones de Mastai contra la independencia americana.— 158. Noticias de Europa.— 159. Mns. Muzi escribe al Cabildo catedral de Buenos Aires.— 160. Reciben cartas de Roma.— 161. Mons. Muzi confiere el sacerdocio a cuatro clérigos de Buenos Aires.— 162. La plaga de las langostas.— 163. Costumbres de Carnaval.— 164. Algunos animales.— 165. Partida de Montevideo.— 166. Primeros incidentes de la navegación.— 167. Ansiedad de Mastai por el resultado de la Misión y proyectos para el futuro.— 168. Prosigue la navegación.— 169. Encuentro con un navío de Gibraltar y noticias de la guerra en el Perú.— 170. Continúa el relato de la navegación.— 171. Enfermedad de Mastai.— 172. Semana Santa.— 173. Nuevamente en Europa.— 174. Continúa la enfermedad de Mastai.— 175 Prosigue la narración del viaje.— 176. Hacia Gibraltar.— 177. Arribo a Gibraltar.— 178. En Gibraltar.— 179 Descripción de la ciudad.— 180. Los hospitales.— 181. Las escuelas.— 182. Las bibliotecas.— 183. La administración de los bienes eclesiásticos.— 184. Visitas a personajes de la ciudad.— 185. Partida para Génova.— 186. Llegada a Génova y cuarentena.

130.— Las velas fueron desplegadas en Valparaíso [245] el día 30 de octubre a las 3 de la tarde, vigilia de Todos los Santos (pues el 31 era domingo), y viajamos todo el día y la noche con buen viento, aunque no sin las acostumbradas molestias de la navegación, que todos experimentamos más que la otra vez.

131.— Por esta razón el día 31 no se pudo decir Misa; yo la dije el 2 y 3, aunque pasé mal esos días por debilidad de estómago. El tiempo era hermoso, el cielo sereno, el aire frío, mientras el viento casi contrario nos llevaba al poniente, dirigiéndonos hacia al polo sur. Los subsiguientes días 3, 4 y 5 se mantuvo el mismo viento, con días bellísimos que transcurrí sin el menor malestar; [246] dije Misa todos los días. El

5 hacia mediodía se vieron tres ballenas que caminaban velozmente echando agua como chorro de grandes fuentes; la longitud de ella era, a ojo, como de 20 pasos, pero como no se veían enteramente no era posible formarse una idea justa de su dimensión. El día 6 tuvimos viento favorable, aunque a costa de graves incomodidades por el fuerte balanceo de la nave; en la noche cambió y en la mañana del 7 el cielo volvió a ser claro, pero el viento no nos dejaba adelantar mucho empujándonos más hacia tierra que hacia el sur, a donde teníamos que acercarnos. El día 8 fue un poco mejor, y el día 9 [247] finalmente fue propicio haciendo ocho o nueve millas por hora; a mediodía estábamos en el paralelo de Valdivia, a 40 grados de latitud; nos faltaban 14 todavía para llegar al paralelo del Cabo de Hornos. La navegación daba un poco de molestias, pero no muchas, y sin duda la agitación del mar me hacía menor impresión que en el primer viaje.

132.— El Señor me colmaba con sus favores y debo agradecerle de corazón que de vez en cuando me hacía escuchar su voz para darme nuevos ánimos, o, para decir mejor, para removerme de tantos defectos y tibiezas. La navegación es muy oportuna para elevarse a Dios [248] con fervor, porque si siempre estamos en sus manos, aquí nos encontramos en ellas de una manera más sensible, ya que todo contribuye a probar esta verdad y a llamar al espíritu a recogerse con Dios, a reconocer su grandeza, a aumentar la confianza en El y a esperar en su misericordia: todo esto se experimenta más fácilmente en tiempo de tempestad.

133.— El día 10 el viento fue menos propicio; llegamos al paralelo de la isla de Chiloé, situada entre 42 a 44 grados de latitud. Se empezaba a sentir frío, pero de modo tolerable, tanto más que estábamos en el mes que corresponde al nuestro de mayo, [249] porque el polo sur es mucho más frío que el del norte, quizás por estar dominado por los mares y tener mucho menos tierra que el del norte.

En la noche hizo un viento muy fuerte que nos molestó no poco y tanto más que soplaban en contra. Hacia las nueve de la mañana decreció su violencia y navegábamos hacia el sur, aunque con la popa hacia tierra. Hacia mediodía del 11 encontramos un navío comerciante de los Estados Unidos que iba hacia Valparaíso: izó su bandera y pasó muy cerca de nosotros. Se vio otro navío a la misma hora, pero muy lejos y de la parte de tierra, es decir a poniente. Hacia [250] ya dos días que nos acompañaban muchos pájaros de mar, grandes y pequeños, a los que el Señor ha dado una fuerza increíble en sus alas, pues volaban todo el día cerca de la nave haciendo nuestro camino, pero centuplicado por las repetidas vueltas que daban; descansan sobre las mismas olas. El día 12 se avanzó poquisimo hasta casi mediodía; después el viento mejoró y en la mañana del 13 nos encontramos a 45 grados de latitud. Vimos una nave a casi 4 millas de distancia, pero no fue posible reconocer a quien perte-

necía la bandera. El día 14 llegamos a 49 grados; [251] los días eran muy largos: se podía ver desde las 3 y media de la mañana y los crepúsculos duraban casi hasta las 9 de la noche. El día 15 fue propicio y también el 16. Las noches se acortaban siempre más; en la mañana del 15 cayó un poco de nieve, pero no obstante el frío era menor que los otros días; cuando el sol estaba despejado se podía estar en cubierta y leer sin molestias. El día nos favorecía admirablemente con una buena navegación: estábamos a 54 grados de latitud.

134.— El día 17 estábamos ya en el paralelo del Cabo de Hornos, o sea a 55 grados; frecuentemente caía granizo o nieve e inmediatamente volvía [252] el cielo a ponerse sereno. Encontramos un *brik* inglés. La noche era sin oscuridad, ya que girando el sol a nuestro horizonte visible no nos dejaba nunca. El día 18 fue bueno, aunque más escaso de viento. El 19 hizo mucho frío en la mañana, con mucha nieve, pero hacia mediodía se mitigó la atmósfera y se puso en calma. Se vieron muchas ballenas, y los marineros cazaron con el anzuelo algunos pájaros de mar. Cazaron 10 de los grandes, cuyas alas tenían 10 palmos de largo y el pico era de esta forma⁷⁴: unos ojos vivos, una cabeza majestuosa, plumas más finas que lo ordinario, [253] las patas largas con el pie de ganso que le servía maravillosamente para estar sobre las aguas; apenas colocados en el navío se hacen inútiles para volar y ni siquiera saben caminar, pues caen después de pocos pasos. No quiero dejar de notar que para mayor prueba de la (*buena*) navegación que nos daba el Señor, que —en las aguas de Cabo de Hornos, tan conocido por las famosas tempestades que allí imperan— pude decir Misa cómodamente y lo pasamos con todas las velas desplegadas. El día 25 ya estábamos en el Océano y quizás cerca de las islas Malvinas en la latitud de 51 grados y 33 minutos.

135.— [254] Proseguimos el viaje velozmente y con viento propicio, pues en los días 26 y 27 se hacían 9 y 10 millas por hora; por lo que a mediodía de este último día nos encontramos a 46 grados de latitud. Este día fue un poco incómodo: mar grueso y viento poco favorable. Con frecuencia se veían ballenas, especialmente en los días en que el viento era escaso. El día siguiente fue igualmente incómodo por el mucho balanceo del navío. El día 1º de diciembre fue una bellísima jornada. Estábamos a 37 grados y 40 minutos de latitud, y por consiguiente casi en el paralelo [255] del Río de la Plata: se vieron muchos lobos marinos.

136.— Hacía muchos días que sentía dentro de mí un pensamiento melancólico, que me reprochaba el no haber hecho nada en provecho de la Santa Sede y de la Religión. ¿Cómo, me decía a mi mismo, después de haber estado 7 meses en Chile no has pensado seriamente en las Misiones de los salvajes, dando al menos un paso para ver si Dios te

⁷⁴En el original se encuentra un dibujo.

permitía dedicarte al servicio de ellos? Mientras reflexionaba de esta manera, me vino a la mente el motivo por el cual el Señor no había querido servirse de mí en esta obra y el motivo era mi mala conducta [256] hacia El, y los muchos defectos de que estaba lleno. Hice buenos propósitos y de nuevo me encomendé a El diciéndole que ya que otra vez íbamos a poner pie en el continente americano me dejase allí, si era de su beneplácito, para trabajar por los infieles. Me acordé que en Santa Fe hay un Colegio de Misioneros y me lisonjée que el Señor escucharía quizás mis deseos; a los que hubiera querido dar curso por las vías regulares, es decir pidiendo a Monseñor Vicario Apostólico las oportunas licencias y dando aquellos pasos que la prudencia enseña en estos casos.

137.— El día 2 de diciembre vimos desde muy [257] lejos la tierra. Hacia las 11 de la mañana un furioso e impetuoso viento de tierra puso a prueba si los mástiles resistían o no la embestida. Duró hasta las 5 de la tarde y nos pusimos al reparo; tranquilizado el viento, pasamos una noche magnífica, y en la mañana del día 3 dedicado al glorioso Apóstol de las Indias, se vio muy cerca la costa del Cabo San Antonio al sur del Río de la Plata. Aparecieron tierras incultas y deshabitadas; quizás más al interior habría indios que San Francisco (*Javier*) ponía a nuestra consideración y encomendaba a nuestro celo. Al día siguiente, sábado 4 de diciembre, a las 9 de la mañana llegamos con viento [258] suave y favorable a Montevideo después de un viaje de 34 días y pocas horas, en el que estuvimos completamente felices, gracias a la protección del Señor.

138.— El señor Vicario párroco don Dámaso Larrañaga nos hospedó en su casa, donde nos procuró todas las comodidades posibles. Este eclesiástico, nacido en el mismo Montevideo, está dotado de muchos conocimientos y se ha dedicado también al estudio de la historia natural. En su vicaría hay 15 parroquias que cubren más de 100 leguas de territorio. Su ideal está por la independencia.

139.— El señor General Lecor, brasilero, es el jefe de la provincia sometida al Emperador del Brasil Pedro I, [259] hijo de Juan VI, rey de Portugal. El General fue a visitar a Monseñor Vicario Apostólico al día siguiente de su llegada y sucesivamente fueron los principales de la ciudad, la que está situada sobre una colina muy bien dotada y poblada por 8.000 habitantes. Tiene una gran bahía baja sobre el Río de la Plata, donde pueden llegar los más grandes navíos. El terreno donde ha sido fundada la ciudad es una pequeña península en el dicho río, que en un barrio llamado el Cordón forma un pintoresco mirador de la parte de tierra, distante una milla de la ciudad. El río abunda en peces, que son muy insípidos. La campiña es fértil, pero la multitud [260] inmensa de hormigas es una plaga que impide la propagación del cultivo, y no es muy abundante en frutas. Antes de la revolución su mayor riqueza era el ganado. Entonces había propietarios que poseían un millón de bestias. Se daba libertad a los propietarios

para matar en sus estancias cuantas reses quisieran, y se hacían pagar sólo un escudo por la piel de cada buey. Los mosquitos y los zancudos causan gran molestia en el verano.

140.— La provincia de Montevideo tiene 50 mil habitantes y podría contener 5 millones. Es fértil y regada por grandes ríos, como son el Plata, el Paraná, [261] el Río Grande, el Río Negro, el Santa Lucía, el Uruguay, el Paraguay; el terreno no es monótono como el de las pampas sino que tiene alguna elevación.

Cerca de Montevideo corre un río más pequeño que se llama Miguelete, sobre cuyas orillas están situadas las mejores casas de veraneo de la gente rica.

En el mes de octubre de este año cayó una granizada tan extraordinaria que algunos granizos pesaron hasta 3 libras y aún más. Como esto me parecía fabuloso pregunté a cuantas personas tuve oportunidad de hablar de ello y todos me aseguraron de la verdad de lo ocurrido.

141.— Mientras tanto llegaban periódicos de Chile [262] donde se decían muchas injurias al Vicario Apostólico y se propagaban doctrinas cismáticas acerca de la autoridad de los Ordinarios, diciendo que un sacerdote destinado al gobierno de una iglesia no tiene otro límite a su autoridad que la necesidad, asegurando con la autoridad del Concilio de Toledo 16 cap. 8, que cuando un Obispo muere o traiciona a la patria, la sede vacante con un solo canónigo asume toda la autoridad diocesana, y si también faltara este canónigo la autoridad (*civil*) designaría al sujeto a quien la Iglesia autoriza el ejercicio de toda la jurisdicción espiritual. El Obispado no (*puede*) ser más de uno, según San Cipriano, pero éste puede desempeñarse por todos, teniendo [263] cada uno *in solidum* una parte del mismo; y en fuerza de estos principios afirmaban que si en toda la América quedara un solo Obispo, éste debería desempeñar las funciones episcopales para todos, que a él pertenecería el proveer de sacerdotes el Altar y que estaría obligado, según el precepto de San Pablo, a cuidar de la grey de Jesucristo en toda la Iglesia.

Agregaban que el Gobierno tiene todo el derecho de quitar a los regulares los bienes que poseen; aún más, que les hace un favor, una caridad, librándolos de la distracción de administrarlos, siendo cosa ajena a la espiritualidad que profesan. Repetían que el Vicario Apostólico había [264] antepuesto a Mastai en lugar de Cienfuegos en el nombramiento de los Obispos, sin existir un ápice de fundamento para afirmar esta necesidad, y finalmente que el Vicario Apostólico era un espía de la Santa Alianza⁷⁵.

142.— Hice también una rectificación a este impreso y lo mandé al canónigo Lazcano, de Córdoba, junto con otra respuesta de Monseñor Vi-

⁷⁵Estos artículos se encuentran en *El Liberal* nn. 35 y 37, de 30 de octubre y 11 de noviembre de 1824, respectivamente; y en *El Correo de Arauco* nn. 37 y 38, de 20 y 27 de noviembre de 1824, respectivamente.

cario. Otra refutación, para la que me ha dado el material Monseñor Vicario, la mandé al Canónigo de Salta don Pedro Castro y Barros, residente en Córdoba, quien había hecho imprimir la Pastoral de Monseñor Vicario y la carta de León XII, recomendándole que la hiciera imprimir y traducir a un buen castellano.

143.— [265] El General Lecor, barón de la Laguna y Gobernador de la Provincia Cisplatina residente en Montevideo, capital de la Provincia, había escrito a Janeiro al Emperador dándole parte de la llegada de Monseñor Vicario Apostólico, y al mismo tiempo avisándole que con su autoridad se podía separar a Montevideo de la jurisdicción espiritual de Buenos Aires. Hubiera sido bueno el realizarlo, porque bien podía erigirse en Obispo a Montevideo y lo necesitaría a fin de que se conservara allí el ministerio eclesiástico, que actualmente va a terminarse por no haber ninguna educación ni instrucción eclesiástica.

[266] Es cierto que el Gobierno brasilero lo habría hecho por motivo de aquella epidemia general de los Gobiernos de América y de todo el mundo, es decir que los límites de la jurisdicción espiritual deban coincidir con aquéllos del dominio temporal, pero en este caso habría sido para bien si Monseñor hubiera tenido las facultades necesarias.

144.— Considerando la escasez de los ministros eclesiásticos me sentía inclinado a quedarme en Montevideo, especialmente con la idea de dedicarme al beneficio espiritual de los campesinos. Hablé de esto con un celoso eclesiástico y él exageró los peligros espirituales a que se expone un eclesiástico solo, especialmente si es joven, cuando [267] no hay de quién tener un consejo o buen ejemplo, viviendo en el campo; me hizo conocer que no proporcionaría una menor utilidad a los fieles quedándome en la ciudad. Dejé, por tanto, el asunto en las manos de Dios siempre con la idea de quedarme, en caso de obtener el beneplácito de Monseñor Vicario para mayor tranquilidad de conciencia en la resolución. Creyéndome este deseo lo comuniqué a Monseñor Vicario, que no lo aprobó para no exponerme a peligro con Buenos Aires, y que le parecía justo que volviera con él a dar cuenta a Su Santidad de nuestra misión.

145.— [268] El Cabildo civil de Montevideo manifestó con varios oficios los sentimientos de gratitud y de respeto por los trabajos apostólicos de Monseñor y le propuso consagrar un Obispo *in partibus* para solucionar las grandes necesidades en que se encontraban esas regiones. A lo que respondió que carecía totalmente de facultades. El Cabildo se inclinaba a proponer al actual párroco Vicario don Dámaso Antonio Larrañaga. Generalmente toda la ciudad se demostraba muy bien dispuesta hacia Monseñor Vicario Apostólico. Un sacerdote que había estado unos quince días en los campos de Montevideo, a la distancia de casi 40 leguas, me refirió el gran deseo que tenían [269] en los pueblos de que Monseñor los visitara.

146.— Los vicios generales de estos habitantes son contra el 6º y 7º

(*mandamientos*): en el 5º también tienen de qué acusarse. Tal vez estos pecados que han reinado siempre en América han merecido de la justicia divina los castigos a que ahora está sometida.

Me tendré que acordar siempre del gran sufrimiento y motivo para merecer que me han causado las Confirmaciones, por la indecencia de los vestidos y por la belleza de las figuras, debiendo estar al lado de Monseñor para enjugar las frentes.

147.— El Capitán después de habernos hecho esperar casi dos meses en Montevideo se disponía a hacerse a la vela, cuando las noticias provenientes de Europa [270] pusieron en agitación a Monseñor. Los periódicos y las cartas particulares anunciaban la guerra declarada por los argelinos a España, Portugal y Cerdeña, y como nosotros navegábamos bajo esta última bandera le pareció que nos expondríamos a un peligro evidente. Sin embargo, yo no era de este parecer; aunque no hubiéramos querido viajar directamente hasta Gibraltar podíamos muy bien hacer escala en las Canarias o en las Azores o en Lisboa, para tener noticias oportunas. A pesar de esto Monseñor trató de entablar un juicio al Capitán, quien resuelto a partir no quería devolver la más pequeña cantidad [271] de los 5 mil escudos que había recibido del Gobierno de Chile por el viaje. Disuadido finalmente de entablar este juicio por los muchos inconvenientes que presentaba, aceptó la solución que le propuso el Capitán: esperar otros 15 días, plazo en que tal vez llegarían noticias de Europa sobre el particular.

Cierto que saltaba a la vista la enorme injusticia del Capitán, defendido con todas las fuerzas de su patrocinante, don Francisco Juanico (que en Montevideo pasaba por el jefe San Marcos); pero, además que el parecer de los jueces no era unánime, el exponerse a las incertidumbres, incomodidades y enormes gastos de [272] un juicio no era conveniente, además que las prensas de los impíos escritores de Buenos Aires y de Chile habrían tenido materia para escribir contra el tantas veces calumniado Vicario Apostólico.

148.— Poco antes de este hecho circularon noticias de los ejércitos del Perú, o sea del español y del independiente. Las primeras en llegar anunciaban que el general Bolívar en un hecho de armas había perdido 5 mil hombres, 30 oficiales de rango y que él mismo estaba herido. Pocos días después llegaron noticias diametralmente opuestas, porque un boletín reeditado en Buenos Aires y que se decía impreso en Lima anunciaba que el ejército español había sido completamente [273] derrotado, que el general La Serna estaba prisionero, que el general Canterac también lo estaba, habiendo antes capitulado y entregado Lima y el Callao, y que muchos otros generales también estaban prisioneros.

Unas y otras tenían necesidad de cuarentena.

149.— Ya que se ha hablado del general Bolívar, que entonces figuraba tanto en América, creo oportuno decir algo de él. El Presidente don

Simón Bolívar nació en Caracas hacia el año 1785; fue educado en Madrid y luego pasó a París. Fue amigo de los filósofos Humboldt y Bonpland; viajó por Alemania, Italia e Inglaterra y habiendo vuelto a Madrid casó con la hija del [274] marqués de Ustáriz. (Estas memorias han sido tomadas de un periódico titulado *Varietades o Mensajero de Londres*, editado en Londres en 1823). Estaba en Caracas cuando estalló la revolución y fue enviado a Inglaterra por el nuevo Gobierno, de donde volvió a su patria por no gustarle el sistema adoptado por el Congreso de Venezuela.

En 1812 ocurrió un terrible terremoto en Caracas, y poco después las tropas realistas mandadas por el general Monteverde entraron en dicha ciudad. Bolívar, con el grado de coronel, se unió al general Miranda. Al tener sus armas felices resultados sobre los españoles se vio Comandante en Jefe de sus divisiones, logrando [275] siempre nuevos progresos. Luego unió bajo una especie de dictadura la autoridad civil y militar, y el Congreso Nacional de Nueva Granada temeroso de que este hombre intentara someter a la nación a su poder casi monárquico le intimó que renunciara a la autoridad civil: Bolívar se negó a obedecer. Creciendo el descontento, Bolívar se resolvió a despojarse del poder ilimitado de que estaba investido y convocó a una Junta para este efecto. Este hecho fue suficiente para atraer los ánimos a su favor. Muchos patriotas mostraron el peligro a que se exponía la Provincia por la debilidad de su Gobierno y se declaró que continuara su mando [276] en Bolivia hasta la unión de Venezuela con Nueva Granada.

Después las armas del rey de España obtuvieron tantas victorias que los patriotas casi perdieron toda esperanza de conseguir la libertad a que aspiraban. Corrieron ríos de sangre y por ambos lados se cometieron atrocidades. Bermúdez fue uno de los patriotas que se sostuvo un poco más contra los realistas.

La fortuna de las armas se decidió otra vez en favor de los republicanos. La batalla de Carabobo, del 24 de junio de 1821, decidió la independencia de Colombia. La Torre mandaba a los realistas y Bolívar a los republicanos, que debieron la victoria principalmente [277] al valor del general Páez. Esta victoria había sido precedida por un armisticio entre las tropas de Bolívar y las de Murillo, antecesor de La Torre, y Murillo había ido a España para tratar un arreglo con las Cortes, que no fue posible.

150.— En los primeros días de febrero llegaron las gacetas de Janeiro, en que se ponía en ridículo al Vicario Apostólico, uniformándose a la Gaceta de Buenos Aires.

151.— De las victorias de Bolívar no llegó inmediatamente la confirmación oficial. Los Gobiernos independientes de América no ven con buen ojo a este general, pues están persuadidos de que si la fortuna favorece a sus armas se adueñará de otros Estados y tal vez con la idea de ser el monarca de ellos. [278] De la victoria de Bolívar se dudó hasta que llegó un

boletín que no dejaba ya lugar a dudas y se daba a conocer la derrota de los españoles, como diré.

152.— Las famosas misiones de los jesuitas que constaban casi de 30 regiones (la provincia ha conservado siempre este nombre de Misiones) fueron enteramente destruidas por los portugueses en el año 1817, cuando se adueñaron de la Banda Oriental o Provincia Cisplatina. Hasta ese año subsistían aún las iglesias edificadas por los jesuitas, y los ricos ornamentos y los muebles sagrados. Todo fue dado al fuego, y a las puertas de las iglesias fue puesto el cañón, habiendo sido saqueadas precedentemente. [279] Los pueblos de las Misiones marcaban el límite del Brasil con las posesiones españolas; y los portugueses que habían tenido intención de adueñarse de ellas desde los tiempos de los jesuitas (que se opusieron fuertemente a España, que parecía propensa a hacer un cambio con Portugal, uno de los motivos de la supresión de los jesuitas en Portugal) lo consiguieron en dicho año y para acabar con cualquiera idea del límite, se dieron al bárbaro partido de pegar fuego a todo. Los sobrevivientes de estos pobres indios católicos fueron llevados el año pasado a un punto que se llama.....
...⁷⁶ a 40 leguas de Montevideo, donde procuran conservar sus costumbres y las piadosas prácticas [280] que les enseñaron los jesuitas. Me contó un sacerdote que en aquellos días había cantado una Misa *de requie* en la iglesia de la nueva población, que 4 indios cantaron estupendamente con el Breviario en la mano y que otros con violín y guitarra acompañaban los cantos: que las mujeres todas vestidas de blanco se ponen en fila, en la mañana temprano, afuera de la puerta de la iglesia esperando escuchar la Misa; que todas las tardes en sus hogares antes del rosario se repite el catecismo y que todas tienen un pequeño oratorio en sus casas.

Ahora no hay más que tres poblaciones de las antiguas misiones, que están en la Provincia de Paraguay, [281] al norte del Paraná. Aquéllas que estaban al sur del mismo río fueron las destruidas por la barbarie de los antes mencionados.

Al noroeste del Paraguav está la región del Chaco, donde la caridad de los misioneros, especialmente de los jesuitas que habían enviado allá muchísimos sujetos, no han merecido de Dios aquel incremento, sin el cual el sacerdote que planta y riega nada puede hacer. La obtusidad y la ferocidad de aquellos habitantes los ha dejado en su mayor parte en las tinieblas de la gentilidad. Lo mismo dígame de los indios pampas.

153.— En el tiempo en que estuvimos en Montevideo, dos navíos —uno americano y otro genovés— chocaron en el banco [282] inglés. El primero pereció, el segundo fue salvado: los equipajes de ambos se salvaron.

154.— En una gaceta de Janeiro se reproducía una carta del Ministro del Emperador en respuesta a un oficio de felicitación y encargo presen-

⁷⁶Falta el nombre en el original.

tado a Su Majestad por el Cabildo civil de Montevideo, el cual había hecho conocer en el mismo oficio ser contrario a la admisión de la tolerancia de cultos en dicha ciudad. La respuesta dice que esta determinación se opondría a la Constitución, a la misma religión católica apostólica romana, que Dios ha creado al hombre en libertad para que elija lo que quiera, etc. ¿Puede decirse algo peor? Y así decía la gaceta [283] titulada *El Expectador Brasilerio*. Otro periódico titulado *El Diario Fluminense* traía un buen artículo contra Rivadavia y Freire por el atentado cometido por ellos de secularizar y despojar a los religiosos robándoles sus bienes.

155.— Llegaron noticias del Perú, que Bolívar y el general Sucre, cerca de Guananchilla, habían derrotado al ejército español, herido al virrey La Serna, tomado prisionero a Canterac, quien antes había capitulado entregando varias provincias y la misma ciudad de Lima con el Callao.

156.— Por motivo de estas noticias en Buenos Aires se habían hecho muchas fiestas⁷⁷ y además impreso periódicos, uno de los cuales excitaba a Montevideo [284] a librarse del yugo del Brasil y hacerse una provincia independiente; y para tal efecto, decía el periódico, varios particulares tienen ya prontos en Buenos Aires a 500 hombres y 17 mil pesos fuertes. Lo cierto es que si Buenos Aires logra este intento tendrá pretensiones de mirar a la provincia de Montevideo, u oriental o cisplatina, como provincia suya y he aquí una nueva guerra entre las provincias, como se vio en 1815, año en que existían las mismas circunstancias.

157.— A las noticias de la victoria de Bolívar, varios eclesiásticos exultaron, y especialmente el párroco de Montevideo, don Dámaso Antonio Larrañaga, sin reflexionar que, fuera como fuera, el Gobierno de [285] España protegía a la religión, mientras los actuales Gobiernos independientes miran directamente a destruirla. Este ha sido el gran mal de la Religión en las revoluciones, que los eclesiásticos han tomado en ellas una parte activa en lugar de conciliar los ánimos en la paz.

158.— El *Correo de Londres* redactado en francés traía una noticia de una gaceta piamontesa del 14 de octubre en que se desmentía la información de que Argelia hubiera declarado la guerra a Cerdeña, porque esta potencia no había acostumbrado jamás pagarle tributo alguno. Esto dispuso los temores que podían existir para nuestro viaje.

159.— Antes de partir, Monseñor quiso escribir una breve y paternal carta [286] al Cabildo de Buenos Aires para llamarlo a su deber, si esto era posible, y para moverlo a recurrir a Su Santidad a fin de que pusiera remedio al cisma en que se encontraba.

160.— El día anterior al fijado para la partida, o sea el 14 de febrero,

⁷⁷A esta parte del *Diario* deben corresponder los nn. 98 y 99, que —evidentemente— están fuera de su contexto; probablemente Pío IX transpapeló sus notas y aquéllas quedaron intercaladas en el lugar que hemos transcrito, según las copió el autor del manuscrito de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

recibimos cartas de Roma con la Encíclica de Su Santidad y la publicación del Jubileo del Año Santo; y yo recibí (*cartas*) de mis padres y hermanos y del verdadero amigo señor Canónigo Storace, con aquel consuelo que se puede imaginar por el gran deseo que tenía de recibir las.

Las dos mencionadas publicaciones fueron entregadas al óptimo sacerdote don Pedro Portogueda, para que las hiciese copiar y después enviarlas a Córdoba al canónigo don Pedro Ignacio [287] Castro para hacerlas imprimir.

161.— En el mismo día llegaron de Buenos Aires 4 jóvenes para recibir todas las órdenes, y esto fue motivo para quedarnos otros 3 días para conferírselas. En Buenos Aires estaban en la suposición que ya habíamos partido y por esto el Gobierno dio el pasaporte a estos aspirantes, los cuales llenos de confianza de ser atendidos se hicieron a la vela por el Río de la Plata y llegaron a tiempo. De esta guisa el Señor confundió la malicia del gobierno anticatólico de Buenos Aires y consoló a sus siervos.

162.— La provincia llamada Buenos Aires era desolada por el flagelo de las langostas, y en consecuencia de los inmensos daños que [288] estaba ocasionando en los campos se había creado en Buenos Aires una comisión para que tomara las providencias oportunas para impedir males mayores y socorrer a las familias pobres. Aunque este flagelo no había pasado nunca el Río de la Plata, sin embargo este año se había introducido en la Provincia Cisplatina y ya comenzaban sus pésimos efectos en los campos de Montevideo.

163.— En los casi tres meses que estuvimos allá se supo de muchos muertos en riñas y algunos asesinatos.

En los últimos tres días de Carnaval se divierten arrojando por las ventanas gran cantidad de agua hasta con gamelas. Se ven [289] en varios negocios huevos vacíos y algunos llenos de agua, y otros que para mayor galantería contienen agua olorosa y se tiran a la gente; y veía poco más o menos que la misma ambicioncilla que tienen nuestros *petits maitres* de mostrarse con sus trajes sucios por los confites que les han arrojado en las mascaradas, reina también en los de América al exhibirse mojados. La estación estiva hace aparecer menos extravagante esta mezquina ambición. Leí también en la gaceta de Buenos Aires que el Gobierno iba a poner freno a estas mojadas.

164.— Hay un animal en la Provincia [290] Oriental o Cisplatina llamado oso hormiguero, por motivo de que se alimenta de hormigas: es del porte de un ternero y combate con el tigre y con frecuencia lo vence. La inmensa multitud de hormigas en América hace que este animal pueda saciarse, porque cuando las hormigas están viejas y ya tienen alas se juntan unas sobre otras hasta formar una gran columna del alto de dos o tres hombres, y éstas sacian el hambre del oso. Y ya que se habla de hormigas es de notar en relación a su infinito número que en las inmensas llanuras de las

pampas, donde no se ve ni un monte ni una colina, impresiona [291] ver a veces una elevación de terreno semejante a una colina redonda, algunas de las cuales tendrán hasta 50 ó 60 pasos de diámetro: esta elevación no es otra cosa que una habitación de un inmenso enjambre de hormigas que trasplantando allí la tierra le han dado esa forma; y suele suceder que alguno corriendo a caballo meta el pie en aquella tierra en apariencia consistente, pero en realidad toda removida, haciendo peligrosa la caída de quien monta a caballo.

También hay allí un animal cuadrúpedo notable por el modo con que se defiende de los hombres y de las bestias. Es pequeño, de hermosa estatura y cuando se [292] ve embestido orina y con la misma cola la esparce a su alrededor, emanando un olor tan pestífero que se siente a distancia de muchas millas y es tan fuerte que los mismos animales feroces como los tigres, que hay muchos, se alejan: se llama sorillo, y se hace comercio con su piel.

165.— El 18 de febrero nos hicimos a la vela, a las 3 de la tarde, en el puerto de Montevideo, siendo despedidos por mucha gente, que llorando se separó de nosotros; estaban aún los nuevos ordenados por Monseñor, quienes con lágrimas en los ojos pidieron la bendición, y seguramente a su vuelta a Buenos Aires habrán sido panegiristas de sus virtudes, tanto más que al [293] ordenarlos sacerdotes, cuando estaba para preguntarles si prometían obediencia al Ordinario, les dijo un discurso en latín, que conmovió a los asistentes e instruyó a los candidatos cómo debían prestar ellos tal obediencia en el caso de que el Ordinario se conservara fiel a la Santa Sede.

166.— En la tarde sentí el malestar de la navegación, y votimé como de costumbre. El día 19 avanzamos poquísimos y no perdimos de vista la costa y el seno de Montevideo, y estuvimos en la misma posición hasta el día 21 inclusive, no sin algún temor por el terrible banco inglés, en cuya proximidad estábamos obligados [294] a permanecer; tomamos el canal del sur para ver si encontrábamos viento. Se vieron varios navíos en la desembocadura del río. El 22 finalmente vino un viento muy propicio, que era el Pampero, y nos llevó a alta mar fuera de peligro. En los días siguientes siempre hizo mal viento o calma, hasta el 26 en que el siroco nos hizo avanzar bastante.

167.— Se me presentaron varias dudas de cómo se estimaría en Roma el resultado de esta Misión; pero, finalmente, teniendo la idea de volver a una vida privada y oculta y habiendo obrado siempre con la más recta intención, ponía todo en las manos de Dios. Por medio del paquete [295] inglés, que había ya partido de Montevideo, había escrito al señor Cardenal della Somaglia la relación referente a los motivos de nuestra partida⁷⁸, y me

⁷⁸Esta carta no se ha podido encontrar. cfr. Serafini. o.c. p. 376, nota 125.

había hecho ofrecer a Su Santidad para cualesquiera otra laboriosa comisión, pero proporcionada a mis fuerzas morales, que sabía verdaderamente pocas; por consiguiente, esta petición excluía cualquiera pretensión ambiciosa, que, si he de hablar con toda sinceridad, no tenía absolutamente, pues todas mis ideas se reducían a volver al Hospicio o también a retirarme a una casa para dedicarme a la canongía de Santa María *in via Lata*, sin ningún otro título, de lo que me sentía totalmente [296] ajeno; o también irme a Sinigaglia a desempeñar el ministerio apostólico.

El día 27 avanzamos poquísimo. Me encomendaba al Señor, que ya que me daba luz para conocer mis defectos me diera también fuerza para enmendarme, pues al fin de cuenta veía tarde que tenía mucho de qué mejorar, especialmente para vencer mi desordenado amor propio.

168.— El 28 fue también de poco camino, pero el primero de marzo hasta las 10 del día 2 navegamos regularmente, con buen tiempo y sin molestias de navegación; todas las mañanas se podía decir la Santa Misa y en la tarde se recitaba el rosario sobre la cubierta, como en el primer viaje, habiendo yo [297] promovido la devoción que en el viaje del Cabo de Hornos el capitán había descuidado. En la mañana del 1º de marzo se vio un conjunto de 50 calderones o sea pequeñas ballenas, que se aproximaron muchísimo al navío hasta pasar por debajo de él, tal vez en busca de comida: eran de un largo de 3 canas. De estas mismas se vieron muchas en el primer viaje de Europa a América, como he contado. El día 3 se avanzó poquísimo, y el 4 lo mismo, estando todavía a 31 grados de latitud, vale decir, no habíamos llegado aún a la latitud de Janeiro, que está en el Trópico, mientras que de Montevideo a Janeiro comúnmente se emplean [298] los días que no empleamos desde el mismo a la antedicha latitud de 31 grados. En compensación teníamos días bellísimos y con un movimiento de la nave bastante regular. ¡El Señor es siempre rico en sus misericordias! Con la misma proporción proseguimos todo el día 7, siempre con vientos escasos. En ese día vimos los acostumbrados peces voladores, y la punta de un mástil, quizás de un navío que había naufragado o (*sido*) hundido, aunque debía ser de mucho tiempo, pues estaba en nuestra posición, como he dicho en aguas muy tranquilas. Los días 8 y 9 fueron casi de perfecta calma, aunque sin las molestias de un excesivo calor; estábamos a la [299] latitud de 28 grados 29 minutos; seguimos con igual lentitud los días 10, 11, 12 (en que se vio un navío que seguía nuestra misma ruta, pero tan lejos que no se pudo distinguir si había presentado la bandera) y el día 13. La latitud era de 26 grados.

Los días 14 y 15 fueron semejantes a los anteriores; y en este último se volvió a ver el navío del día 12. Llevábamos ya 25 días de viaje y bien puede decirse que desde el momento que salimos del puerto de Montevideo habíamos tenido siempre malos vientos.

169.— Los días 16 y 17 fueron de casi continua calma y la latitud

era de 24 y 40. Siguiendo con igual lentitud, el día 20 [300] (Domingo de Pasión) se vieron tres navíos, uno desconocido, otro holandés que había salido de Buenos Aires 10 días después de nosotros con carga de carne seca para La Habana, y el otro con bandera de Gibraltar, de propiedad del judío Judas Benunial, y con capitán y tripulación genoveses. Habiéndose reconocido a este último, vinieron a bordo de nuestra nave dos pilotos de él y almorzaron con nosotros. Nos contaron que habían salido de Chica, en el Perú, el día 3 de diciembre y tenían a bordo un coronel español del Ejército de La Serna —virrey del Perú—, un padre franciscano misionero de los indios y la familia del coronel.

Habían transcurrido 13 días desde que habían salido de [301] Janeiro, a donde habían ido para aprovisionarse de víveres y allá habían dejado en una casa de campo al virrey La Serna, que había ido de Chica en un navío mercante francés, y decían que iría a Burdeos. Bolívar, después de haber obtenido una victoria sobre él le había dado un pasaporte para Europa. Se dice —agregaban ellos— que (*La Serna*) estaba de acuerdo con Bolívar; lo que tenía un aspecto de verosimilitud, según lo que habíamos oído en Montevideo por la facilidad con que los independentes habían conseguido esa victoria y por el contenido de la proclama del general Olañeta. El general Canterac era el que había capitulado y [302] entregado a Bolívar todas las provincias del Alto Perú y el ejército. A pesar de esto, Bolívar no encontró en el ejército sino 600 hombres, porque se habían dispersado los demás, y el Callao que aún tenía provisiones para 3 años, no presentaba disposición para rendirse. Tal vez el general Olañeta puede haber aumentado su ejército con la dispersión de su antagonista, el constitucional La Serna.

170.— El día 21 estábamos en la latitud de 22 grados 39 minutos, vale decir pasado Janeiro, que está casi a 23, y nos encontrábamos a 690 millas de distancia de la costa del Brasil, en línea recta. Siguiendo el viento débil, el día 24 estábamos a 19 grados de latitud. [303] Un bergantín con bandera inglesa y (*que iba en nuestra*) misma dirección nos invitó a izar nuestra bandera. Al día siguiente se vieron 3 navíos, pero muy lejos, que sólo se distinguían con el catalejo desde los mástiles. En la noche se levantó un buen viento, que siguió también el día 26 dedicado a María Santísima de los Dolores. Los dos días siguientes fueron igualmente felices, con buen viento de levante, y llegamos al grado 12.

171.— El día 29 fue igualmente propicio. Desde la tarde anterior comencé a sentir un encogimiento de los nervios de la parte derecha de la cara, que se aumentó en este día y me hizo pensar que pudiera ser indicio [304] de un ataque⁷⁹; me encomendé al Señor para que por los méritos de su Pasión, que en esos días de la Semana Santa se presentaban más particu-

⁷⁹Según lo que describe Sallusti, *o.c.* pp. 716-717, lo que tuvo Pío IX fue una parálisis facial precedida de una fuerte irritación subcutánea en el cuello.

larmente como objeto de meditación, me dejara hacer su santísima voluntad.

172.— El día 30 estábamos en la latitud de 6 grados y varios minutos. El día 31 encontramos un bergantín en dirección al sur, y hacia la noche nos pasó muy cerca un pequeño navío de un solo mástil, llamado *Calandra*, que iba en la misma dirección. Es increíble la audacia de los ingleses o norteamericanos, que en pequeños navíos se aventuran a pasar el Océano y hasta el terrible Cabo de Hornos. El día siguiente, Viernes Santo [305] 1º de abril, estábamos a 1 grado de latitud y 40 minutos, y por esto se esperaba al otro día pasar la *Línea*, cuya proximidad hasta entonces no nos había producido ninguna incomodidad; para la conservación de los alimentos no habíamos tenido calores excesivos. En la mañana se hizo la ceremonia de descubrir el Crucifijo, y todos los marineros fueron a la adoración y a besarlo.

El Sábado Santo Monseñor dijo Misa, la que fue precedida por la Letanía de los Santos.

173.— A las cinco de la mañana pasamos la *Línea*, y nos encontramos en el hemisferio de Europa.

174.— Mi enfermedad seguía sin variación y trataba de aliviarla con agua de mar; procuraba, eso sí, sujetarme a la voluntad [306] de Dios, que El sabía los motivos para haberla permitido; prosiguiendo la molestia se hacía más grande por la aprehensión.

175.— El día solemne de Pascua, 3 de abril, fue bueno y tranquilo y ya estábamos a dos grados de latitud Norte, aunque el viento ese mismo día comenzara a disminuir y se redujera casi a calma en el día siguiente hasta mediodía del 5, en que soplaban el viento que nos llevaba a noroeste o Mistral. En esos días continuamente caían lluvias intermitentes, como por lo común suele suceder en el paso de la *Línea*. En la mañana del mismo día 5 fue visto un navío, pero a mucha distancia. [307] El día 6 estábamos a 5 grados de latitud norte, siguiendo los vientos llamados brisas, que reinan generalmente en aquella posición, es decir del norte al levante. El día 10 llegamos a 14 grados de latitud, perdiendo siempre un poco de camino, aunque esto era un daño pequeño. Por consiguiente estábamos en la latitud de las Islas de Cabo Verde, de las que habíamos pasado cerca hacia la mitad de noviembre de 1823 en la ida a América; pero, ahora nos encontrábamos casi a 600 millas al poniente. Hacia el *Ave María* se vio un numerosísimo cardumen de delfines, que los marinos llaman la Caballería de Neptuno por su modo de saltar como caballos. [308] Prosiguiendo el buen viento pudimos llegar al día siguiente a la latitud de 17 grados 28 minutos. En ese día comí un pez volador, que aunque abundaba en espina era de buen sabor. El 14 de abril llevábamos 55 días de viaje y era una cosa bien extraordinaria que hasta entonces no se hubiera sufrido la más mínima molestia ni por la impetuosidad de los vientos ni por la violencia del mar, ya que éste más bien estaba plácido como suele verse desde las playas en los más hermosos días de primavera y aquéllos sólo soplaban tanto cuanto bastaba para hacernos avanzar en el viaje. Ese día salimos de la zona tórrida y nos en-

contramos casi a 24 grados de latitud, [309] después de haber empleado 26 días en atravesarla, es decir del 19 de marzo al 14 de abril. Los dos días subsiguientes 15 y 16 fueron igualmente tranquilos y se avanzó suficientemente bien en el viaje habiendo llegado a 26 grados 30 minutos de latitud.

Vimos una gran cantidad de hierba que suele encontrarse en esos parajes, y había mucha más hacia el oeste; el día 15 se vio una nave a gran distancia. El 17 también se vio otro navío de tres mástiles, que viniendo por la popa lo descubrimos muy cerca, no sin alguna sospecha de que fuera un corsario, que parecía viniera a embestirnos; pero, el temor se desvaneció muy luego ya que él [310] tenía otra dirección. El tiempo estuvo bueno, como igualmente lo fue en los días 18 y 19 de abril, con un mar tan tranquilo que parecía estar en el puerto. En este último día se vio otro navío de dos mástiles. Comenzó a sentirse fresco; estábamos a 31 grados de latitud y, por consiguiente, habíamos pasado el paralelo de las Islas Canarias. El fresco aumentó en los días siguientes, pero el viento no era suficientemente propicio, porque nos empujó hacia el norte más de lo necesario; el día 21 estábamos ya en la latitud de Gibraltar, es decir a 36 grados, pero no podíamos poner la proa a levante por dirigirnos hacia el Estrecho, que nos quedaba aún a mucha [311] distancia. Al día siguiente el viento fue más propicio; nos dirigimos a levante, aunque después el viento disminuía continuamente, de manera que fue necesario ir siempre al sur, lo que siguió también al otro día 23 de abril, en que el viento era frío; sin embargo, se ganó en longitud y nos lisonjeábamos, con el favor del Señor, de llegar pronto. En la mañana temprano de este día 23, a la distancia fue visto un bergantín, y en la tarde después del *Ave María* una nave a poca distancia, en dirección a las Antillas o Norte América. En la noche reforzó el viento con ímpetu y nos puso en mejor camino: por la primera vez en este viaje se vio [312] el mar agitado, de manera que en la mañana del 24, dedicado al Patrocinio del glorioso San José, entre tantos golpes vino uno que arrojó por la cubierta a varios marineros que se encontraban más expuestos. (*El viento*) siguió toda la noche y al siguiente día dedicado a San Marcos, no se pudo celebrar, pues soplaban continuamente un fuerte viento griego, o entre griego y tramontano; constantemente había tormentas y parecía que no se iban a calmar muy luego. El día 26, aunque seguía la tempestad no era, sin embargo, con toda la furia del día anterior. El día 27 se fue calmando, y a las 4 se vio una nave en dirección a América; el 28 el viento fue bueno [313] y —según los cálculos hechos— ya estábamos a una distancia poco mayor de 600 millas de Gibraltar. A intervalos llovía, como suele ocurrir en la *Línea*. Se vieron dos navíos de 3 mástiles: uno alzó bandera francesa, y ambos se dirigían al S.O. o siroco.

176.— El día 29, hacia mediodía, se vio un bergantín en la misma dirección y nuestro capitán procuró acercársele y hacerle señal con la bandera, pero él, con la peor gracia, se apartó y no puso la bandera sino cuando había pasado: era de los Estados Unidos. Hacia esa misma hora me en-

tretenía con unos delfines en la proa del navío, que lo acompañaron por un buen trayecto de camino jugando en torno suyo: había algunos más largos [314] que una cana. El día 30 fue una de aquellas jornadas más alegres de la navegación por la belleza del horizonte, por el aire fresco y por la tranquilidad del mar; hacía poco viento. Se vieron dos bergantines en lontananza. El 1º de mayo, en la mañana temprano se vieron dos navíos, uno a proa y otro a popa; el día fue igualmente hermoso como el anterior y aunque no hiciera tanto viento por la posición en que nos encontrábamos se esperaba, sin embargo, ver al día siguiente el Cabo San Vicente en la costa de Portugal, distante —según el cálculo— a 80 millas. En la mañana del 2 de mayo, día de San Atanasio, el viento siguió débil, y temprano vimos un bergantín que seguía [315] nuestra ruta. Hacia las 11 vimos tierra, lo que me causó gran placer, aunque muy inferior a aquél que sentí cuando la vi al llegar a América.

Agradecí al Señor que nos había salvado hasta entorces de tantos peligros. Se vieron 3 pequeños navíos a la vela en torno al Cabo San Vicente. El día 3 adelantamos poquísimo y el 4 hubo calma; en los dos días se vieron algunos navíos. Habiendo hecho un poco de viento en la noche, en la mañana del 5 se vio el Cabo Spartero en Africa: llegamos a la vista de Tánger en el Imperio de Marruecos, hacia el comienzo del estrecho; pero el viento cesó completamente. Hacia el *Ave María* un fenómeno de mar me sirvió de entretención: estando el mar en perfecta calma y placidísimo comenzó a encrespase a alguna distancia y acercándose estas olas sin que ningún viento las moviera se aproximaron a nosotros haciendo rumor, y después de un cuarto de hora terminaron de pasar, mientras seguía un ruido como el murmullo de un correntoso torrente que se escuchaba a alguna distancia.

177.— En la noche se continuó el viaje con extrema lentitud y caminando sólo por la fuerza de la corriente que del Océano [317] se introduce en el Mediterráneo; y al salir el sol se echó fondo en el puerto de Gibraltar. Aquí supimos que el bergantín que habíamos encontrado a 19 grados de latitud meridional, con el que nos habíamos propuesto ir, al embocar en el Estrecho de Gibraltar había sido sorprendido por un corsario de Colombia, que no haciendo caso de la bandera inglesa bajo la cual navegaba el dicho bergantín robó 15.000 pesos fuertes a los pasajeros españoles que estaban a bordo. Crece siempre más el motivo de dar gracias al Señor por la particular protección que liberalmente nos había acordado.

178.— Llegados a Gibraltar, el Cónsul pontificio señor Juan M. Boschetti, Caballero del Espolón de oro, vino en la mañana [318] en compañía del Vicario Apostólico (ya que Gibraltar pertenecía en tiempos de la dominación de España, en 1700, a la diócesis de Cádiz, y pertenece ahora directamente a Su Santidad). El Vicario Apostólico don Juan Zino nos invitó a su casa; pero supimos que todos los gastos los hacía el Cónsul, quien no nos invitó a su casa por tener enfermos en ella.

179.— Gibraltar es una ciudad de muchísimo comercio, especialmente por la mercadería de contrabando que llega allí desde España. Hay cerca de 12.000 católicos, casi 5.000 judíos, que visten a la levantina y emigrados del Africa en su mayor parte, a donde habiáanse refugiado después que España los expulsó de la península; 4 ó 5.000 ingleses y berberiscos, hombres de buena tropa, y otros ingleses y berberiscos que se han establecido allí. [319] Hay un Gobernador que manda la plaza, cuya policía es celosísima, previniendo los delitos y castigándolos al momento, especialmente los robos que aquí son muy raros; un ladrón que, poco antes de mi llegada, había robado de una mesa algunas cucharas de plata fue condenado a flagelación y después a 18 meses de prisión a pan y agua, terminada la cual, después de otra flagelación, debía ser expulsado (*de Gibraltar*).

El paseo público es delicioso, visto especialmente en primavera, por la abundancia de flores; allí hay varios guardias que lo custodian en varios puntos, aunque sea poco frecuentado, ya que los habitantes están dedicados enteramente al comercio.

[320] La ciudad está dividida en dos partes: una es Gibraltar, otra es la punta de Europa; entre una y otra está el dicho paseo público, el que es tanto más admirable cuanto que Gibraltar no es otra cosa que un escollo, como ahora voy a describir. Esta ciudad está fundada sobre una áspera montaña conocida con el nombre de Monte Calpe, que forma una pequeña península de casi 5 millas de circunferencia: desde el principio del Mediterráneo y el terminar el Estrecho del mismo nombre, en relación a los que van del Océano. El escollo es escarpadísimo por todos los lados, y sólo por la parte del mediodía presenta un poco de acceso en sus bases, en la que está edificada una parte [321] de la ciudad: la otra parte está sobre el declive, con gran trabajo para construir las casas, siendo necesario minar y trabajar con el pico.

Los ingleses sufrieron, en esta pequeña plaza, en 1780-1781, un obstinado asedio de las tropas aliadas de Francia y España, pero la constancia del General Eliar, el Gobernador de entonces, lo desbarató. En memoria de esto, en el paseo público le fue erigida una estatua con una llave en la mano, que significa que Gibraltar es la clave del Mediterráneo, y alrededor tiene las balas ardiendo con que incendió las naves enemigas, que habían sido construída con un techo a prueba de bombas. En el mismo paseo hay [322] un busto del General Wellington.

Después de terminado el dicho asedio se ha fortificado mejor la plaza; se comenzaron las famosas excavaciones en la roca viva —obras que caracterizan a una gran nación— que son grandes carreteras a guisa de cavernas, donde con inmenso trabajo se han introducido muchísimos cañones a fin de defender mejor la plaza, y los hacen funcionar a explosión por medio de grandes cavidades que han abierto en la misma roca. Al ir a ver estas excavaciones pude admirar una gruta natural llamada de San Miguel, de una grandeza extraordinaria y que se extiende mucho hacia el interior hasta

hacerla impracticable a cualquiera que [323] quisiera entrar en ella; se cree que se comunica con el mar. Hace poco tiempo un soldado ha descubierto otra gruta más pequeña y el Gobierno ha ordenado hacer un camino para los que quieran ir a verla. Los caminos, o por decir mejor los precipicios más recónditos de este inmenso escollo, son habitados por monos que en toda Europa no viven sino en este lugar. En el Africa vecina y particularmente frente a Gibraltar, en un alto monte, que creo sea el monte Abila, hay también muchísimos de estos animales y por esto se le dice vulgarmente el Monte de los Monos.

180.— En un mismo recinto, que antiguamente [324] era un convento, hay tres hospitales civiles, uno para los católicos, otro para los protestantes y un tercero para los judíos. Cada uno tiene un vicepresidente nombrado por el Gobernador de la ciudad, que es el Presidente de los tres. Los hospitales son pequeños, pero mantenidos con suma limpieza. Cada uno tiene separadamente su cocina y sus empleados. Observé que en el hospital católico no había ninguna señal de religión; que los enfermos protestantes estaban todos ocupados en leer, permitiéndoselo la ligereza de la enfermedad, mientras que ninguno de los católicos tenía una semejante ocupación. El de los hebreos estaba vacío. Además de los dichos hospitales, todos suficientemente dotados, [325] hay hospitales militares y cada regimiento tiene uno propio en un lugar separado del cuartel.

181.— También cada regimiento tiene una escuela para los hijos de los soldados, estando permitido el matrimonio a 120 soldados por regimiento, repartidos por compañías, y con alguna insistencia se permite hasta un número mayor. En el número fijado, las esposas tienen derecho a media ración. A las escuelas (*de los regimientos*) van también niños de la ciudad. El maestro es generalmente un sargento protestante que enseña a leer, escribir y contar.

182.— Hay dos bibliotecas, una llamada del Comercio y otra más grande llamada Militar. [326] mantenidas con suma limpieza, pero no están muy provistas: tendrán cerca de . . .⁸⁰ volúmenes. En ellas hay también periódicos, y todos los que quieran usar los servicios de las librerías deben pagar un tanto al mes, a no ser que vayan pocas veces, como sucede a los viajeros que van sólo a verlas.

183.— Toda la administración de los bienes de la Iglesia está en manos de 12 seglares, que con un Presidente forman la llamada Junta. Al Vicario dan 3 escudos al día y la casa; al párroco 30 escudos al mes. El Gobierno inglés da al Vicario una ración diaria de pan, carne [327] y vino y una pensión de 16 chelines al año. Un miembro de la Junta, el señor Santiago Galliano me dijo que toda la renta del Vicario podía avaluarse en 7 pesos fuertes diarios, comprendidas algunas entradas eventuales; sin embargo, se estaba tratando de aumentarla porque el Vicario no estaba contento. Esta

⁸⁰Falta el número en el original.

Junta celebra sus sesiones, pero parece que no tiene gran exactitud, pues no hay ningún libro de contabilidad y yo sólo vi unas hojas sueltas en un armario. El Vicario se quejaba por estar enteramente excluido de esta Junta administrativa.

184.— Durante nuestra permanencia en Gibraltar fue muchas veces a visitar a Monseñor [328] el Embajador de Portugal, Comendador señor Pereira, enviado al Delegado de Argelia, para tratar de la libertad de comercio con su Corte, pagando los usuales tributos o regalos al Delegado, lo que acostumbran hacer casi todas las naciones de Europa con las diversas potencias berberiscas. El nos llevó a visitar al Gobernador de la ciudad Lord Pitt, hombre de más de 80 años, de buena salud y hermano mayor del famoso Ministro del mismo nombre⁸¹. Estuvimos también donde el General Don, hombre muy benemérito de Gibraltar por haberla embellecido y sostenido siempre, y que entonces iba a quedar como Vice-Gobernador por el regreso [329] a Londres de Lord Pitt, que parece que quiere ir a concluir sus días en su casa.

185.— Por este tiempo el Capitán del navío que debía llevarnos a Génova mostró algunas dificultades para proseguir el viaje. Su carga consistía casi toda en dinero efectivo, una suma de 80 mil escudos; y como ya era cosa conocida la que él llevaba temía que los corsarios del Mediterráneo pudieran darle una sorpresa.

Es cierto que existían corsarios con bandera de Colombia o de algún otro estado independiente de América y, en consecuencia, perseguían sólo a los españoles, pero la avidez de dinero hace [330] pasar muchas veces sobre las leyes y hasta sobre el derecho natural, lo que causaba temor al Capitán, quien agregaba que se había esparcido la voz que en su navío había 500 mil escudos, contando con el dinero de Monseñor; (*pero*) a mí entender creo que lo de su propiedad ascendía a 10 ó a lo más a 12 mil escudos. Una feliz coincidencia quitó toda dificultad que se opusiera a la continuación del viaje. Una corbeta de guerra del rey de Cerdeña, que tenía a bordo al Coronel primero Mari (encargado de una misión extraordinaria junto al Emperador de Marruecos, es decir de la misma de que estaba encargado el Comendador Pereira en Argelia) había terminado sus negociaciones y [331] regresaba a Génova. El Capitán tomó la buena ocasión para rogarle que nos patrullara, a lo que accedió especialmente por deferencia al Vicario de Su Santidad y nos hicimos a la vela en la bahía hacia el mediodía del 25 de mayo, mientras soplabo un viento propicio.

El día anterior habíamos estado a bordo del navío *La Nueva Carolina* de 112 cañones, perteneciente a los Estados Unidos, y después habíamos ido a bordo de la corbeta a visitar al mencionado señor Enviado y al Comandante, que volvía al día siguiente a bordo de nuestro navío *La Colombia*.

El día 26 siguió el buen viento y se llegó al Cabo de Gata. El 27

⁸¹Guillermo Pitt.

disminuyó [332] a mediodía, pero no obstante, en la tarde habíamos ya pasado el Cabo de Palos. Hacia la noche del día siguiente, llegamos al paralelo de Ibiza, que dejamos a nuestra derecha. El 28 llegamos cerca de la desembocadura del Ebro, pero, que estaba mucho más a levante, habiendo tenido siempre un tiempo tranquilo y estando siempre juntos a la corbeta de guerra. Otro navío genovés venía con nosotros y cada día se veían muchísimas naves, algunas en dirección a Gibraltar, otras hacia otros puntos del Mediterráneo. El día 30, habiendo calma casi (*completa*) el señor Encargado vino con el Comandante de la corbeta a visitar a Monseñor. Al atardecer llegamos [333] a la vista de Barcelona. Al día siguiente se hizo poquísimo camino por falta de viento. El día 1º de junio fue un poco mejor y llegamos frente al Cabo de San Sebastián, viéndose bien el Cabo de Creuz al principio del Golfo de León. En la tarde y mucho más en la noche (que precedía a *Corpus Christi*) hubo una fuerte tempestad, pero después de casi 14 horas se calmó habiendo tenido el viento favorable que nos llevó al otro lado del Golfo, es decir a las Islas de Hyères cerca de Tolón. En la tarde del 3 se vio Villafranca, pero a mucha distancia.

186.— [334] El día 4 proseguimos el viaje con poco viento. En la noche estuvimos fuera del puerto y en la mañana del 5, domingo dentro de la Octava de *Corpus Christi* a las 5 y media llegamos felizmente al puerto de Génova, donde debimos cumplir 15 días de cuarentena.

A P E N D I C E *

Señor Don Pedro de Reyes.

Roma Mayo 22 de 1827.

Muy estimado amigo:

Gracias a Dios que he tenido noticias de Ud. y de los amigos por medio de su carta fechada Junio 26 de 1826. Que consuelo para mi tener carta de Chile después de haber carecido de ellas por tanto tiempo. Pero la noticia de nuestro amigo don Santiago Tagle que falleció con tan prematura muerte, me ha causado mucho desconsuelo. Yo le escribí luego al señor Muzi Obispo de Città di Castello y le hice saber en su casa a Sallusti para que le hiciesen sufragios.

Yo le doy gracias por las felicitaciones que Ud. me hace de mi feliz llegada a mi Patria adonde he visto mis amados parientes que aunque viejos he allado en buena salud. Yo no he olvidado su persona en mis pobres ruegos y le prometo de continuar en esta memoria. El señor Muzi que está de Obispo, como he dicho arriba, goza de buena salud y lo mismo es de don José Sallusti que vive aquí en Roma.

Nuestra llegada en Roma de vuelta de América fue el día 7 de julio de 1825. En el mes de diciembre el Santo Padre me nombró Presidente del Hospicio

* Esta carta se encuentra en el Museo del Carmen de Maipú (Chile).

Apostólico. Esta es una magnífica casa adonde están recogidas acerca de mil personas repartidas en cuatro Comunidades de Niños, Niñas, Viejos y Viejas: las dos primeras son de Huerfanos, las dos últimas de inválidos: todos son bajo el título de San Miguel Arcángel. En estos días el Santo Padre me ha dado nueva destinación, muy superior a mis fuerzas, y a mis méritos que no tengo, es a saber me ha destinado a cubrir la sede de Spoleto, Patria de Su Santidad. Yo soy muy confundido de esta novedad, pues me faltan luces y prendas para sostener tan pesado cargo y me apelo con mayor razón al pacto que celebramos antes que yo saliese de Chile.

En días pasados el Santo Padre ha proclamado los Obispos de la Badia en el Brasil, de Santa Fé de Bogotá, de Venezuela, de Quito y de Cuenca: y son los siguientes por el orden mismo de dichas ciudades: Don Romualdo Antonio de Seizas, Don Fernando Caycedo y Flores, Don Dr. Ramon Ignacio Méndez. Dr. Don Manuel de los Santos Escobar, Don Felix Calisto Miranda. A Charcas ha puesto un sufraganeo en persona de don Matías Terazas.

Muchas memorias al señor Don Judas Tadeo a quien conserva mi afecto y estimación: expresiones también a todos de su familia, Don Diego Sarate, Don Francisco Tagle y todos de su Familia, don Pedro Marin, Don Francisco Larraín Cappellán del Carmen Alto, a Fr. Ramon Arce al P. Cato y a todos los demás amigos para quienes la más viva memoria.

La España no está quieta; hay revoluciones parciales con frecuencia, y el Portugal se va llenando de Ingleses.

Nosotros rogamos a Dios y sino tenemos más proporcion de nos vernos en este mundo, nos veremos por la misericordia de Dios en el Santo Parayso. Dios ge. U. muchos años y disponga del tierno cariño que le profesa su Servidor y y Amigo que S.M.B.

Juan M^o. Mastai
Arzobispo de Spoleto

P. S. Perdone Ud. los muchos yerros que hay, pues hace tiempo que no he escrito en español y he perdido el ejercicio.

Al Sr. Don Francisco Larraín mandé a bordo de un bergantín sardo unos encargitos que me dió, Mandé también a las Monjas Capuchinas muchas cartas de agregación a la Congregación de SSmo. Corazón.